



LOVE
TV

KNUT HAMSON

PANT

NOVELA

rot
tiVa

Plaza & Janés, S.A. Editores

Pan
Novela

Knut Hamsun

Título original:
PAN

Traducción de
A. HERNÁNDEZ CATA

Portada de
GRACIA

© 1976, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain
Impreso en España

Depósito Legal: B. 23.867-1976
ISBN: 84-01-44156-0

GRÁFICAS GUADA, 5. A.— Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

I

Desde hace algún tiempo acuden persistentemente a mi memoria los días estivales pasados cerca de Sirilund, en la costa septentrional, y me parece ver aún la cabaña en donde viví y el intrincado bosque que se expandía a su espalda. Me decido a escribir alguna de aquellas remembranzas para combatir el tedio; los días se me antojan interminables, aun cuando vivo la vida alegre del célibe y ninguna sombra la empaña; estoy contento y llevo con agilidad el fardo de mis treinta años. Hace poco, alguien me envió una corona, produciéndome alegría y avivando recuerdos antiguos. En resumen, mi único engorro actual se reduce a vagos dolores en el pie izquierdo, de resultas de una herida de bala; pero aun este dolor es intermitente, y sólo se aviva cuando el tiempo amenaza lluvia, convirtiéndome en una especie de barómetro vivo.

Recuerdo que hace dos años el tiempo no se me antojaba tan lento como ahora, y el comienzo del otoño siempre me sorprendía cual si se anticipase. Fue en 1855 — voy a darme el placer de rememorar — cuando me sucedió la aventura que a veces me parece un sueño. Como no he vuelto a pensar en ella, muchos detalles menudos se han desvanecido en mi mente; mas recuerdo de modo preciso que por aquella época todo se me aparecía con

esplendor extraño: las noches, iguales en claridad a los días, sin una sola estrella en el cielo; las gentes, que adquirirían un encanto particular, cual si fueran., seres de otra naturaleza abierta de súbito para mí, a manera de inmensa flor, a una vida más fragante y lozana... ¡Oh!, yo no niego que hubiese algún sortilegio en esta visión que así mejoraba hombres, luces y paisajes; pero como jamás lo había experimentado hasta entonces, vivía unos días venturosos, en pleno milagro.

En una casa blanca situada junto al mar conocí a cierta persona que durante algún tiempo, poco, por fortuna, había de llenar todas mis ideas. Ahora sólo pienso en ella de raro en raro, y la mayor parte del tiempo su imagen desaparece por completo de mi memoria, mientras otros detalles que entonces creí no observar —los gritos de los pájaros marinos, mis peripecias de cazador, las claras noches profundas, las cálidas horas caniculares— acuden al primer plano de la evocación. Conocí a esa persona por circunstancias fortuitas, merced a lo cual adquirió para mí el singular atractivo que de otro modo no habría tenido nunca.

Desde mi cabaña veía los islotes, los arrecifes costeros, un pedazo de mar y las cimas tenuemente luminosas y azules de las montañas. Detrás ya he dicho que se expandía la inmensa selva. Una alegría, una especie de gratitud hacia la belleza del paisaje, me penetraba el alma con sólo mirar los senderos olorosos de raíces y de hojas; el aroma acre de la resina, pesado como olor de medula, me excitaba a veces, y entonces iba a tranquilizar mis sentidos bajo los árboles inmensos, donde, poco a poco, todo se transformaba dentro de mí en armonía y serena pujanza. Diariamente recorría las frondosas colinas; y en mi espíritu

no había otro anhelo que el de que aquellos paseos por entre el barro y la nieve se prolongasen indefinidamente. Mi único compañero en ellas era *Esopo*; hoy es *Cora* quien templó mis desvelos de solitario; pero en aquel tiempo sólo iba con *Esopo*, mi perro, al que maté después.

A menudo, por la noche, de regreso de caza, la tibia quietud de mi casita me envolvía, produciéndome un éxtasis o agitando todo mi ser con vibraciones dulces. Entonces, necesitado de comunicarme con alguien, le decía a mi perro, que me miraba con sus ojos hondos y comprensivos, mi júbilo por aquel bienestar compartido con él: "Eh, ¿qué te parece si encendiéramos fuego en la chimenea y asáramos un pájaro?" Y en cuando comíamos, *Esopo* iba a situarse en su rincón favorito, cerca de la entrada, mientras yo me tendía sobre el lecho a fumar una pipa, con el oído atento a los mil murmullos del bosque, que ya no eran confusos para mí ni turbaban el vasto silencio que sólo de vez en cuando rasgaba el grito agrio de algún ave, después del cual la quietud volvía a ser más inefable, más balsámica.

Muchas veces me sucedió quedarme dormido sin desvestirme siquiera, y despertarme luego de un largo sueño. Al través de la ventana, a lo lejos, blanqueaban las grandes construcciones del puerto, y más cerca precisábase el caserío de Sirilund, la tiendecita en donde compraba yo el pan. El despertar era tan brusco, que durante un momento me sorprendía de encontrarme en aquella cabaña al borde de la selva. *Esopo*, al verme volver a la vida, sacudía su cuerpo esbelto y elástico, haciendo tintinear los cascabeles del collar, y abría varias veces la boca y movía la cola como diciéndome: "Ya estoy dispuesto." Y yo me

levantaba, tras cuatro o cinco horas de sueño reparador, de nuevo ágil y alegre, como si también dentro de mi corazón sonara un cascabel.

¡Cuántas noches transcurrieron así!

II

Nada importa para estar contento que el viento ruja fuera y la lluvia golpee en los cristales. Cuanto más densa es la cortina de agua y más la agita el huracán, más pueril y pura es, a veces, la alegría que mece al espíritu; y nos aislamos en ella, y quisiéramos guardar, como algo muy íntimo, la dicha de sentir el alma tibia y confortada en medio del desamparo de la Naturaleza. Sin motivo aparente, la risa nos sube entonces a los labios, y por el pensamiento, estimulándole hacia perspectivas de júbilo, pasan luminosas imágenes sugeridas por los menores detalles reales o ilusorios: un cristal claro, un rayo de sol quebrándose en la ventana, un pedacito de cielo azul: no hace falta más. En otras ocasiones, en cambio, los más bulliciosos festines no logran arrancarnos de nuestro éxtasis taciturno, y en pleno baile permanecemos fríos, indiferentes. Esto se debe a que la fuente de nuestras alegrías y de nuestras tristezas está en lo más profundo de cada ser.

Me acuerdo ahora de un día que fui hasta la playa, y sorprendido allí por la lluvia, me refugié bajo el cobertizo donde se guardaban las lanchas, y me puse a tararear, en espera de que terminase el chubasco. De pronto, *Esopo* irguió la cabeza, y muy poco después oí voces aproximarse... Dos hombres y una muchacha, también en demanda de refugio, entraron con gritos.

—De prisa... ¡Aquí tenemos sitio!

Yo cesé de tararear y me levanté. Uno de los hombres llevaba una camisa floja, arrugada por la lluvia, sobre cuya pechera fulgía un grueso alfiler de diamantes. Este detalle y los finos zapatos que calzaba le daban un imprevisto aspecto de elegancia. Era el señor Mack, el primer comerciante de Sirilund, y lo saludé por haberlo visto varias veces en el establecimiento de donde solía surtirme de pan. Más de una vez me había instado a ir a visitarlo, sin que hubiese deferido aún a su invitación. Al verme, dijo:

—Hombre, llegamos a territorio amigo... Pensábamos ir hasta el molino; pero la lluvia nos obligó a retroceder, ¡Vaya un tiempo...! ¿Cuándo tendremos el gusto de verle por Sirilund, señor teniente?

Me presentó el hombrecito de barba negra que lo acompañaba —un médico de los alrededores—, y mientras tanto, la señorita que venía con ellos se alzó a medias el velo y se puso a hablarle en voz baja a *Esopo*. Casi sin querer observé, por los ojales y los dobleces de su corpiño, que llevaba un traje viejo y teñido. El señor Mack me presentó poco después a ella: era su hija y se llamaba Eduarda. Tras de dirigirme una mirada casi furtiva al través del velo que aún nublaba sus ojos, volvió a dedicarse otra vez al perro, y se puso a leer la inscripción grabada en el collar.

—¿De modo que te llamas *Esopo*...? Díganos quién era Esopo, querido doctor. Yo sólo me acuerdo de que era frigio y de que escribía fábulas.

No cabía duda; tenía ante mí una muchachuela, una niña casi; y mirándola bien pude convencerme de que, a pesar de su

estatura, no pasaría de los dieciséis años. Sus facciones eran vivaces, sus ojos llenos de reflejos y sus manos morenas debían ignorar la prisión de los guantes. Al oírla no pude menos de sonreír a la idea suspicaz de que sabía de antemano el nombre de mi perro, y había consultado un diccionario para lucirse cuando llegara la ocasión. El señor Mack inquirió amablemente acerca de mis gustos de cazador, y puso a mi disposición una de sus lanchas, diciéndome que el día que quisiese utilizarla podía hacerlo sin nueva oferta. El doctor no pronunció ni una sola frase, y cuando nos separamos vi que cojeaba ligeramente, aun apoyándose en su bastón. Regresé a casa de humor melancólico, y mientras preparaba la cena volví a tararear la tonada que acudía tenaz a mis labios. Aquel encuentro no había dejado la menor huella interesante en mí, y lo más vivo en el recuerdo era la camisa arrugada del señor Mack y el alfiler de diamantes, al que arrancaba el día lívido luces amarillentas.

III

Ante mi cabaña, a pocos pasos del sendero, erguía una piedra gris, que llegó a adquirir para mí fisonomía amical. Dijérase un camarada que al verme venir me saludase complacidamente. Cada mañana, al salir, pasaba junto a ella, y a veces sentía la emoción de separarme de un amigo fiel, que esperaría paciente, afectuoso e inmóvil, mi regreso.

La caza me ocupaba casi todo el día, y me embriagaba con ella en la soledad rumorosa del bosque. A veces tenía suerte, otras no lograba matar ni un solo pájaro; pero todos los días era feliz. Más allá de las islas el mar explanábase en inmenso y pesado reposo; y desde las cimas, yo lo contemplaba con arrobamiento. En las épocas de calma chicha, las barcas no avanzaban nada, y durante tres o cuatro días

aparecía ante mi vista el mismo paisaje inmóvil: las mismas velas, blancas como gaviotas, posadas sobre el agua a iguales distancias; mas en cuanto corría la brisa, las montañas distantes se ennegrecían de súbito, y densas nubes que parecían desprenderse de ellas cubrían el cielo. A veces sobrevenía la tempestad, dándome un espectáculo grandioso. La tierra y el cielo parecían juntarse con iracundia; el mar se agitaba convulso, dibujando fugitivas siluetas de hombres, de caballos, de monstruos gigantescos. Al abrigo de una roca, con las cuerdas del espíritu tensas por el terrible drama de las cosas sin alma y por la electricidad del aire, permanecía saturado de pensamientos confusos diciéndome: "Sólo Dios sabe lo que en este instante pasa ante mis ojos imposibilitados para ver el fondo verdadero de las cosas... ¿Por qué ahonda el mar ante mí tan terribles abismos? Si pudiera penetrar hasta lo hondo quizá percibiese el ígneo centro del planeta donde bulle el formidable caudal que nutre los volcanes." *Esopo*, inquieto de su propia intranquilidad y acaso de la mía, alzaba las narices con visible malestar, husmeando, trémulos los músculos; y como yo no le dirigía la palabra, se acostaba al cabo entre mis pies, y seguía con sus claros ojos la mirada de los míos, atentos al vaivén gigantesco del oleaje. Ni un grito, ni una palabra humana turbaba aquel embate de las fuerzas primordiales del mundo. Muy lejos, hacia el puerto, aparecía aislado un arrecife, y cuando una ola se quebraba contra él, en el reflujo, ahondaba una depresión, que permitía a la roca erguirse semejante a una deidad marina que saliera chorreando para contemplar el universo, y después de alzar su espumeante barba agitada, por el vendaval, volviere a sumergirse en sus misteriosos dominios.

Una tarde, en lo más recio del huracán, un vaporcito se aproximó afanosamente a la dársena. A mediodía pude divisarlo junto al muelle, donde se apiñaba la gente para verlo de cerca. Era la primera vez durante mi veraneo que veía tanta gente reunida, y noté que todos tenían los ojos azules. Cerca del grupo distinguí a una muchacha tocada con gorro de lana blanca, que realzaba vigorosamente su cara pura y apetitosa, como un fruto, coronada por oscuros cabellos. Al acercarme, me examinó con curiosidad, fijándose en mi traje de piel, en mi escopeta, y se turbó cuando dije: "Debías llevar siempre ese gorro, porque te sienta a maravilla." En el mismo instante, un hombre hercúleo, vestido con pelliza irlandesa, se acercó y la cogió autoritariamente por un brazo. "Tal vez sea su padre", pensé. Yo sabía que aquel hombre era el herrero del pueblo, porque pocos días antes le había llevado a componer una de mis armas, y no volví a acordarme ni de él ni de la sumisa muchachuela del gorro blanco.

La lluvia y el tiempo realizaron en poco tiempo su tarea de fundir la nieve, y soplos hostiles y gélidos recorrieron la comarca, las ramas podridas crujieron, los caminos se llenaron de hojas amarillas; las cornejas, con agrios graznidos, abandonaron sus nieblas en bandadas; y después, una mañana milagrosa, volvió a aparecer el sol, nuevo y esplendente, tras los montes. Una onda inefable de alegría me penetró al verlo trasponer los picachos; cogí mi escopeta, y me lancé al bosque poseído por una alegría tan profunda, que no cabía ni en gestos ni en palabras.

IV

En estos días de resurrección de la Naturaleza, la caza era tan abundante que mi escopeta debió sentir satisfechos sus mudos

mortíferos instintos. A veces, no contento con las liebres, ocurríase me tirar sobre cualquier ave marina posada en el saliente del roquedo; y el aire era tan transparente, que ni un tiro erraba. ¡Oh, qué días incomparables! El ansia de disfrutarlos impelíame de tal modo que, a veces, me abastecía de provisiones para dos o tres días y me iba en excursión hasta los más altos picos, donde los lapones me obsequiaban con sus mantecosos quesitos aromáticos a hierba. De regreso, apretaba la caza en mi morral para dar sitio a algún pájaro tardío, y en lugar de meterme bajo el techado, me sentaba sobre algún repecho, amarraba a *Esopo* cerca de mí y me ponía a contemplar el mar oscuro y susurrante bajo el desmayo del crepúsculo. Las vertientes de las montañas negreaban en la creciente sombra, y el agua deslizábase por ellas con leve rumor, dándoles un brillo móvil, que abreviaba las horas.

Y en estos éxtasis pasaban por mi mente ideas ingenuas, por ejemplo: "Esos arroyuelos cantan sin que nadie se detenga a oír su música humilde y, sin embargo, no se intranquilizan y prosiguen su suave canción, armonizada con el ritmo de todos los mundos." En ocasiones, con súbito estrépito, el gruñido inmenso de un trueno hacía trepidar el paisaje; alguna roca movediza rodaba hasta el mar dejando una estela de polvo leve y ascendente, cual si fuera humo; *Esopo* alzaba la trémula nariz, sorprendido de aquel repentino olor a tierra húmeda... La montaña estaba tan socavada, que a veces bastaba un tiro o un grito para originar la caída de una de las piedras inestables sujetas a la ladera; y yo me entretenía en lanzar grandes voces para ver caer aquellas piedras, tal vez ávidas de ir a refrescarse en el mar.

Por una noción repentina del tiempo, tan muellemente fugitivo durante horas y horas, libertaba a *Esopo*, y echándome el morral auestas continuaba el camino. En la penumbra vespéral no tardaba en encontrar el familiar sendero, y seguía sus zig-zags sin premura, al melancólico paso de quien no es esperado por nadie en su casa. Como un soberano caprichoso iba de un lado a otro por mis dominios, y los pájaros detenían su algarabía cual tímidos cortesanos al yo acercarme. Sólo alguno más audaz cantaba sin hacerme caso..., y éstos eran mis preferidos.

Cierto mediodía, al trasponer un recodo, vi que dos personas caminaban delante de mí, y apresuré la marcha para averiguar quiénes eran; antes de alcanzarlos conocía, por su paso irregular, al doctor y, por su garbo tierno, a la vez de mujer y de niña, a Eduarda. Cuando se volvieron, los saludé; empezamos a charlar, y parecieron interesarse tanto por mi escopeta, por mi canana, por mi brújula, por mi libre género de vida, que los invité a venir a verme.

Como tantas veces, la tarde sobrevino cuando mi alma avara no se había ahitado aún del oro del día; y hube de regresar y encender mi lumbre y asar en la llama la pieza más hermosa de mi morral y acostarme para adormecer una actividad deseosa de ejercerse en espera del día siguiente. Pero el sueño no cerraba por completo mis ojos. El silencio y la quietud circundantes avivaban mi alma y me levanté, e inclinado sobre el alféizar de mi ventanuca, me puse a contemplar el mágico reflejo que, como una siembra estelar, caía sobre los campos, sobre el mar. Aún no hacía mucho que había visto desaparecer el sol dejando sobre el confín occidental manchas rojas y espesas, como de aceite. El cielo, durante un momento, lució terso, hasta que,

muy despacio, con maravillosa timidez, las estrellas comenzaron a vivir... Y ahora el firmamento esplendía de lucecitas de azulosa plata... Eran millares, millones... Y había, algo tan grande y tan bueno en repetición eterna de ese espectáculo, que mis ojos se comunicaron estrechamente con mi alma, dándole la sensación de estar contemplando el fondo de la obra de Dios. El corazón aceleró su ritmo, cual si la inmensidad vacía fuera su morada familiar; y otra vez las ingenuas ideas acudieron a flor de labio con esta pregunta infantil: "¿Por qué se adornó esta tarde el horizonte de lilas y oro? ¿Será esta noche fiesta allá arriba, y mis oídos imperfectos no podrán percibir la música de maravillosas orquestas, ni mis ojos alcanzar los ríos siderales, sobre los que, en suavísima procesión, irán miríadas de barcas con las velas henchidas? Tal vez, tal vez..." Y con los ojos entornados miro dentro de mí el supuesto desfile, que sigue el hilo de mi ensoñación, despertando imágenes, luces..., hasta que llegan la fatiga y el sueño.

Así pasaron muchos días. Otros me pasaba observando los accidentes del deshielo, sin ocuparme, a pocas provisiones que tuviera, de cazar; atento a los cien secretos de la Naturaleza que se me iban revelando, a modo de premios a un anhelo puro y tenaz. Cada día percibía transformaciones en torno, cual si árboles, animales y piedras se aprestaran a recibir el estío, ya cercano. El molino estaba prisionero en las nieves, mas en derredor, la tierra parecía apisonada por los pasos de cuantos hombres, durante años y años, habían pasado por allí cargados de repletos costales; y en las paredes leíanse letras enlazadas y fechas que a veces me daban la impresión de rostros conocidos esforzándose en gesticular contra el olvido y en eternizar lo que sólo dura un

minuto y pasa después para siempre..., ¡para siempre!

V

¿Voy a continuar indefinidamente este Diario? No; seguiré sólo un poco, para contar el maravilloso triunfo de la primavera y cómo los campos se revistieron de un esplendor cuya contemplación me abrevió tantas horas. Se anunció el renuevo por el olor de azufre exhalado por la tierra y el mar: hálito de las hojas muertas al descomponerse. Los pájaros comenzaron a transportar ramitas para mullir sus nidos, y dos días después de esta observación, los arroyuelos, exhaustos, engrosaron y se cubrieron de espumoso murmullo. Las primeras mariposas fueron, como flores locas, de un sitio a otro; y en el puerto comenzaron a aparejar las lanchas de pesca para salir al encuentro de los bancos de peces que venían de los mares cálidos. Una semana más tarde los dos bergantines del señor Mack llegaron y descargaron frente a los islotes sus plateados cargamentos, sobre los que el sol hacía brillar la sal. El puerto, antes silencioso e inactivo, se animó de súbito; desde mi ventana veía el tumulto alegre de los secaderos, sin sentir, sin embargo, turbada mi deliciosa soledad. Apenas si tarde en tarde algún paseante cruzaba mis dominios; un día fue Eva, la hija del herrero, y reparé que la primavera causábala un efecto parecido al de los árboles, pues rojos granitos manchaban su tez.

—¿Qué vienes a hacer por aquí? — le dije.

—Voy al bosque — respondió dulcemente, mostrándome la cuerda con que solía atar los leños.

Como la vez anterior, llevaba puesto el gorrito blanco, que tanto la agraciaba, y cuando

se apartó de mí la seguí largo trecho con la vana esperanza de verla volver la cabeza. Su recuerdo se desvaneció poco a poco, y así transcurrieron varios días, sin que nadie volviera a cruzarse conmigo.

La primavera avanzaba esplendorosa, y todo el bosque se vestía de claro. Constituía un goce purísimo el ver algunos pájaros escalar las más altas ramas de los árboles para saludar desde allí al sol con jubiloso pío. Era como si el mundo renaciese. Muy a menudo me levantaba a las dos de la mañana para tomar parte en la alegría de aquel despertar; pero mi sangre, con la caminata, avivaba su ritmo; y la escopeta hacía de las suyas. De regreso, proyectaba siempre sacar y arreglar mis utensilios de pesca, mas la molición contemplativa me captaba y todo se quedaba para el otro día. Un presentimiento alegre y confuso me hacía esperar algo; y una tarde *Esopo* se irguió de repente y comenzó a ladrar hacia la puerta. "Ya está ahí", me dije sin saber a quién me refería, y me apresuré a quitarme la gorra para recibirlo mejor. La voz de la hija del señor Mack sonaba ya cerca de la puerta, y no tardó en aparecer; según me dijo, venía con el doctor a cumplir la promesa de visitarme.

—Lo he dejado un poco atrás, pero ya está ahí.

Y entró, tendiéndome con naturalidad de niña su mano morena. En seguida me dijo:

—Vinimos ayer, pero usted no estaba.

Se sentó en el borde de mi cama, y empezó a examinar mi casita. El médico llegó entretanto y ocupó sitio en el banco, junto a mí. La conversación no tardó en animarse. Yo les hablé de la mucha caza que se hallaba en el

bosque y de la reciente prohibición de matar especies diezmadas. El doctor apenas hablaba, y como Eduarda se lo reprochase, tomó pretexto de que sobre mi vasija de pólvora estaba grabada la imagen del dios Pan, para contarnos el mito. Interrumpiéndole, cual si en realidad no le escuchara, Eduarda me preguntó:

—¿Y de qué se alimentará usted cuando la veda sea absoluta?

—De pescado; siempre tendré más de lo que necesito para vivir.

—Mejor sería que viniera a comer con nosotros. El año pasado alquiló esta casita un inglés, pero era menos huraño que usted y venía a comer al pueblo.

Varias veces nuestras miradas se cruzaron, y yo sentí como si una nueva caricia, anticipo de la primavera, me envolviese. Acaso estuviera en la tibia luminosidad del día la raíz de mi bienestar; pero es forzoso decir que toda la figura de la hija del comerciante me era gratísima y que la curva graciosa de sus cejas antojábaseme algo perfecto. Durante un rato la oía hacer preguntas y observaciones acerca de mi albergue, cuyas paredes estaban cubiertas con pieles y con alas de pájaros, lo que daba a la cabaña un aspecto selvático. "Es la verdadera cueva de un oso", le dije sonriendo; y ella aprobó mi comparación, y la repitió mostrándome la doble fila de sus dientes, que eran casi tan perfectos como sus cejas. Como no tenía nada que ofrecerles, propuse asar un ave, que comimos a la manera de los cazadores, sirviéndonos sólo de los dedos. Esto dio ocasión a muchas bromas e hizo recaer de nuevo la plática sobre el inglés antecesor mío, un maniático que hablaba consigo mismo a veces y — según Eduarda —

debía ser católico, pues llevaba siempre un librito de oraciones impreso en letras y rojas.

—Sería irlandés — dije.

—¿Irlandés?

—Sí era católico, sí.

Eduarda se ruborizó, apartó sus ojos de los míos, y dijo en tono seco.

—Acaso tenga usted razón.]

Pero vi que su confiado júbilo se desvanecía, y me sentí arrepentido de haberla contrariado; deseoso de reparar mi falta añadí:

—¡Bah...! No me haga caso... Sin duda es usted la que tiene razón, estoy seguro de que era un inglés.

Satisfecha en su vanidad, volvió a sonreír, y convinimos que un día, muy pronto, tomaríamos una de las barcas de su padre para ir de excursión hasta cualquiera de las islitas próximas donde se secaba el pescado. Cuando se fueron, los acompañé y luego regresé a mi cabaña y me puse, al fin, a remendar mis redes y a aguzar mis anzuelos. Y mientras trabajaba lentamente, innumerables e inesperados pensamientos me asaetaron. Me pareció, de pronto, que había hecho mal en dejarla sentada en mi cama en vez de ofrecerle un sitio en el banco. Recordé que para alargarse el talle, según la moda, llevaba demasiado bajo el delantal; al detallar en la memoria cada uno de sus rasgos, casi sentí ternura cuando llegué a sus manos, llenas de hoyuelos y siempre virginalmente indecisas. Y contrastando con este recuerdo de pureza, me vino a la memoria su boca ancha, roja, casi triste de materialismo.

Cual si mis evocaciones pudieran atraerla, me levanté de pronto, abrí la puerta y me puse a escuchar, mas nada oí. ¿Qué había de oír en mi soledad obstinada? Volví a cerrar, y paseé a largos trancos, seguido de *Esopo*, que había dejado su refugio al ver mi agitación. De repente, tuve la idea de correr tras Eduarda y de pedirle un poco de hilo para remendar mis redes. Para demostrarle que no era un subterfugio, podía enseñarle más de una malla rota... Ya estaba casi en camino, cuando recordé tener en una caja mucho más hilo del necesario para remendar mis redes cien veces. Y lentamente, desconcertado por la verdad, renuncié.

Cerré las puertas, pero un efluvio desconocido penetraba no sé por dónde en mi cabaña, haciéndome estremecer, suspirar... Toda la noche la pasé intranquilo..., como si no estuviera solo.

VI

Una tarde que estaba a la puerta de mi cabaña pasó un hombre y me dijo:

—¿No va usted ya de caza? Hace tres días que pesco por aquí cerca, y no le he oído disparar ni una vez.

No, no había vuelto de caza. Desde la visita de Eduarda no había salido, y sólo tres días más tarde, obligado por la falta total de víveres, me decidí a abandonar aquel ambiente denso de ensueños. El bosque me pareció más nuevo, más verde; por doquiera olía a tierra húmeda y a árboles retoñantes. Hasta de las ciénagas surgían ramas y flores de suaves matices. Algo aturdido por aquel esplendor, anduve largo rato, me senté a descansar con un mosconeo leve en las sienas, y volví a emprender la caminata. Sin querer me decía a

mí mismo: "Quizá de regreso, en el lindero del bosque, me la encuentre hoy como aquella vez que la vi con el doctor... ¿Se pasearán todas las tardes...? ¿Qué tiene que ver con ella ese médico viejo y desgarrado...? Pero ¿qué me importa a mí todo esto? Ea, hay pensar en otra cosa..." Maté dos grandes pájaros, y amarré a *Esopo*, disponiéndome a encender leña para el almuerzo, y comí tendido en tierra, bajo la calma inmensa apenas interrumpida por el temblor suave de la brisa o por el paso de algún pájaro. De tiempo en tiempo las ramas oscilaban con balanceo tenue: era que el viento cumplía su trascendental misión de transportar el polen para engendrar las floraciones nuevas; y dijérase que el bosque entero languidecía en fecundo éxtasis. Un gusanillo verde escalaba, infatigable, un árbol; sus ojos, casi ciegos, apenas le servían y a veces erguíase y palpaba en el vacío, temeroso de nuevos obstáculos, semejante a un hilo verde que cosiera por sí solo, misteriosamente. Tal vez hasta muy avanzada la noche, cuando yo ni me acordase ya de su perseverancia humilde, lograría llegar al término de su viaje... Resonaban mis pasos en el imperturbable silencio de la Naturaleza. Deben ser cerca de las cuatro, y a las seis emprenderé el retorno hacia mi cabaña, con la esperanza inconfesada de cruzarme con "alguien". Aún me quedan dos horas para andar y reposar, y este lapso, a veces tan breve, me intranquiliza. Sacudo mi ropa salpicada de briznas de hierba, y me aventuro en un sendero, donde todo me parece amical, acogedor: las ramas, los recodos, las piedras, han estado durante mi ausencia como yo las dejé: las hojas crujen bajo mis pasos. Y la envolvente calma, el mismo susurro suave que en vez de turbarla la realza, los detalles no observados hasta hoy del paisaje, me halagan el alma cual una caricia, y una gratitud pura me penetra, cual si todo quisiera darme una bienvenida de hecho,

mezclarse a mí, decirme en el lenguaje mudo de las cosas algo muy afectuoso y profundo. Movido por esta ternura que impele mi amor hacia las cosas más menudas, me inclino y recojo una ramilla seca: está casi podrida, su endeble corteza no ha podido preservarla de la muerte... Al proseguir, no la tiro lejos, sino que vuelvo a inclinarme para dejarla en el mismo sitio, sin violencia, como si fuera un ser sensible; y aún antes de alejarme, me vuelvo a mirarla con los ojos nublados; sin darme plena cuenta de que hay una fuerza ingenua, grande y nueva en mí, que me dicta esta ternura y este adiós.

Ya son las cinco, no sé si el sol o el deseo me han engañado; durante todo el día marché en dirección Oeste y debo estar con media hora de diferencia respecto al reloj de sol colocado a la entrada de mi cabaña. Aún puedo caminar un poco antes de dirigirme a la entrada del bosque, en donde la encontré aquella vez... Voy a pasos perezosos, complaciéndome en oír el murmullo casi vivo de las hojas en los árboles y el muerto murmullo que producen bajo mis pies. El tiempo pasa lentamente, lentamente.

Al llegar a una quiebra del terreno, veo en la hondonada el riachuelo y el molino, que durante todo el invierno estuvieron sepultados por la nieve. La muela ha empezado a girar, y su ruido me arranca del sueño. Me paro en seco, y digo en voz alta: "Ya debe ser tarde, acaso demasiado tarde." Y un sufrimiento agudo me entristece. A largos pasos emprendo el regreso, y aun cuando sé con súbita clarividencia que será vanamente, llego al fin al camino precedido de *Esopo*, que, cual si supiera cuánto me importa no perder tiempo, me estimula sobrepasándome jadeante y volviendo sobre sus pasos con la lengua fuera.

Cuando llegamos al lindero del bosque está desierto; no hay nadie... Nadie. Y, sin embargo, yo esperaba encontrar...

Sin pensar bien lo que hago, impulsado por una fuerza irrazonada, paso ante mi cabaña, y sin dejar siquiera mis trabajos de cazador me encamino hacia el poblado seguido del perro. El señor Mack me recibe con galante fineza, y me invita a cenar.

VII

Acaso sea presunción mía creer que poseo el don leer en las almas de los otros, mas a veces — sin que esto quiera decir que me crea una inteligencia excepcional— percibo los pensamientos ajenos con clara Me ha pasado muchas veces, igual con mujeres que con hombres, adivinar por los movimiento de sus ojos y aun por su quietud misma, la secreta actividad de su meditación. A veces, al sentirse observados, un rubor tenue les sube a las mejillas y, sin lograr apartar de mí furtivas miradas inquietas, figura poner la vista en otra parte. Tal juego me es ya conocido, y la intranquilidad de los observados sería mayor si pudieran saber que ni una sola de sus ideas, ni siquiera de esas que son a manera de estrellas fugaces de la mente, dejan de reflejar su conocimiento en mi mente. Tal vez el fenómeno no se realice con cabal intensidad y exactitud, pero el caso es que desde hace tiempo noto en mí la facultad de juzgar a los otros por algo más que por sus palabras.

Pasé la velada en el salón del señor Mack; aun cuando nada me interesaba particularmente en la reunión y se me hacía tarde para el regreso, dijérase que un oscuro designio me forzaba a permanecer allí. Después de la cena, nos pusimos a jugar al *whist* y a beber licores.

Yo sentía detrás de mi asiento el ir y venir de Eduarda.

Cuando el doctor se despidió, el señor Mack se dispuso a mostrarme todas las maravillas de su casa, desde las lámparas de petróleo — las primeras de este sistema llegadas allí, y que él encendía personalmente para evitar riesgos —, hasta su alfiler de diamantes, que me dijo, con énfasis, haber heredado de su abuelo, "el Cónsul", quien lo recibiera nada menos que de las propias manos de Carlos Juan. Para mostrarme el retrato de su esposa, muerta hacía ya años, me pasó a una habitación contigua donde pude ver, sobre la biblioteca llena de libros franceses heredados tal vez, y de modernos libros de ciencia que acreditaban su erudición, la dulce fisonomía de la muerta sonreírnos suavemente entre los encajes de su cofia... Los dos empleados del almacén fueron invitados a tomar parte en la partida de naipes, y como lo tomaron con demasiado empeño, cometieron divertidas equivocaciones. Eduarda, compadecida de uno, se puso a su favor, dándole cuantas bazas podía. Yo tuve la mala suerte de volcar un vaso, y al levantarme brusco para no mojarme, cometí la ingenuidad de exclamar:

—¡Oh, he tirado mi vaso!

Eduarda rompió a reír, y dijo con mortificante ironía:

—No es preciso que lo diga; ya se ve.

Todos me aseguraron que el daño no valía la pena de interrumpir el juego, y lo reanudamos después que una criada remplazó mi servilleta por otra seca. Sonaron las doce.

Un descontento vago y creciente me incomodaba desde que había oído la risa

burlona de Eduarda. Mirándola con atención hallaba, de pronto, que su cara carecía de la gracia percibida en un principio y que en toda ella había algo de insignificante. Poco después, alegando que sus empleados debían levantarse temprano, el señor Mack puso fin a la partida, y, retrepado en el sofá, me anunció su propósito de inscribir el nombre de su casa comercial en la fachada, consultándome acerca del color que sería más a propósito para ello. Yo empezaba a aburrirme, y contesté por decir algo:

—En negro estará bien.

—Negro, sí; eso es lo que yo había pensado... "Depósito de sal y toneles vacíos", en gruesas letras negras; resultaría muy serio... Eduarda, ¿no es hora ya de que te vayas a dormir?

La muchacha se levantó, y después de darnos la mano se fue. Ya solos, nos pusimos a hablar del ferrocarril, recientemente construido, y de la primera línea telegráfica aún en proyecto. "¿Cuánto tiempo tardaría en beneficiar el telégrafo aquella región extrema del mundo?" Largos silencios espaciaron durante algún rato frases y, de súbito, el señor Mack dijo confidencial:

—Ya ve usted. Tengo cerca de cuarenta y siete años y la nieve que empieza a cubrirme la cabeza me penetra un poco en el cuerpo y hasta en el alma... Sí, sí. De día se me toma aún por un hombre joven; pero por la noche, cuando estoy solo, mis resortes de energía flaquean... Sólo sirvo ya para hacer solitarios, la mayoría de los que me salen es porque hago trampas.

—¿De modo que se hace usted trampas a sí mismo?

—¡Qué remedio!

En ese momento me pareció que sus ojos se hacían transparentes y que podía leer en el fondo de su corazón.

Se levantó, fue hasta la ventana y se puso a mirar el campo. Desde mi sitio veía yo su espalda curvada y, por el descote de la camisa, el cuello y el pecho velludos. Al cabo de unos segundos vino lentamente hacia mí con los pulgares en los bolsillos del chaleco, batiendo los codos a manera de alas incompletas, la sonrisa en los labios y los ojos, disimuladores, fijos en las puntas de sus zapatos. Ya a mi lado, renovó su ofrecimiento de prestarme una barca, y me tendió la mano amigablemente:

—Si espera a que apague las lámparas, tendré el gusto de acompañarle; aún no es tarde, y un paseíto me sentará bien.

Salimos, e indicándome la vereda que pasaba frente a la casa del herrero, me dijo:

—Por aquí es más corto.

—No, más corto es por otro atajo.

Sostuvimos nuestras opiniones y, seguro de tener razón, no quiso ceder a sus testarudeces. Para convencerme me propuso que cada cual fuese por su lado, para ver quién llegaba antes a la puerta de mi cabaña. Partimos, y no tardé en oír sus pasos extinguirse en el bosque. Yo seguí sin apresurarme, seguro de ganarle una ventaja por lo menos de cinco minutos. Al llegar vi con sorpresa que él me esperaba ya, lejos me gritó triunfal:

—¿Lo ve usted? Supongo que desde hoy mi camino será también el suyo.

Cada vez más sorprendido, me puse a observarle; no estaba sofocado y, por lo tanto, no debió correr... Después de darme las gracias por haberle acompañado en la velada, se despidió, alejándose por el mismo sendero, mientras yo me quedaba pensando: "¿Será que me haya equivocada de modo tan estúpido...? ¡He recorrido los dos caminos varias veces y... ah, la trampa debe ser fina, pero hay trampa...! ¿Cómo confiar en quien se las hace a sí mismo? Al menos que todo esto no sea un pretexto para..."

El señor Mack se hundió en la espesura y, sigilosamente me puse a seguirle. A los pocos pasos se detuvo, respiró fuerte y se secó el sudor... ¡Ya no estaba yo tan seguro de que no hubiese apresurado el paso! Luego reanudó la marcha despacio y se detuvo ante la casa del herrero, cuya puerta se abrió con sigilo para dejarlo entrar... El color del agua y de las me indicaron que debía ser cerca de la una.

VIII

Sin incidentes memorables, pasaron algunos días y nunca como en ellos sentí la soledad y la indiferencia del vasto silencio que me rodeaba. La primavera esplendía ya con plenitud de ardor, e innumerables hojas tiernas verdecían los prados, engalanados con las más tempranas florecillas. La quietud era tan profunda que, a veces, sacaba del bolsillo algunas monedas y me ponía a entrechocarlas para interrumpir el silencio. Un efluvio terrenal y antiguo emanaba todas las cosas, y sin saber por qué, imágenes legendarias venían a mi recuerdo, haciéndome pensar:

"¡Si Diderico e Iselina se me apareciesen de pronto, marchando juntos por cualquiera de estas veredas!"

Las noches habían ido acortando hasta extinguirse, el sol, después de hundir su disco de fuego en el mar, reaparecía inmediatamente, dorado y rojo, cual si el baño lo hubiese restaurado. Al llegar a este momento solemne en que, tras la sideral ablución, la Naturaleza revestíase de un esplendor nuevo, las sienes me bordoneaban y multitud de ideas quiméricas pasaban por mi mente en tropel... Antojábaseme que el dios Pan, cabalgando en una de las ramas más gruesas del bosque, observaba con irónica complacencia mis gestos. ¿Por qué tomaba grotescas posturas, apareciéndoseme tan pronto felinamente replegado, como en la actitud imposible de tener el vientre abierto y de ir a beber en la fuente extraña de su ombligo? Me espiaba sonriendo, callado, y cuando mi meditación degeneraba en una quietud sin pensamiento alguno, bamboleaba el árbol que le servía de cabalgadura para traerme a la realidad. El bosque entero estremecíase en una vibración pánica; relinchos de brutos, sensuales llamadas de pájaros, indudables e incomprensibles signos de seres y cosas... El susurro torpe de los patos mezclábase al zumbir de las falenas, y algo como un balbuceo de resurrección corría de hoja en hoja... ¡Cuántas voces misteriosas, profundas y dignas de ser escuchadas! Estuve más de cincuenta horas sin dormir, y a modo de ritornelo tenaz, las imágenes de Diderico e Iselina volvían de tiempo en tiempo.

Posible es que se me aparezca, me decía... Iselina llevará a Diderico junto a un árbol y le dirá en voz baja: "Quédate aquí de centinela mientras voy a gastarle una broma a ese cazador alucinado, rogándole que me anude los cordones de mis zapatitos."

Y el cazador sería yo. Con una mirada de sus ojos fúlgidos y lentos me lo haría

comprender... Mi corazón lo comprendería rápido y aceleraría su latir cuando se acercase maravillosamente desnuda bajo la translúcida batista, y poniéndome su mano cargada de electricidad sobre el hombro, dijera:

—Los cordones de mis zapatos se me han desatado, ¿quieres atármelos, cazador?

Sucedería un silencio trémulo, y acercándoseme hasta dejarme respirar su aliento, murmuraría, primero insinuadora, y en seguida franca, encendida:

—¡Oh, no importa que no atines a hacerme los lazos como estaban, amor mío...! Levántate y ven aún más cerca de mí.

El sol, rodando fatigado y turbio hacia Poniente, bajaría sediento hasta el mar para reaparecer en seguida satisfecho, lavado. La atmósfera vibraría llena de susurros, de laxitud, de sensual pereza. Una hora más tarde, ya con sus labios de fruta pegados a los míos, Iselina me diría en un susurro:

—¡No tengo más remedio que dejarte...! Y al alejarse, cuando no pudiera ya oír su voz, despediríase con su manita acariciadora, alejándose a pasos felices, como una estatua de fuego no ya devorador, sino de ese fuego tierno y extasiado que se consume poco a poco. Al verla llegar, Diderico la acogería con estas palabras de reproche:

—¿Qué has hecho, Iselina...? ¿Qué has hecho? Todo lo he visto desde aquí.

Y ella:

—¿Y qué, Diderico? ¿Acaso he cometido algún mal? Partían los dos y, durante un rato, la voz viril no dejaría de repetir con el celo

sombrío e imponente del que nada puede contra quien lo engaña:

—¡Te he visto, Iselina; te he visto!

Ella, pecadora feliz, precipitaría sobre el bosque la cascada tumultuosa de su risa. ¿Hacia dónde iría...? ¡Ay, entonces me tocaría a mí estar triste...! ¡Iría en busca de otro cazador para renovar su pecado!

Este ensueño ha durado hasta medianoche. *Esopo*, que consiguió romper la cuerda, caza solo, sin comprender mi marasmo. Lo oigo husmear y alejarse. Una pastorcita pasa haciendo media, y cantando sin dejar de mirar en derredor, con su mirar a la vez desconfiado y lúbrico. "¿Dónde dejaste tu rebaño, pastora, y qué te trae aquí a la hora del reposo? ¡Nada! ¿Qué sé yo ni me importa? Tal vez algún trémulo ensueño no te haya dejado descansar como a mí; acaso alguna alegría recóndita que proviene de tu juventud y de la primavera, y que no se resigna a estar encerrada en un cuartucho, te impele hacia el vasto bosque, hacia el mar..." El perro regresa ladrando, y pienso que sus ladridos anticiparán a la campesina la noticia de que no está sola; así que me levanto y me acerco a ella después de contemplarla un instante. *Esopo* mira también su cuerpo delicado, casi infantil, y corretea en torno, cual si de verla tan niña le viniesen ganas de retozar.

—¿De dónde vienes? —le pregunto.

—Del molino.

No debe decirme verdad... ¿Qué ha podido ir a hacer tan tarde al molino? ¿Acaso cuando cesa de moler los granos, se dedica el molino a moler ilusiones y ensueños...? Y otra vez la interrogo:

—¿Cómo te atreves a venir sola al bosque a estas horas, siendo tan jovencita?

Se echa a reír y responde:

—No soy tan joven; tengo ya diecinueve años.

Lo menos se aumenta dos... ¡Ya le llegará el tiempo de arrepentirse...!

—Siéntate... —le digo—. ¿Cómo te llamas?

Obedece ruborosa, y responde que se llama Enriqueta.

—¿Tienes novio, Enriqueta...? ¿No te ha besado nunca tu novio?

—Sí — responde entre risas, con un "sí" tras el cual hay algo que no se atreve a confesar.

Guarda silencio, pero sonrío; inclinándome hacia ella insistí:

—¿Cuántas veces?

—Dos — responde muy bajo.

Y entonces, acercándome más, le digo:

—¿Y te sabía besar...? ¿Acaso te besaba así..., así?

—Sí..., así —murmura toda trémula, desfallecida.

El tiempo ha pasado en un soplo; son ya las cuatro.

He tenido una larga conversación con Eduarda.

Hela aquí.

Pronto tendremos lluvia —le dije para empezar.

—¿Qué hora es? —me responde.

Después de consultar el sol, contesto:

—Cerca de las cinco.

—¿Y ve usted eso claramente en el sol?

—Sí, como en un reloj.

—Y cuando no hay sol, ¿cómo se las arregla para saberlo?

—Nunca faltan indicios: las mareas, la hierba, que se acuesta sobre el suelo a ciertas horas; el canto de los pájaros, las flores que se abren y cierran, el verde de las hojas, unas veces brillante y otras mate... Además, tengo el sentido de la duración del tiempo y...

—¡Ah! ¿De veras? — me dice de un modo que no sé si es ingenuo o malintencionado.

Temeroso de la lluvia, y no queriendo retenerla por más tiempo en pleno bosque, lejos de su casa, esbozo un signo de despedida; pero ella, sin cuidarse de las nubes, me acosa con un alud de preguntas, acometida de una curiosidad súbita sobre las causas de mi afición a la caza, de mi retiro a la cabaña y de cien particularidades, en las que ni sospechaba se hubiese fijado. La respondo que me limito a matar los bichos necesarios para sustentarme, y que mi perro no se podrá quejar de un trabajo excesivo. Entonces sonrío y se turba, lo que me revela que sus preguntas le han sido

dictadas por alguien, y que la franqueza de mi respuesta la desorienta. Esta sumisión a una voluntad ajena reanima en mí la primera simpatía que me inspiró su carita de niña medio huérfana, y al ver sus brazos caídos a lo largo del cuerpo, sin coquetería alguna, pienso en que no tiene madre que la guíe, y me enternezco sin querer.

—No —le digo ya en otro tono—. No me mueve el placer del exterminio, sino la necesidad de vivir, créame. Si me basta para comer hoy un pájaro, tenga la certeza de que no tiraré el segundo tiro. ¿Para qué? Cuando oiga usted sonar mi escopeta, esté segura de que me ha sido imposible dejar de disparar.

Le explico el placer puro de vivir en el bosque, haciéndome la ilusión de ser hijo de la Naturaleza. A partir del primero de junio, la caza de conejos y liebres y la caza con liga están prohibidas, y para no infringir la ley ni encarnizarme en pájaros baldíos, me alimento de pesca. Ahora mismo —le digo— estoy esperando que su padre me cumpla la promesa de prestarme una barca... Ya ve que mi afición de cazador es casi pretexto para pasar el día entero en el bosque. ¡Ah, usted ignora el bienestar prístino de encontrarse rodeado por la Naturaleza, de comer no rígidamente sentado en una silla, sino tendido en tierra, sin mesa, sin miedo a pasar por chiflado, ¡cuanto el corazón dicta a la boca...! Y a todo este placer de la soledad, unir el de no estar solo en absoluto; el de sentir el alma del bosque manifestarse en una flor, en un susurro, en una brisa... ¿Me comprende siquiera?

—Sí, sí.

Y sintiendo su mirada penetrante en la mía, como si quisiese ir a espolear mi imaginación, continúo:

—¡Si usted supiera cuántas cosas descubro en mis paseos solitarios! En invierno distingo en la nieve las huellas de los pajarillos, siguiéndoles hasta donde batieron las alas, no sin dejarme, por la dirección fácilmente descifrable del vuelo, indicaciones del mejor camino para hallar madrigueras de conejos y liebres. Con ser tan nimio esto que acabo de decirle, ofrece un interés nuevo cada vez... En otoño, el cielo es de noche más fúlgido y se desprenden de él estrellas que ponen en el espacio momentáneas rayas de plata; y al verlas, me digo: "¿Será algún mundo en convulsión, a cuyo despedazamiento asisto, pobre hombre solitario, perdido en otro mundo que acaso se despedace también algún día...?" En verano veo hasta en las hojas más chicas agitarse animales minúsculos: unos carecen de alas y permanecen largas horas inmóviles; viven y mueren sobre la misma hoja en que nacen. ¿Se da cuenta de esta ejemplar maravilla? Infinidad de bichejos, prodigiosamente activos, surgen de todos lados: insectos desconocidos, moscas azules... Pero, ¿no la aburro? Dígamelo con franqueza.

—No, no; siga. Lo comprendo muy bien.

—A veces me divierto en contemplar durante mucho rato alguna planta, con el temor recóndito de que ella me está también mirando. ¿Qué sabemos de la extensión de su vida indudable! ¿No le parece? Y cuando cualquier hierbecilla tiembla, me digo: "He aquí que palpita..." ¡Ah, el bosque! En cada árbol hay por lo menos una rama capaz de hacer ensoñar durante muchas horas... Y, además, cuando creo estar más solo y feliz en ese aislamiento, me encuentro con alguien en el recodo de un camino.

Eduarda, inclinada hacia mí, escucha con vivo interés. De pronto, no me parece la

misma: está casi fea; el labio inferior, algo caído, da a su rostro algo de estupidez. En ese instante, una gota de lluvia la arranca de su estupor, casi pudiera decir de su éxtasis.

—Ya llueve —le digo.

—Sí, sí... Adiós.

La dejo alejarse, y me encamino despacio hacia mi cabaña, sin apresurar la marcha porque la lluvia aumente. De súbito oigo pasos precipitados tras de mí; me vuelvo y la veo de nuevo; pero ahora tan ruborosa y sonriente, que me vuelve a parecer otra..., la de la vez primera.

—Había olvidado lo principal —me dice jadeante—. Mañana vamos de excursión a la Isla con el doctor... ¿Puede usted venir?

—¿Mañana? Sí, sí, puedo.

—Pues contamos con usted... No falte.

Y cuando se aleja sonriente, feliz, ya no vuelvo la cara hasta ver perderse entre los árboles su figurilla rápida y grácil, su busto exiguo, sus piernas carnosas y finas que el viento y la lluvia moldean...

X

Nunca olvidaré aquel día de fiesta en que el estío empezó verdaderamente para mí. El sol, que brillaba durante veinticuatro horas seguidas, había secado el suelo, y después de la lluvia, el aire quedó límpido, fluido. Antes de mediodía llegué al embarcadero; era un mediodía luminoso, jubiloso. El agua estaba en calma, y conversaciones y risotadas de los jóvenes empleados en la preparación del pescado llegaban desde la Isla. Poco después

estábamos reunidos los compañeros de excursión. Dos grandes cestas de provisiones prometían la merienda. Yo me sentía contento, tan contento que no podía dejar de cantar a media voz, y miraba tan pronto el mar como las blusas claras de las muchachas.

¿De dónde podían venir todas aquellas muchachas? Estaban la hija del gobernador del distrito y las del médico, con sus institutrices; estaban también la se del pastor y su hermana. A todas las veía por vez y, sin embargo, me trataron amablemente junto a un viejo amigo. Mi olvido de las costumbres ciudadanas me hizo faltar más de una vez a las conveniencias; tuteé a las muchachas, y dije a una "querida" y a otra "querida mía"; pero todo me fue perdonado, y hasta tuvieron la delicadeza de fingir no darse cuenta.

El señor Mack, que, según costumbre, llevaba prendido sobre la camisa floja el alfiler de diamantes, parecía de humor excelente, y gritó a los de la otra barca, pues hubimos de repartirnos en dos:

—¡Cuidado con las botellas, loca juventud...! ¡Doctor, usted me responde de los licores!

—Desde luego —gritó el doctor.

Y las palabras, cruzándose de una a otra barca, vibraban con acentos alegres, festivos.

Eduarda llevaba el mismo traje que la víspera, no sé si por capricho o por carecer de otro. Sus zapatos tenían aún el barro de la caminata hasta mi cabaña, y sus manos me parecieron de dudosa limpieza; en cambio, el sombrero era nuevo, adornado con plumas, y bajo la chaqueta teñida, que se quitó para

sentarse sobre ella, vestía la misma blusa que le viera en casa la noche de la reunión.

Para complacer al señor Mack, disparé al atracar en la Isla los dos tiros de mi escopeta, y la salva fue acogida con un "¡hurra!" contestado por los trabajadores. Mientras el señor Mack hablaba con ellos, nosotros nos esparcimos en busca de margaritas y de campanillas azules. El sol esplendía, los pájaros graznaban sobre la playa, festoneada de espuma y rubia de sol.

Nos acomodamos sobre el césped, cerca de un macizo esmaltado de esos frutos leves y de débil corteza que los hace parecer casi flores. El padre de Eduarda descorchó las botellas solemnemente, y hubo alegre tumulto: rebullir de ropas claras, de ojos azules, vasos entrechocando, una voz que entona una canción... oleadas de púrpura tierna en todas las mejillas...

Mi espíritu participa por completo de la fiesta, y hasta los menores incidentes me parecen interesantes. Una gasa flota detrás de un sombrero, cual si fuese la estela de la muchacha que lo lleva; algunas trenzas se desatan; hay párpados entornados por la suave molicie y por la risa... ¡Oh, qué día tan delicioso, tan inolvidable!

—Me han dicho que vive usted en una cabaña digna de Robinson, señor teniente.

—Sí, un verdadero cubil, que no cambiaría por los más suntuosos alcázares. Venga un día a verlo, señorita, vale la pena... Está en la misma entrada del bosque, como un centinela avanzado.

Otra muchacha me dice amablemente:

—¿Y es la primera vez que viene a nuestras regiones septentrionales?

—Sí, pero ya conozco la comarca como si hubiera nacido aquí. Por las noches me encuentro frente a frente con las montañas, con la tierra, con el sol, sin amedrentarme de su grandeza y de su belleza... ¡Oh!, no tema usted, no voy a pronunciarle un discurso; lo único que se me ocurre decir es esto: "¡Qué maravilloso estío tienen ustedes!" Llega una noche, mientras todo el mundo está dormido, y a la mañana siguiente se da uno cuenta de que ya está aquí. Ayer mismo me asomé a una de las ventanas —mi cabaña tiene dos, a pesar de ser tan pequeña—, y vi que había llegado.

Otra muchacha de rostro tierno y adorables manos inquietas, se acercó al grupo, y me propuso:

—¿Vamos a cambiar nuestras flores? Dicen que trae suerte.

Atraído por su gracia primordial, le tendí las dos manos, diciéndole:

—Sólo con que usted me lo haya propuesto me considero afortunado. ¡Es usted tan bonita! Cuando veníamos en la barca, su voz me pareció como una música.

Sorprendida, contrariada sin duda, sin que me explique por qué, retrocede y me replica en tono seco:

—¿Pero qué le pasa? No era con usted con quien quería cambiar las flores.

¡Ah, qué desilusión! Avergonzado de mi ligereza, me acomete el deseo de desaparecer, de sentirme solo en mí cabaña, donde únicamente el viento me habla con su voz

siempre áspera, no tan pronto atractiva como engañadora. Todo trémulo, apenas si acierto a decir:

—Discúlpeme, perdóneme usted... He sido un torpe.

Las otras muchachas se apartan, haciéndose las distraídas para no agravar mi vergüenza; y en el mismo instante, una se precipita hacia el grupo con extraño ímpetu: es Eduarda. En cuanto está a mi lado, me abraza, me envuelve en un torbellino de palabras dulces, y me besa una y otra vez en la boca. Sin explicarme su actitud, en vano trato de debatirme. Su mirar ardoroso me fascina, me quema, y cuando al fin se aparta de mí, veo que algo violento pasa por bajo la tersura de su garganta. Ante el corro atónito, en actitud de reto, permanece unos instantes, y su delgadez, su aire mitad de mujer, mitad de niña, contrasta con el llamear de sus ojos. Por segunda vez, el hechizo de las cejas perfectas me penetra hondamente.

—¿Qué ha hecho usted, Eduarda? —le digo.

Mi voz, velada por la emoción, contrasta con la suya, firme y entera al responder:

—He hecho lo que he querido, lo que me dictaba mi alma; ya lo oyen todos. ¿Le importa a alguien?

Sin saber qué hago, me quito la gorra, me aliso el pelo, y mientras la miro, cada vez con más estupor repito en un tono que debe parecerles idiota:

—Claro que a nadie le importa..., a nadie.

La voz del señor Mack nos llama desde el otro extremo de la Isla, y en seguida me doy cuenta de que no ha podido ver la escena.

Esto me tranquiliza, y deseoso de poner punto al incidente, me encaro con el grupo, y con fingido aplomo, sonriendo, hablo así:

—Ustedes sabrán disimular mis inconveniencias... El hecho de confesarlas les indica que yo mismo empiezo a castigarme... Faltando a todas las buenas costumbres, he aprovechado el momento en que íbamos a cambiar las flores para ultrajar a Eduarda, a quien pido perdón delante de todos. Ruego que, para juzgarme mejor, se pongan en mi caso; he perdido en la soledad las costumbres sociales, y, además, como no bebo vino nunca, el de hoy se me ha subido a la cabeza. Sean, pues, indulgentes.

Embrollándome, trato de echar a broma la aventura, pero la risa se resiste en mis labios. Rebelde a mi propósito, Eduarda no muestra contrariedad ninguna ni se ocupa de borrar la desagradable impresión que su extravagancia, que en vano trato de atribuirme, ha producido. En lugar de desviarse de mí, me busca, y cuando nos ponemos a jugar al juego de la viuda deseosa de elegir nuevo marido, dice:

—¡Si me toca quedarme, escojo de antemano al teniente Glahn; conste que no quiero a ningún otro!

Yo le digo brusco, en voz baja:

—¿Quiere usted callarle de una vez?

Una expresión de sorpresa empaña su fisonomía, y su boca se contrae dolorosamente, de tal modo, que me siento removido de lástima, y toda su persona recobra para mí la plenitud de su atractivo. Por aquel dolor, por aquella desilusión tan mal disimulada, no sólo me gusta otra vez, sino que la quiero; y

estrechando su manita frágil y angosta, le susurro al oído:

—No se ponga triste... Cuando estemos solos..., mañana, ya no la diré que calle... y hablaré yo también.

XI

He dormido mal, sobresaltado por sueños en los que predominan peripecias de caza; y en uno de esos momentos en que el alma está en el límite misterioso entre la vigilia y la inconsciencia, me pareció sentir a *Esopo* removerse en su rincón y gruñir. Como el perro entraba en las imágenes de mi sueño, no me desvelé, y al levantarme vi con sorpresa huellas desde mi puerta hasta el camino. Salí, y a los pocos pasos Eduarda vino a mi encuentro, ruborosa y embellecida por la alegría.

—¿Me oyó usted anoche? Tuve miedo de que me oyera.

Tardé un instante en relacionar su pregunta con lo ocurrido, y en vez de responderle, la interrogué:

—¿No ha dormido usted bien?

—No, nada... No he podido dormir.

Y me contó que había pasado parte de la noche en una silla, con los ojos cerrados, atenta sólo a las imágenes interiores, y que ya muy tarde no pudo resistir la tentación de dar un paseo.

—Esta ha sido noche de duendes —le dije entonces—. Por cierto que uno ha venido hasta la puerta de mi cabaña.

Al verla cambiar de color le tomé las manos.

—¿No habrá sido usted ese duendecillo? —
le dije.

—Sí... —confesó entonces apretándose
contra mí en un ademán de humilde y amoroso
abandono—. ¿Verdad que no le desperté...?
Andaba muy despacio, muy despacio..., como
si pisara su sueño... ¡Quién iba a ser sino yo...!
¿Verdad? Necesitaba estar cerca de usted...
¡Ah, si viera cuánto, cuánto, cuánto le quiero!

XII

A partir de ese día, nos veíamos todos; y
antes de gozar de la dulzura de verla, mi deseo
le salía al encuentro. Ya hace de eso dos años,
y el recuerdo ocupa a menudo mi imaginación,
pues todo en esta aventura me complació y
distrajo. Nos citábamos en lugares distintos:
junto al molino, en cualquier vereda, en mi
misma cabaña. Eduarda, dócil, a nada se
oponía. Llegaba siempre antes de la hora, y a
su jubiloso "buenos días" respondía el mío,
jubiloso y trémulo también.

—Estás alegre hoy; desde lejos he oído tu
canto —me dijo una vez, con el fondo de los
ojos lleno de chispas.

—Sí; hoy estoy contento, y siento crecer en
el pecho un amor infinito hacia todas las
cosas... Aquí mismo, en tu falda, hay una
manchita de polvo, de barro quizá; pues bien,
siento anhelos de besarla... Déjame que la
bese; todo lo que es tuyo despierta mi ternura.
A veces temo haber perdido por ti la facultad
de razonar... Ya no puedo dormir como antes.

Y era verdad: muchas noches los sueños del
amor no dejaban llegar al reparador sueño del
cuerpo y del espíritu... Muy juntos, respirando

casi la misma porción de aire, recorriamos lentamente las veredas. De vez en cuando me preguntaba:

—¿Por qué no me dices lo que te parezco? ¿Soy como tú creías y querías? ¿No me encuentras demasiado charlatana? Dime la verdad..., toda la verdad. ¡Si vieras...! A veces me parece que esto no ha de acabar bien.

—¿Por qué no?

—No acabará bien; ya verás. Y el mal será precisamente para nosotros. Aunque creas que es superstición, a veces siento un frío glacial correrme por la espalda, sobre todo cuando te toco... Debe ser la dicha.

—A mí me basta con mirarte para sentirlo... Pero ten la seguridad de que hemos de acabar muy bien. ¿Quieres que te friccioné la espalda para ahuyentar ese escalofrío de mal augurio?

Aunque se esquivaba, la aprisiono y golpeo su espalda con breves y secos golpecitos, preguntándole entre risas si le gusta.

—¡Oh, no! — responde —. ¿A quién le va a gustar ese género de caricias? Pareces un oso masajista. Más despacio..., ten la amabilidad de...

¡Ah, el encanto mimoso, sensual y a la vez infantil de esa frase incompleta! "Ten la amabilidad de..." Hace ya dos años, y aún me parece sentir la vibración penetrarme por los oídos hasta el alma...

Continuamos el paseo y, temeroso de haberla contrariado, me pongo a buscar en la memoria alguna anécdota con qué distraerla. Como estoy lleno de su amor, sólo imágenes de amor acuden al recuerdo.

—Hace tiempo, en una excursión, una muchacha, al verme temblar de frío, se quitó la bufanda y me la puso. No pude evitarlo, y le dije: "Mañana se la devolveré lavada". "¿Tiene frío todavía?", me contestó. "No; pasó ya". "Pues entonces devuélvame la bufanda ahora mismo; quiero conservarla como usted la ha llevado..." Tres años después la encontré, y le pregunté burlón: "¿Guarda usted la bufanda aún?" Ella, muy seria, me llevó ante su armario y me la mostró envuelta en un papel de seda... Ya ves.

—¿Y nada más?

—Nada más. No me negarás que es un rasgo de delicadeza.

—Extraordinario, sí... ¿Dónde está esa muchacha ahora?

—En el extranjero.

Callamos, y por lo pesado del silencio, comprendí que no había hecho bien. Al separarnos me dijo risueña:

—Pasa buena noche, y no vuelvas a pensar en la guardadora de bufandas; mira que yo no pienso más que en ti.

Había tal sinceridad en su expresión, que me sentí feliz, y aun después de haberme despedido, me volví a acercarme a ella otra vez para decirle:

—Gracias, Eduarda. Eres demasiado buena conmigo, y de seguro te recompensará Dios por haber aceptado mi amor y por haberme dado el tuyo, que tanto bien me hace... Cualquier otro valdría, sin duda, más que el mío; pero soy tan completamente tuyo, que te juro que nunca

podré ser de otra... ¿En qué piensas? ¿Por qué se te nublan los ojos?

—No es nada; es que me ha parecido extraño oírte decir que Dios me recompensará. Se te ocurren unas cosas... ¡Ah, si vieras cuánto te quiero!

Y en medio del camino, con ímpetu conmovedor, me abraza y me besa varias veces, escapando después... Ya solo, me hundo en el bosque, impulsado por la necesidad de aislarme en mi dicha. Y de pronto, cuando más ensimismado estoy, me parece escuchar pasos furtivos tras de mí. Me vuelvo de prisa, recorro con la vista todas las veredas y nada..., ¡nada!

XIII

Noche de verano, mar apacible, silencio infinito sobre el bosque y el mar; seres y cosas parecen dormir o meditar más bien; ninguna voz, ningún grito, ningún paso turba la quietud; sólo mi corazón golpea con jubiloso ritmo, cual si hubiese bebido un vino generoso.

Algunos insectos penetrar por la ventana, atraídos por la luz y el aroma del asado, y su bordoneo torpe va tan pronto a las vigas del techo como a mi calabaza de pólvora, llenándome los oídos y comunicándome su temblor. Son menudos, ágiles, bulliciosos; parecen pensamientos escapados de una cabeza loca.

Después de comer salgo a la puerta a escuchar el silencio. Miríadas de luciérnagas ponen en el aire una claridad lentísima; las hierbas y las flores tienen movimientos lentísimos; se siente vivir a las cosas mudas; un arbusto florece, y en la noche es algo maravilloso el nacimiento de aquella flor

modesta, hacia la cual va mi ternura, casi segura de ser correspondida... ¡Gracias, Dios mío, por todas las flores que me has permitido ver en el mundo! ¡No por las flores lozanas y presuntuosas de los jardines, sino por las flores humildes, que son el ornato del bosque: por esta florecilla violeta, por esta campanilla azul tan tenue, por estos clavelillos salvajes que dan generosamente su perfume, por estas flores anchas, blancas y castas, que ahora se abren en el silencio con un temblor de cálices, que me hace pensar que, en pago de mi amor, me has permitido verlas respirar... Insectos golosos van de unas a otras, haciéndolas agitarse, a modo de pétalos embriagados y vivos... De pronto siento pasos rápidos, un aliento cálido que me envuelve, un alegre "buenas noches", y heme aquí de rodillas, besando, lleno de gratitud, los piecitos que me han traído la querida imagen y el borde del vestido que la envuelve...

—Buenas noches, Eduarda... ¡Eduarda mía!

Así murmuro una y otra vez, y ella, convencida por la elocuencia de ese homenaje, que no logra expresarse en palabras, me dice:

—¡Cuánto me quieres!

—Te quiero más que a todo, más que a todos, y mi cariño se transforma continuamente en gratitud... Eres mía, y me sirves como de piedra de toque para probar las bellezas del mundo... A veces, sólo con pensar en ti, con pensar que mi boca te ha besado, me ruborizo de orgullo.

—Pero esta noche me parece que me quieres todavía más.

Tiene razón; siempre la quiero más. ¡Oh, el poder magnético de su mirar bajo las arqueadas pestañas, el atractivo de su piel tan dulce a los labios!

—Amo en ti todas las cosas, Eduarda; eres para mí un espejo donde las cosas feas se oscurecen y las otras se perfeccionan. Cuando estoy solo, doy gracias a los árboles, a las flores, al viento, por tu belleza y por tu salud. Cualquier accidente nefasto y fácil habría hecho que fueras diferente... Una noche, en un baile, vi a una muchacha desconocida permanecer sentada, en silencio, mientras todas se abandonaban al torbellino alegre del vals. Su cara melancólica me impresionó, y me acerqué a invitarla; pero ella movió la cabeza denegando. "¿Es posible que no le guste bailar?", le dije. "Ya ve usted —repuso— mi madre era una mujer admirable de belleza, mi padre era también un hombre sano; se amaron apasionadamente, y... ¡yo soy coja de nacimiento!"

—Sentémonos —me dice Eduarda.

Nos sentamos sobre el césped, y de súbito exclama:

—¿Sabes lo que me ha dicho una de mis amigas de ti? Que tienes pupilas de fiera y que con sólo mirarla la haces ruborizar... Que tu mirada le parece un contacto.

Una onda de alegría recorre mi ser, y no por vanidad propia, sino por la complacencia que veo en Eduarda al contármelo. ¿Qué me importan las demás mujeres? Sólo me importa una, y ésa no me dice el efecto que le produce mi mirar... Durante un minuto lo espero en vano, y pregunto al fin:

—¿Se puede saber quién es esa amiga?

—No. Confórmate con saber que es una de las que fueron con nosotros a la Isla.

Su cara se nubla y cambia de conversación.

—Papá piensa marchar dentro de poco a Rusia, y proyecto organizar una excursión durante su ausencia. ¿Has ido alguna vez a los islotes? Llevaremos, como la otra vez, dos cestas de merienda, y las señoras del presbítero vendrán también. Pero me has de prometer no mirar a mi amiga, a la que le gustas; si no, no te invito.

Sin añadir nada, me abraza de nuevo, y separándose poco a poco, fija su mirar en mis ojos, respirando con ansia. Su insistencia me turba, me inquieta, y me levanto; afectando tono indiferente, le digo:

—¿De modo que tu padre va a Rusia?

—¿Por qué te has levantado tan pronto?

—Porque es tarde, Eduarda... Mira, las flores blancas se empiezan a cerrar; el sol va a salir.

La acompaño hasta el camino, y cuando me separo, prolongo aún la compañía con la mirada. Antes de desaparecer me grita con voz contenida:

—¡Buenas noches...!

Poco después la puerta de la casa del herrero se abre, y un hombre con camisa blanca floja, sobre la cual relampaguean diamantes, sale cauteloso, mira en derredor, se echa el sombrero sobre la frente y toma el camino de Sirilund.

La alegría embriaga; sin más ni más, a modo de salvas en honor de mí mismo, disparo los dos tiros de mi escopeta, y ecos simultáneos, casi indivisibles, van de monte en monte, se extienden sobre el mar y llegan a sacar de su marasmo a un pescador extenuado por la larga e infructuosa espera. ¿Por qué estoy contento? Ha bastado para ello un pensamiento, un recuerdo, la imagen de un ser humano... Pienso en ella con los ojos cerrados para verla mejor, contando los minutos que me faltan para tenerla junto a mí... Me inclino a beber de un arroyo; para hacer tiempo, cuento cien pasos de un lado y cien de otro... "Ya es tarde", me digo; y de nuevo me abandono a ideas que la envuelven, la tocan, y si se apartan de ella es para volver en seguida a ceñirla... Ha transcurrido un mes, y a pesar de sus temores, ni el más pequeño obstáculo surge en nuestro camino. ¡Bien corto es, en verdad, un mes, sobre todo un mes tan delicioso; pero mucho más corto es un minuto, un segundo, y en ellos podemos tropezar con la piedra fatal que determine la caída...! ¿Por qué no viene aún? Para abreviar la espera, se me ocurre mojar mi gorro y ponerlo a secar en una rama alta... Ya está hecho... Mi medida de cálculo son las noches; ha habido algunas en que no ha podido venir al bosque; mas nunca, como esta vez, dos noches seguidas. Las otras veces nada le había ocurrido. ¿Por qué esta inquietud? ¿No tendré, al recobrarla, la sensación de que mi dicha alcanza su apogeo? En este momento, unos pasos resuenan y mi busto se inclina, mis brazos se abren ansiosos... Ya está aquí.

Y hablamos, hablamos como siempre, asimilando todas las imágenes a nuestro amor, cual si fuera un río, y las cosas del mundo entero arroyuelos que viniesen a aumentar su caudal.

—¿Te has fijado, Eduarda, en cuán agitado está el bosque esta noche? Rumores vagos recorren los árboles; el césped se comba, se riza, se estremece; las hojas grandes tiemblan con temblor torpe; diríase que alguna cosa oculta se elabora en la selva... Un pájaro canta, y la brisa lleva su mensaje de amor. Hace ya dos noches que viene a cantar al mismo sitio, insistente, fiel... ¿No te complace escuchar su gorjeo?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Es la segunda noche que canta de este modo. Comprendo que me empeño en dar a todas las cosas un sentido; pero no te preocupes; no es de nada de eso de lo que quiero hablarte... ¡Gracias por haber venido hoy, Eduarda mía! Te hubiera esperado toda la noche y mañana también, feliz casi del todo, sólo con la esperanza de verte.

—También a mí se me hace largo esperar, y para que veas que pienso en ti a todas horas, mira los pedacitos del vaso que rompiste la primera noche que viniste a casa. ¿Te acuerdas...? Anoche se fue papá, y por eso no pude venir; ya ves que tuve motivo. Mientras le arreglaba las maletas pensaba que estaría esperando, y casi lloraba, y estaba a la vez contenta por saber que estabas aquí solo, pensando en mí.

Sus excusas se acomodaban perfectamente a la última noche; pero, ¿y la anterior? De ésta no me decía nada, y un instinto secreto me hacía buscar la verdad, no en sus palabras, sino en sus ojos, que estaban sombríos, sin el brillo gozoso de antes.

Una hora pasó en seguida. El pájaro dejó de cantar y el bosque quedó inerte. Pasó una onda de frío, y ella se apretó contra mí; su

cuerpo estaba tibio, trémulo. ¡No, no; sintiéndola cerca, nada podía turbar mi dicha! Eran malas figuraciones las que me torturaban. Al despedirnos y tener sus manos entre las mías, le pregunté con timidez ansiosa:

—¿Hasta mañana?

—No; mañana, no.

Me invadió una tristeza tan grande que no me atreví ni a investigar el motivo; pero ella me dijo entre risas:

—Mañana será la prometida excursión. Pensaba sorprenderte con una invitación escrita; pero has puesto una cara tan triste, que no tengo valor de dejarte así.

Mi corazón vuelve a latir ligero. ¡Cuán pocas palabras han bastado para descargarlo de peso tan enorme! Eduarda se aleja a pasos cortos, saludándome con inclinaciones de cabeza. Sin moverme del sitio le pregunto:

—Dime cuánto tiempo hace que recogiste los pedazos del vaso.

—¿Que cuánto tiempo?

—Si. ¿Una semana...? ¿Dos quizá?

—Quizá dos, sí... Pero no, no vuelvas a ponerte triste; voy a decirte la verdad: fue ayer.

—¡Ah, ayer...! Ayer todavía pensaba en mí. ¡Qué feliz soy!

XV

Las dos embarcaciones esperan intranquilas en el puesto, y parten en cuanto las llenamos. Durante el viaje se canta y charlotea; los islotes están frente a la costa, más allá de la Isla, y el

viaje es largo. El doctor, que viste de claro como las damas, está decididor como nunca y se mezcla en las conversaciones de las mujeres, en lugar de oírlas en silencio, a ejemplo de los demás. Su hablar es tan incesante que tengo la sospecha de que no haya esperado la hora de la merienda para beber. Cuando desembarcamos pronuncia una especie de discurso, y al verle consultar a Eduarda con los ojos, me digo: "Sin duda ella lo ha designado para que sustituya a su padre en las funciones de anfitrión."

Amable en extremo con las damas, afectuoso y casi paternal con Eduarda, sin desprenderse del tonillo de pedantería que ya había observado en él, fue el verdadero protagonista de la fiesta. Su manía directiva se muestra a veces en detalles pueriles; por ejemplo: Eduarda dice: "Yo nací el año 38." Y él corrige muy serio: "En el 1838." Las pocas veces que yo hablo, me escucha atentamente, sin manifestar el menor desvío.

Una muchacha de las que han venido en la otra barca se acerca a saludarme, y no la reconozco al punto. Es una de las hijas del superintendente, la que yo había invitado a visitar mi cabaña en la excursión anterior; y nuestra plática esta vez es más larga y cordial. Mas, en general, no me divierto. Bebiendo con cautela, yendo de un grupo a otro, sin cometer esta vez faltas graves, echo de menos algo, y acaso más para evocar lo que por ignorancia del arte de responder a las amabilidades, empiezo a hablar con la incoherencia selvática de aquella tarde; al ver que no me lo toman en cuenta, me malhumoro y callo.

Ante la inmensa piedra que nos sirve de mesa, el doctor habla con elocuencia presuntuosa, abriendo los brazos en ademanes

ridículos, que, a pesar de ello, a nadie hacen reír.

—¡Ah, el alma! ¿Y qué es el alma? —dice.

La hija del superintendente lo ha acusado de librepensador, y esto desata su elocuencia: "¿Acaso todo el mundo no tiene derecho a pensar libremente? Nos representamos el infierno como una mansión subterránea, y al diablo como una especie de jefe de Negociado; y, sin embargo, el diablo es también una majestad." Hablando del retablo que hay sobre el altar de la iglesia, dice: "Representa a Cristo, algunos hebreos de ambos sexos, una fuente metamorfoseada en fuente de vino... Bien; y el Cristo se distingue de los demás por la aureola. ¿Saben ustedes la verdadera significación de la palabra aureola? Supongo que no creerán que es un simple disco amarillento."

Y como dos señoras juntan las manos en un aspaviento místico, sale del atolladero así:

—Lo que acabo de decir es horrible, ¿verdad? Lo reconozco; pero basta decirlo siete u ocho veces seguidas pensando bien en ello, para que parezca menos espantoso. En fin..., permítanme, señoras y señores, que beba a su salud.

Arrodillado sobre el césped, frente a las dos devotas, alzó su sombrero con la mano izquierda y vació el vaso de un sorbo. A pesar mío, su aplomo me cautiva, y hasta pienso en proponerle que choquemos los vasos; mas en el suyo no queda nada ya.

Eduarda no le pierde de vista. Despechado y esperanzado aún, me acerco a ella y le digo, muy quedo.

—¿No jugaremos hoy a la viudita que elige mando?

Se estremece y, levantándose, susurra:

—Ten cuidado de no tutearme aquí.

Esta advertencia es injusta, pues no la he tuteado; así que me separo del grupo, y empiezo a notar que el tiempo no pasa de prisa. De tener otra barca a mi disposición, regresaría solo... Quizá *Esopo* esté en ese instante pensando en el abandono de su dueño... En cuanto a Eduarda, de seguro no piensa en mí porque habla del placer que tendría en viajar, en conocer otros países. El color de sus mejillas dice bien claro su entusiasmo, y hasta su voz adquiere un tono rápido, el tono del que está impaciente por partir.

—Nadie será más dichoso que yo el día que...

—Dichosa — rectifica el doctor.

—¿Qué dice?

—Que, tratándose de una mujer, se dice dichosa.

—¿Sí...! ¡No comprendo!

—Que ha dicho usted "más dichoso que yo".

—Bueno; el caso es que por nadie me cambiaré el día que salga para un viaje largo. ¡A veces siento la nostalgia de no sé qué paisajes!

¡Ah, quiere viajar, no se acuerda de mí; leo en su cara la huella indudable del olvido...! ¡Nada puedo hacer; mas quédame el menguado consuelo de decir que jamás leí página tan triste! Los minutos pasan con lentitud de

angustia, y al fin propongo el retorno, so pretexto de que dejé a *Esopo* atado y sin comida; pero mi proposición se pierde; nadie piensa aún en regresar.

Por tercera vez me dirijo a la hija del superintendente seguro ya de que es ella la que encontró fiero y turbador mi mirar, y chocamos los vasos. Sus ojos, inquietos, fascinados, no pueden apartarse de mí.

—¿No cree usted, señorita, que los individuos de aquí son comparables a estos veranos tan fugaces como embrujadores?

Hablo en alta voz y a propósito, y a propósito también la insto a que visite mi cabaña.

—Dios la bendecirá por esa buena obra y yo procuraré acogerla como merece y darle en recuerdo un presente que le sea grato.

Y no acabo de decírselo cuando pienso que si viene nada le podré regalar, a no ser que quiera llevarse mi calabaza llena de pólvora... Eduarda, sin volver siquiera la cabeza, me deja hablar; pero aun cuando parece atenta a la conversación general, en la cual toma parte, estoy seguro de que me oye.

El doctor se ha erigido en augur y lee la buenaventura a las muchachas, una de las cuales le coge al fin una de sus manos, también femeniles y adornada con sortijas, para predecirle a su vez no sé qué confusos sucesos. Sintiéndome abandonado, me aparto y me dejo caer, abatido, sobre una piedra. El día va menguando ya.

La única que podría apartarme de este aislamiento — me digo—, en nada se preocupa de mí... ¡Bah...! Después de todo, ¿qué me

importa...? Este "qué me importa" es una bravata; la sensación de abandono me empequeñece; oigo las conversaciones como si hasta las palabras más inocentes fuesen dichas contra mi. Eduarda ríe, y al oírla reír, algo imperativo me hace levantar e ir hacia el grupo; y cuando me encuentro en él, sin saber qué decir y sin poder callarme empiezo a hablar, excitado, con ese hablar volumen del hombre inseguro:

—Se me acaba de ocurrir que tendrán mucho gusto en ver mi caja de entomólogo. Aquí la tienen; mírenla a su sabor, porque hay en ella cosas curiosas. Fíjense en estas moscas rojas y en estas amarillas.

Con una mano tiendo la caja, que nadie recoge, y con la otra tengo la gorra, que al ver a todos cubiertos, me vuelvo en seguida a poner. Rompiendo el embarazoso mutismo, el doctor dice:

—Traiga usted; es curioso ver cómo las fabrican.

—La he hecho yo mismo —digo en tono humilde, lleno de gratitud.

Después me pongo a explicar mi procedimiento, que es el más elemental: "Compro plumas y las voy pegando en el exterior de la caja... Claro que en las tiendas se encuentran cajas mucho más primorosas."

Eduarda lanza sobre mi obra y sobre mí una mirada distraída, sin interrumpir su conversación.

—Con bellos materiales no hay obra fea —asegura el doctor—. ¡Las plumas son tan lindas...!

—Las verdes sobre todo — dice inesperadamente Eduarda—. Déjemelas ver de cerca, doctor.

—Quédeselas usted... Sí, se lo ruego. Será un verdadero favor que me haga... Quédeselas en recuerdo de hoy.

Eduarda las mira muy atenta, y sin responder en el primer instante, observa:

—No se sabe si son verdes o moradas; depende de cómo se las mire... Puesto que usted se empeña en ofrecérmelas, las acepto.

—Desde luego, sí.

Despega poco a poco las plumas, y el doctor me devuelve la caja, que, a pesar de estar desguarnecida, me parece más bella. Nos levantamos, y el doctor asegura que ya es hora de pensar en volver. Una oleada cordial me sube a la garganta, y me hace decir:

—Volvamos, por Dios; recuerden que mi pobre perro, mi mejor amigo, está amarrado, y que en cuanto me vea se alzaré de patas sobre el pretil de la ventana. Para saludarme... Puesto que el día ha sido delicioso y la noche empieza a caer ya, vámonos... Y gracias a todos.

En el embarcadero me quedo de los últimos para ver en qué barca monta Eduarda, y tomar la otra; pero cuando menos lo espero me llama, y con la cara enrojecida, tendiéndome la mano, me dice:

—Muchísimas gracias por las plumas. Tomamos la misma barca, ¿verdad?

—Si usted quiere...

Nos sentamos sobre la misma bancada, y su rodilla toca la mía; pero más que este contacto me conforta su mirada, que de tiempo en tiempo me busca y me envuelve. En un instante me resarzo con creces de las vicisitudes de aquel día que, para no serme del todo propicio, me permite verla con sus postreras luces volverme de súbito la espalda y ponerse a hablar con el doctor, que va de timonel. Durante un inmenso cuarto de hora no existo para ella, y el injusto abandono me impulsa a cometer una acción absurda; uno de sus botines se le cae, e inclinándome rápido, lo cojo y lo tiro al agua... ¡Que se ocupe siquiera un momento de mí, no importa por qué! Es cosa de un segundo, en el cual para nada entra la reflexión. Al verme, las mujeres gritan, y yo mismo quedo estupefacto, cual si la insensatez fuese realizada por otro; mas ya es tarde: el zapatito flota lejos, y el doctor grita:

—Remad más fuerte, más fuerte...

Y dirige el bote con tal destreza, que uno de los remeros puede rescatar la prenda en el instante en que va a hundirse. Al levantarla con el brazo mojado, de las dos barcas sale un "¡hurra!" que me da la sensación de mi derrota, de mi ridículo. Sin dejarme limpiar el botín con mi pañuelo, Eduarda me lo arrebató silenciosa; luego dice:

—En mi vida vi nada igual.

—¿Verdad que no? —le respondo, tratando en vano de adoptar un aire zumbón, como si alguna intención profunda hubiese determinado el acto incomprensible.

Pero ¿cómo convencer a nadie de ello? Por primera vez el doctor me mira con desvío, con desdén, y no puedo sostener su mirada... Cuando los botes se acercan al puerto, el

malestar general se disipa. Algunos cantos se elevan sobre la plata del mar. Eduarda dice entonces:

—Puesto que no hemos bebido todo el vino, y hay que terminarlo, organizaremos pronto una fiesta, un baile, en casa, por ejemplo... ¿Aprobado?

—¡Aprobado!

Al desembarcar intento disculparme.

—Tengo impaciencia por llegar; perdóneme que me vaya en seguida... el día ha sido para mí demasiado cruel.

—¿Está seguro, señor teniente, de que ha sido demasiado?

—De todos modos, puedo asegurarle que le he quitado parte de su alegría sin encontrarla yo...

—Sí que fue una idea.

—Menos mal que le llama usted idea... ¡Perdóneme!

XVI

Después de esto, ¿qué podía sucederme ya de malo? Puesto que el principio del daño no fue causa mía, resolví no desesperarme. Acaso viniese toda mi incapacidad de comprender a esas gentes norteñas, tan poco claras como brumosas; gentes de enigma, pensamientos oscuros, sobre todo cuando el sol los alumbraba día y noche...

¿Qué visiones persiguen sus ojos azules y lejanos? ¿Qué quimeras crecen tras de sus frentes? ¡Bah! Una sola persona me importaba, y en ella parecían concentrarse los enigmas de

todos. Mecánicamente, sin que el espíritu tomase parte alguna, continué mi vida; preparé mis redes, engrasé mi escopeta para colgarla ya que los pájaros grandes habían cesado de volar, y durante largas horas permanecí en mi cabaña despierto, atento por si se acercaban unos pasos... que llegaron al fin.

—¡Oh, Eduarda; hace cuatro días que no la veo!

—Cuenta usted bien; pero ¡he tenido tanto que hacer...! Venga a casa y verá.

Ya en su casa me lleva a la sala principal, de cuyo centro ha desaparecido la mesa; las sillas, alineadas junto a las paredes, indican el deseo de dejar el mayor espacio posible; todo ha cambiado de lugar, y las lámparas de telas de colores. El piano ocupa un rincón... Sin duda son los preparativos para el baile.

—¿Cómo lo encuentra todo? —me pregunta.

—Extraño, claro...; pero bien.

Salimos de la sala, y en un pasillo, con voz enternecida, le pregunto:

—¿Me has olvidado del todo, Eduarda?

—No lo entiendo... Puesto que ha visto lo que he tenido que hacer en cuatro días, ¿cómo podía ir a verle?

—Es verdad, no le quedaba tiempo para ir.

Fatigado por la falta de sueño y enervado por la inconformidad intranquila de tantos días de espera, no pude contenerme y sólo tuve palabras inoportunas.

—No discuto que no haya podido venir; lo que si afirmo es que hay entre nosotros algo, un cambio, una causa... ¡Ah, si yo pudiera leer tras de esa frente de cuyo misterio sólo ahora me doy cuenta...!

—¡Pero si le digo que no lo he olvidado! — dice, ruborosa, cogiéndose a mi brazo para convencerme.

—Puede ser que no me haya olvidado... Acaso ni sepa lo que digo.

—Mañana recibirá la invitación y bailaremos juntos... No se ponga así... Ya verá qué bien vamos a bailar.

—Bueno... ¿Quiere acompañarme siquiera hasta el cruce de las veredas?

—¿Ahora? No, no puede ser. Dentro de un minuto va a venir el doctor para ayudarme a dar la última mano a la sala... ¿Verdad que no resulta mal?

Un coche se detiene en la puerta y no puedo contener la irónica pregunta:

—¿Es que viene el doctor en coche?

—Sí, le he mandado un caballo para...

—Para que no se resienta de su cojera con tanto ir y venir... Está muy bien. Déjeme salir... ¿Cómo está usted, doctor? Siempre el mismo gusto en verlo. ¿Su salud buena? Con su permiso, tengo que irme...

Ya fuera, me vuelvo y observo que Eduarda separa las cortinas para verme, y que su cara tiene una sombra pensativa; esto me comunica de pronto una alegría ridícula enorme. Toda mi laxitud desaparece y me alejo a pasos

rápidos, entornados los párpados, manejando mi escopeta en el transcurso del soliloquio, cual si fuera un junquillo: "¡Ah, que sea mía, y volveré a ser el hombre de antes...! ¡Que sea mía y aunque tenga los más extravagantes caprichos, haré lo posible y lo imposible por satisfacerlos...! ¡Besaré su vestido, como aquella noche, y sus piececitos, y el suelo que pise!" Y, dejándome caer, beso la hierba húmeda cual si ya fuera mía y para probarme me hubiese dicho: "¡Bésala!"

En ese instante estaba casi seguro de ella y atribuí a particularidades desconocidas de su carácter las mudanzas que tanto efecto me causaron. Puesto que había salido a la ventana para verme, ¿no estaba claro todo? ¿Podía, acaso, hacer otra cosa? Y la alegría satisfacíame hasta el punto de hacerme olvidar que un momento antes tenía un hambre atroz. *Esopo* ladró de súbito, y junto a mi cabaña vi a una mujer cubierta con un pañuelo blanco. Era Eva, la hija del herrero.

—Buenos días, Eva —le grité desde lejos.

Con la cara enrojecida, algo inclinada, se chupa uno de los dedos con gesto dolorido.

—¿Qué te pasa...? ¿Te has hecho daño?

—Me ha mordido *Esopo* — respondió bajando los ojos púdicamente.

No puede ser cierto, pues el perro no se apartó de mí. Al ver la mordida compruebo que es de ella misma, y una sospecha avienta por primera vez mis pensamientos.

—¿Hace mucho tiempo que me esperabas?

—No mucho... Ayer esperé más... y usted no llegó.

Sin añadir una palabra la cojo de la mano, la empujo hacia dentro y cierro la puerta.

XVII

Tenía pensado no asistir al baile, pero al regresar de caza me acometió el deseo imperativo de ir, y al ver que me había puesto desde por la mañana mi mejor traje de piel, comprendí que el designio estaba latente en mi voluntad. Desde antes de llegar a Sirilund oí el estrépito de la fiesta. Al verme, resonaron gritos de "¡Aquí está el cazador!" "¡Ya tenemos aquí al teniente!" y muchachos y muchachas me rodearon deseosos de ver, cual si fuera un espectáculo nuevo, los dos pájaros marinos que había cazado y el montón de peces que brillaban plateados en la red. Eduarda se acercó también sonriente y me dio la bienvenida. En seguida noté que estaba sofocada de tanto bailar.

—Yo también vengo a bailar —dije.

—Pues sea conmigo la primera pieza.

Y bailamos rápidos, con una especie de doloroso placer cual si se tratara de un combate. La cabeza cae daba vueltas y a la preocupación de no caer ni tropezar con nada, se unió la de mis botas que rayaban el piso recién encerado. Al cesar la música, resolví no volver a bailar, felicitándome de no haber tenido en mi primer intento más que tropiezos leves.

Los dos dependientes del señor Mack y el doctor bailaban sin tregua. Había también cuatro o cinco muchachos: el hijo del Pastor, el del superintendente y un viajante, de paso en Sirilund, que de tiempo en tiempo tarareaba, con hermosa voz de barítono, melodías populares y remplazaba en el piano a las

muchachas. Apenas si recuerdo estos detalles del principio de la fiesta, mas las últimas horas están fijas en mi memoria. La luz rojiza del sol nocturno entraba por las ventanas, desde una de las cuales pude ver los pájaros marítimos dormir sobre el roquedo. Varias veces nos sirvieron vinos y dulces. En la sala había tumulto de voces, dominado de tiempo en tiempo por la risa clara de Eduarda, que ni me dirigía la palabra siquiera. Deseoso de felicitarla por el éxito de la reunión, me acerqué a ella y vi que llevaba un traje negro — sin duda su traje de confirmación que se le había quedado corto—, y que, sin embargo, le sentaba a maravilla.

Cuando estuve a su lado se lo dije:

—¡Qué bien le sienta ese traje, Eduarda!

Fingiendo no oírme se levantó, y cogiendo de la cintura a una de sus amigas, alejóse. Lo mismo hizo otras veces que intenté aproximarme; y yo pensaba: "Si le sale del corazón hacer esto, ¿a qué poner el otro día cara triste cuando me fui? En fin, ella sabrá."

Una muchacha me invita a bailar y, como Eduarda está cerca, le respondo en alta voz:

—No, muchas gracias, ya me voy.

—¿Que se va usted? ¡Se lo prohíbo! — interrumpe ella, después de clavarme su mirada inquisitiva.

Me muerdo los labios antes de contestar, y con cara me dirijo hacia la puerta.

—Lo que acaba usted de decir es demasiado, señorita... Hay personas a quienes basta prohibirles algo para que lo hagan.

El doctor se interpone entre la puerta y yo, y Eduarda aclara y dulcifica entonces su frase:

—No tome mis palabras al pie de la letra: quise expresarle simplemente mi deseo de verlo marcharse el último de todos; y como no es más que la una... ¡Ah! —añade con los ojos chispeantes—. Tengo que reñirle por su excesiva esplendidez. Sepan que le ha dado un billete de cinco escudos al remero que pescó mi zapato la otra tarde... Me parece una recompensa excesiva.

Y desata su risa luminosa, mientras yo me quedo confuso, con la boca abierta, casi más desconcertado que colérico.

—Señores —digo cuando logro reponerme—, Eduarda se burla. Bien sabe que no le di cinco escudos al marinero.

—¿De veras?

Va a la puerta de la cocina y llama al marinero, que no tarda en aparecer.

—¡Jacobó! ¿Te acuerdas de nuestra excursión a los islotes la tarde que pescaste mi botina?

—Sí —responde él.

—¿Recibiste o no cinco escudos en premio?

—Sí, usted me los dio.

—Está bien, vete.

¿Qué significa esta nueva farsa? ¿Es que quiere humillarme? Pues no ha de lograrlo de este modo... Y recogiendo toda mi serenidad le digo en alta voz:

—Se trata de un error o de una mentira, pues ni siquiera he tenido la idea de dar una propina de cinco escudos por servicio tan insignificante. Acaso debí pensar en ello, pero no me gusta engalanarme con plumas ajenas.

—No se ponga así. Vamos a bailar... a bailar.

Obstinado en exigirle una explicación me puse a espiarla hasta que pasó a una de las habitaciones contiguas, en la que estaba instalada la mesa con dulces y licores. Para hacerme presente le dije:

—A su salud, Eduarda. Choquemos.

—Mi vaso está vacío — respondió en tono áspero.

Y tenía el vaso lleno hasta los bordes frente a ella.

—¿No es ése el suyo?

—No; no sé de quién es.

—Perdone... Esperaré a su dueña para brindar.

Intentó rehuirme y ponerse a hablar con otro; pero la cogí del brazo y le dije en voz baja y colérica:

—Me debe usted una explicación.

Entonces, juntando las dos manos y adquiriendo un aire inesperado de humildad, repuso:

—Se la debo, sí; pero no me la pida hoy... ¡Estoy tan triste...! ¿Por qué me mira de ese modo...? Antes éramos buenos amigos.

Por completo desconcertado doy media vuelta y vuelvo a la sala. Poco después Eduarda viene a colocarse junto al piano con el rostro demudado, cual si tuviese sobre él un velo de angustia; y mientras la danza que toca el viajante llena melancólicamente el salón, me susurra, fijos en mis ojos los suyos:

—¡Cómo me gustaría tocar el piano...!
¡Feliz quien puede expresar lo que siente con la música!

Mi corazón no necesita más; y como si la viese caída y herida, mis ademanes se hacen tiernos y mi voz dulce:

—Verla así es para mí el mayor sufrimiento... Dígame qué tiene. ¿Por qué esa repentina tristeza, Eduarda?

—Lo peor es que no puedo decir por qué: por nada señor todo. ¡Quisiera que el mundo acabara, que todos me dejaran...! ¡Usted, no...! No olvide que debe ser el último en marcharse esta noche.

Estas palabras hacen renacer algo en mí; y por vez primera desde mi llegada, comparto la alegría del sol que lo enrojece todo. La hija del superintendente se me acerca y apenas obtiene de mí respuestas lacónicas; el recuerdo de lo que le dije a Eduarda de mis ojos me lleva a no mirarla cara a cara. Acaso para disimular mi esquivez se pone a contar que una vez durante un viaje, en Riga, un hombre la siguió mucho rato de calle en calle. Yo me encojo de hombros, y creyendo halagar a Eduarda, murmuro lo bastante alto para ser oído:

—¿Estaba ciego?

Lastimada por mi grosería, la muchacha replica:

—Sin duda, puesto que seguía a una mujer tan vieja y fea.

Eduarda no parece agradecer mi conducta, y en prueba de ello llama a mi víctima y después de decirle algo al oído se alejan las dos, sonrientes. A partir, de esto, todos me dejan solo, rumiando mis impresiones contradictorias... Una hora pasa así; los pájaros marinos despiertan en el roquedo y su algarabía entra por las ventanas trayéndome la nostalgia de la soledad franca de la Naturaleza, libre de la hipócrita y hostil compañía de mis semejantes. El doctor ha recobrado aquel buen humor de la excursión y se ha erguido en el centro de un numeroso grupo que lo estimula y aplaude. Por primera vez pienso, mirando con complacencia su pierna torcida y su cuerpecillo enteco: "¿Será mi rival?"; y me acerco a oírle. Ha descubierto una especie de interjección, correcta: ¡Muerte y condenación!", que cree de lo más distinguido, y cada vez que la dice, un rumor alegre, al que yo contribuyo, le rodea. En mi desesperación, no se me ocurre nada mejor que esforzarme en realzar su éxito, y a cada frase suya aplaudo y digo sin ironía ninguna:

—Silencio, escuchemos al doctor.

—Adoro este valle de lágrimas — perora él —, y no partiré sino cuando me arranquen a viva fuerza. Todavía después de muerto empero que las potencias divinas me den un lugarcito en el limbo situado precisamente encima de París o de Londres, para que llegue hasta mí el murmullo de las grandes urbes.

Lanzo un formidable "¡Bravo!" y rompo en una carcajada tan estridente que todos me

miran sorprendidos. Sin embargo, no he bebido nada; la borrachera no es de alcohol, y la risa se corta brusca cuando veo que ni siquiera ha podido sacar de su abstracción a Eduarda, que escucha al orador arrobada.

Se inician los adioses y me escondo en la habitación de al lado hasta que los oigo partir; el doctor es el último que se despide; poco después aparece Eduarda que, al verme, disimula su sorpresa y me dice sin dejar de sonreír:

—¡Ah, es usted...! Gracias por haberse quedado el último... ¡Tengo un cansancio horrible!

Viendo que no se sienta me levanto.

—Le hace falta reposo. Ya verá cómo su melancolía se disipa. ¡Si supiera qué pena me da verla sufrir!

—En cuanto duerma se me pasará.

No teniendo ya nada que decirle me encamino a la salida y le tiendo la mano.

—Gracias por haber venido —me dice.

—No me acompañe usted hasta la puerta, no vale la pena.

Pacientemente espera en el vestíbulo a que busque mi gorro, mi escopeta y mi morral. Al buscarlos observo que el bastón del doctor está todavía allí, y miro a Eduarda, que se ruboriza; su turbación demuestra que ignoraba el hecho. Al cabo, tras un minuto de silencio, dice con voz colérica:

—No vaya a dejar su bastón... Vamos, que es tarde.

Y me lo alarga como si no supiera a quién pertenece Resuelto a no consentir la nueva burla cojo el bastón y, volviendo a colocarlo donde estaba añadí:

—Ya le he dicho que no me gusta adornarme con lo que no es mío; ese magnífico bastón es del doctor y no me explico cómo con su cojera ha podido prescindir de él.

Sin duda he dado en el blanco, porque enrojece y casi me grita:

—¿Quiere no hablar más de su cojera...? Usted no será cojo nunca, claro; pero cojo o no, no podrá jamás compararse con él... ¿Lo oye?

Como no encuentro apropiada respuesta retrocedo, gano la salida, y, casi sin darme cuenta, me encuentro en la calle. Ya en el camino mil pensamientos me torturan: "¿De modo que él había dejado su bastón" Con sólo esperarlo podría verlo volver contento, convencido de que bastaba una estratagema tan burda "para que yo no fuera el último en verla aquella noche". Avanzo a pasos lentos hasta el lindero del bosque, mirando a todos lados, y media hora después mi esperanza se justifica: el doctor viene por una de las veredas, y al verme se dirige a mí. Deseoso de saber en qué tono ha de entablarse el diálogo, me quito el gorro y él corresponde quitándose el sombrero. Entonces con brusca ira le digo:

—Me he descubierto porque hace calor, no para saludarle.

Retrocede un paso y me pregunta:

—¿De modo que no me saluda?

—No.

Sigue un silencio en el que le veo palidecer; encogiéndose al cabo de hombros dice:

—Poco me importa su saludo... Voy a buscar mi bastón que dejé olvidado. Buenas noches.

Nada puedo objetarle y acaso por esto mi cólera es más seca, más fiera y me dicta una venganza absurda. Tendiendo la escopeta en tierra como hacen los domadores de los circos, le digo, cual si fuera un perro:

—¡Ea, a saltar!

Y chasqueo la lengua para incitarlo. Sin duda lucha consigo mismo, pues su rostro cambia varias veces de expresión, y acaba por morderse los labios y mirar al suelo. De pronto, los alza hasta fijarlos en los míos, y me pregunta con sonrisa equívoca:

—¿Me quiere explicar a qué viene esta farsa?

No respondo; pero su mirada y su pregunta me turban. El debe darse cuenta, porque tornándose por completo bonachón, me tiende la mano en signo de paz.

—Ea, ¿qué le pasa a usted? Más le valiera contarme sus penas, y tal vez...

Esta sola rendija abierta a la esperanza me vence, me domina, e impulsado por el deseo de reparar mis yerros, lo cojo del brazo y murmuro, casi conmovido:

—¡Perdóneme, no tengo nada..., nada! Pero le agradezco su buena intención... Me figuro que vuelve usted a casa de Eduarda, ¿no? Pues apresúrese, porque cuando yo salí se iba a

acostar. ¡Estaba la pobre tan cansada! Vaya, vaya pronto.

Y sin despedirme echo a correr y me hundo en el bosque.

Cuando entro en mi cabaña me siento en la cama sin dejar mi morral ni mi escopeta, enloquecido por mil pensamientos de lucha... "¿Por qué he cometido casi la estupidez de confiarme al doctor?" "¿Por qué he sido tan cobarde de cogerlo del brazo y de mirarlo enternecidamente?" "Sin duda en este momento se estará riendo con Eduarda a costa mía." "Lo del bastón fue cosa convenida entre ambos." "Ni aun cuando fuese cojo podía compararme con él." ¡Ah! ¡Estas palabras, estas palabras!

Una decisión sombría se fragua en mí, y heme aquí medio de la habitación. Es cosa de un segundo: cargo la escopeta, apoyo los cañones sobre un pie y tiro del gatillo... Los perdigones desgarran la bota, la piel y taladran el piso. *Esopo* expresa su miedo con un aullido breve y se excita en la atmósfera áspera de humo. El dolor me obliga a sentarme; casi no me doy cuenta de lo que he hecho. Poco después llaman a la puerta y el doctor entra.

—Perdone que le venga a molestar, pero se separó de mí tan bruscamente, que he pensado que un rato de conversación ha de ser útil a nuestras relaciones futuras... ¿No huele usted a pólvora?

No hay nada de titubeo ni de fingimiento en su voz. Después de comprobarlo, le pregunto:

—¿Pudo hablarle? Ya veo que rescató su bastón.

—Sí; pero Eduarda estaba acostada ya... ¿Qué es eso, Dios mío? Se desangra usted.

—¡Oh, no es nada..., casi nada! Fui a colocar la escopeta y se me disparó. No se preocupe. ¿Por qué he de explicarle a usted nada...? Lo importante es que ya tiene su bastón.

Sin hacer caso de mi excitación creciente, contempla la bota destrozada, la sangre que gotea, y con ese ademán diestro y noble del médico que va a curar, se quita los guantes y se me acerca en el mismo momento que voy a caer extenuado.

—No se mueva y déjeme. Verá cómo le quito la bota sin que lo sienta... ¡Quieto...! ¡Así...! ¡Ya me había parecido oír un tiro...!

XVIII

¡Cuánto me arrepentí de mi locura! No merecía la cosa tal insensatez, estéril como suelen ser casi siempre los arrebatos. Su única utilidad fue retenerme largo tiempo en mi cabaña en una quietud propicia a las meditaciones, a los arrepentimientos. Mi inmovilidad duró dos semanas, durante las cuales, gracias a la planchadora, que venía a traerme provisiones y a arreglarme la habitación, no sufrí demasiado el aislamiento. Las consecuencias de aquel tiro no se borrarán nunca en mi memoria.

Un día el doctor me habló de Eduarda y, contra mi miedo, su nombre, al mezclarse en la conversación, no me impresionó; le oí referirse a sus opiniones, a sus actos, sin emoción alguna, cual si se tratase de persona o, más bien, de cosa lejana, sin la menor relación con mi vida; y esta sensación, a la vez balsámica y triste, me hacía pensar una y otra vez: "¡Qué de prisa olvidamos!"

—Puesto que me habla usted de Eduarda, doctor — dije en voz alta—, franquéese del todo. ¿Qué opina de ella? Le confieso que hace varias semanas dejó por completo de interesarme, así que no tema mortificarme con cualquier confidencia..., aun cuando sea amatoria. ¿Ha existido algo serio entre ustedes? No es preciso ser suspicaz para figurárselo: siempre están juntos, y recuerdo que el día de nuestra excursión al islote hicieron ustedes los honores como una pareja oficial... No me responda si no lo juzga oportuno, y conste que no le pido una explicación... En fin, hablemos de otra cosa más grata. ¿Cuándo podré disponer de nuevo de mi pie?

Mis últimas palabras constituían un triunfo de mi voluntad, y el temor de oír responder al doctor a mis primeras interrogaciones me turbaba. ¿Qué me importaba Eduarda ya? ¿Acaso no la había olvidado del todo, del todo...? Y como el doctor insistiese en hablarme de ello, lo interrumpí temeroso y curioso a la vez de saber lo que había en el fondo del pensamiento de aquella muchacha que, no sé si cruel o ligeramente, había jugado con mi tranquilidad, robándome el equilibrio y el sosiego.

—¿Por qué me interrumpes así? —exclamó el doctor, ¿Es que no puede soportar ni que se pronuncie su nombre?

—No tanto... Hasta me gustaría saber qué opinión le merece a usted.

—¿Mi opinión?

—Sí, a título confidencial y con la firme promesa de guardarle el secreto. No titubee usted; ¿es que ha pedido ya su mano y le ha sido concedida? Dígame si debo felicitarle.

—Sin duda es eso lo que más teme.

—Ni eso ni nada que con ella se relacione...
Basta de bromas.

Hubo un breve y pesado silencio; él, cambiando de tono, volvió a reanudar la plática:

—No, no he pedido su mano; y ahora pienso que tal vez sea usted quien la pidiera...; no hay que olvidar que Eduarda es uno de esos seres que no se dan ni se dejan pedir, sino que escoge a quien le parece, poniendo toda su enorme voluntad en cada capricho... ¿Se figura que es una palurda porque vive en esta desolada región casi polar? ¡Bah...! Se trata de un ser que ha trocado sus obstinaciones de niña jamás castigada en caprichos de mujer segura de su seducción. Si la cree usted fría se hallará con todo lo contrario: si la juzga apasionada, esté seguro de ir a estrellarse contra el hielo... "¿Qué es en suma?", me dirá usted... Pues, en concreto, una muchacha menuda donde caben inmensas y misteriosas contradicciones... ¿Sonríe? Está bien: trate de ejercer un influjo dominador sobre ella y ya verá usted lo que es sagacidad y energía para desasirse. Su mismo padre, que cree mandarla, no hace sino obedecer sus menores veleidades... Dice que tiene usted pupilas de fiera.

—Conozco la opinión; pero no es de Eduarda, sino de otra muchacha.

—¿De cuál?

—No sé, de una de sus amigas: al menos ella me lo dijo.

—Pues a mí me ha asegurado varias veces que cuando usted la mira le parece tener frente a frente los ojos de un tigre o de un leopardo...

No sonría usted creyendo tener por eso ventaja... Mírela bien, fije en las suyas las pupilas fascinadoras, y en cuanto note el deseo de dominio se dirá: "He aquí un hombre que porque los ojos le brillan piensa tenerme a merced suya." Y de una mirada o de una palabra fría y cortante lo rechazará, para volver a atraerlo cuando se le antoje. Créame a mí que la conozco... ¿Qué edad se figura que tiene?

—Si nació en 1838...

—No es verdad. Tiene ya veinte años, aunque sólo represente quince... Y no crea que es feliz: una marejada de ideas opuestas combate en su cerebro; a veces cuando contempla las montañas y el mar, su boca se contrae de tal modo que se ve que se siente desgraciada, inferior a cualquiera; si no fuera tan orgullosa, lloraría entonces... Su imaginación novelesca y su desenfrenada fantasía son sus enemigos peores... Tal vez espera la llegada de un príncipe... ¿Qué le pareció la invención del billete de cinco escudos dado de propina al marinero?

—Una farsa, una burla.

—Pero una farsa significativa. A mí también me hizo algo semejante, hace ya un año; estábamos a bordo de un vapor donde íbamos a despedir a no sé quién. Hacía frío, llovía, y una pobre mujer tiritaba con su niño en brazos. Eduarda se acercó a preguntarle: "¿No tiene frío ni teme que se le enferme el nene? ¿Por qué no baja al salón que está tan templado?" La mujer le respondió que su billete de tercera no le daba derecho a bajar, y entonces, volviéndose a mí me dijo: "No tiene más que para un billete de tercera. ¿Qué le parece?" "¿Qué se le va a hacer!", le dije yo, comprendiendo bien su intención, pero

recordando al mismo tiempo que soy pobre y no puedo permitirme tan dispendiosas caridades... "¡Que pague ella, si su padre se lo autoriza", me dije... Efectivamente, pagó, y cuando la mujer, deshaciéndose en palabras de gratitud la bendecía, le dijo naturalmente, señalándome a mí, que me había alejado algunos pasos, con el mismo acento de verdad que a usted la otra noche: "No me dé usted las gracias a mí, sino al señor." Y no tuve más remedio que soportar las alabanzas de la pobre... ¿Qué le parece a usted? Podría contarle muchas anécdotas más de esa índole, pero creo que las dos que conoce le bastarán. No dude que le dio los cinco escudos al marinero, y que, de habérselos dado usted, se habría colgado a su cuello en un transporte de pasión. ¡Ah, si hubiera usted sido un gran señor capaz de pagar a ese precio un zapatito náufrago! Su generosidad disparatada habría hecho concordar la imagen real con la que ella se ha forjado de usted... Por eso dio los cinco escudos en su nombre, y si se fija verá que hay en éste, como en todos sus actos, una maravillosa mezcla de cálculo y de alocamiento.

—¿Entonces es imposible conquistarla?

—¡Quién sabe...! — dijo evasivamente —. Necesita una lección severa, ya que sólo obedece a su fantasía y está acostumbrada a triunfar siempre y a encontrar de continuo seres a quienes tiranizar. ¿Se ha fijado en cómo yo la trato? Como si fuera una colegiala. La riño, corrijo hasta su manera de hablar y aprovecho todas las ocasiones para humillarla. Esto la mortifica en extremo, pero su soberbia le impide dejarlo traslucir. Desde hace un año la castigo del mismo modo, y me parecía ya que empezaba a recoger los frutos de mi paciente siembra, hasta el extremo de haberla hecho

incluso llorar; cuando usted llegó empezó a admirarla sin reservas, y lo echó todo a perder. Si uno la abandona, ella encuentra en seguida otro adorador más incondicional y fervoroso; cuando usted se vaya pasará lo mismo.

Mientras le oía hablar me preguntaba: "¿Podría obrar así este hombre si no tuviese contra ella un resentimiento?"; y como el silencio que siguió a sus palabras pesaba entre nosotros, le dije sin poder contenerme, en tono brusco:

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Pretende tal vez que yo le ayude a castigarla?

Mas sin molestarse por mi impertinencia, prosiguió:

—De lo que sí estoy seguro es de que arde como un volcán. ¿No me preguntaba si creía imposible conquistarla? No, no lo creo. Espera a su príncipe, que tarda ya y que la ha causado más de una decepción; durante unos días se figuró que era usted; se lo figuró por sus pupilas de fiera, por el misterio de su vida... ¡El príncipe que llegaba de incógnito...! ¡Ah, si usted hubiese traído su uniforme, señor teniente, cuánto camino a su favor! Yo la he visto retorcerse las manos, febril de esperar al que ha de venir a raptarla de esta vida pobre, triste, fría, para ser dueño de su alma y de su cuerpo y dar vida a sus sueños... Será condición indispensable que ese príncipe sea extranjero, que surja mientras más extrañamente mejor... Su padre lo sabe también, y por eso se ausenta de vez en cuando, aunque no siempre logre el objeto de su viaje... Una vez volvió acompañado de un señor.

—¿De un señor?

—Sí; pero no era el galán esperado — dijo sonriendo amargamente —. Era un individuo de mi edad, cojo... Ya ve usted que no se le podía confundir con un príncipe.

—¿Y dónde vive ese señor ahora?

—¿Que dónde vive? — respondió turbándose —. No sé ni importa saberlo... Ya hemos charlado bastante de este asunto... Dentro de ocho días podrá andar como si nada; adiós...

XIX

Su voz penetra como un rayo de sol por la puerta de mi cabaña, y mi sangre dormida acelera su curso y me sube al rostro.

—¡Glahn...! ¿Cómo está Glahn?

Y oigo que mi planchadora responde:

—Casi curado.

El acento con que ha sido mi nombre dicho me llega al corazón, y ninguna dádiva podía conmoverme ni regocijarme tanto como este nombre, repetido así por la voz estremecida y luminosa.

Sin inquirir si se puede pasar, entra y se me aparece de súbito con todo el atractivo, con toda la autoridad sobre mis pensamientos y deseos que antes. Me parece que no ha pasado el tiempo; está junto a mí con su chaquetilla teñida, con su delantal bajo para aventajar el talle, con sus ojos profundos, su piel casi cetrina, sus cejas perfectamente dibujadas; y siento de nuevo cerca el revolotear tierno de sus manos — mariposas inteligentes que parecen ir a posarse en mí —. Esta especie de resurrección me conmueve, me aturde, y no

puedo menos de decirme, mientras ella me sonríe antes de hablar: "Yo he besado esa cara, esos ojos"; y su voz canta en mis oídos continuando la sensación feliz de que algo muy bueno, muy bueno, acaba de renacer:

—¡Ah! ¿Ya se levanta usted? ¡Menos mal! Siéntese, que todavía el pie debe estar delicado. ¿Cómo se hirió, Dios mío? ¿Y cómo no me he enterado yo hasta hoy? Muchos días me preguntaba: "¿Qué le pasará a Glahn? No se le ve"; y pensaba todo menos que pudiera estar herido, sin que el presentimiento me lo advirtiera. ¿Se encuentra usted mejor? Está pálido, desconocido casi... ¿Le hace daño el pie? No se quedará cojo, ¿verdad? El doctor asegura que no, y yo pido a Dios que no se equivoque. Perdone que haya venido así, sin avisarle...; pero saberlo y echar a correr fue todo uno.

Se inclina hacia mí con un gesto delicioso de solicitud, que me hace sentir su aliento como otras veces. Mis manos se anticipan a la voluntad y se anticipan para atraerla del todo; pero entonces se aparta y veo que sus ojos están húmedos y que es preciso hablar, hablar no importa de qué, para que no nos domine la emoción.

—Fue un accidente, un accidente estúpido; figúrese que iba a poner mi escopeta ahí y lo hice distraídamente, sin mirar que los cañones estaban hacia abajo.

—¿De modo que un accidente? — murmura con aire soñador —. Déjeme ver. Da la casualidad de que también es el pie izquierdo.

—La casualidad, eso es. ¿Por qué había de ser el derecho? Yo tenía la escopeta así, ¿ve usted?, y no era posible herirme de otro modo... Le aseguro que no ha sido cosa divertida.

Me mira y titubea antes de continuar:

—Menos mal que ya está casi curado. De todas maneras debió ocurrírsele enviar por la comida a casa. ¿Cómo ha podido arreglárselas solo?

Todavía hablamos un momento de cosas baladíes, y al fin le digo:

—Cuando entró usted, su cara, sus ojos brillantes y el ademán con que me tendió las manos, revelaban una emoción para mí preciosa. Luego, sus ojos han recobrado la indiferencia de los últimos días que nos vimos... Dígame la causa.

No responde sino al cabo de un rato, con esta evasiva:

—No se puede estar siempre igual.

Contésteme a esta sola pregunta: ¿Qué he podido hacer hoy que la contraríe? Dígamelo para que me sirva de lección en lo futuro.

Sentada ante mí, la veo contemplar el horizonte y contraer la boca en un mohín equívoco.

—Nada, Glahn, se lo aseguro — dice —. A veces nos pasan por la cabeza pensamientos extraños y... ¿Se ha disgustado? No olvide que hay personas a quienes otorgar la menor concesión cuesta un gran esfuerzo, mientras otras lo dan todo sin esfuerzo, sin trabajo alguno... ¿Quién da más? En fin, veo que la enfermedad le ha hecho ponerse melancólico, obligándonos a hablar en este tono grave.

Se vuelve repentinamente hacia mí, y con la cara iluminada de júbilo, exclama:

—¡Cúrese usted lo antes posible...! Ya nos volveremos a ver.

Al tenderme la mano adopto la resolución súbita de no aceptársela y respondo con una ceremoniosa inclinación, mientras le doy las gracias por su visita:

—Perdóneme que no la acompañe.

Cuando me deja solo me pongo a reflexionar mucho tiempo, y después tomo papel y escribo una carta solicitando que me envíen mi uniforme lo antes posible.

XX

Jamás olvidaré la mañana feliz en que, repuesto ya, volví a penetrar en la selva, a sentirme solo entre el vasto rumor de los árboles, donde todo — insectos, hojas, ramas — parecía acogerme como a un hijo pródigo a quien se le da la tierna bienvenida, mezclada con algo de reproche. Aún estaba débil y, sin embargo, la dicha multiplicaba mis energías, y mis sentidos armonizábanse tan bien con la calma de la Naturaleza que, sin causa aparente, la emoción subió del corazón y se cuajó en lágrimas entre mis párpados; lágrimas de gratitud hacia el paisaje, cuyos brazos, cual los de un ser vivo, férvido y discreto, me estrechaban silenciosos y cariñosos... ¡Que la paz divina sea siempre contigo, bosque venerable y balsámico, que te entras en las almas y las agrandas y confortas...! Solo entre rumorosa quietud, me vuelvo hacia todas partes y saludo por su nombre a las flores, a los gusanillos minúsculos que serpean por las hojas, a los pájaros que pasan chillones entre las últimas copas de los árboles y el cielo fúlgido; miro hacia las cúspides de las montañas, y me parece que desde ellas una voz amiga y sin sexo me llama con tal solicitud que

me veo obligado a responderle: "¡Ya voy, ya voy; no creáis que olvidé en mi prisión de enfermo dónde se encuentran los nidos mejores, los de las aves de presa que vuelan cara al sol; no creáis que mis pulmones renunciaron al ansia de sentirse dilatados en las cimas donde el aire es más áspero, más luminoso, más sutil!"

Al filo del mediodía desatraco mi barca y remo lentamente, hasta llegar a la isla cercana al puerto; desembarco en una playa tapizada de flores color malva, cuyos tallos tiernos y ágiles me llegan casi a las rodillas. Ninguna huella de animal ni ningún paso de hombre veo en torno; tal vez jamás ser alguno holló este paraje a la vez bravío y suave. Marcho a pasos felices dejando detrás el leve murmullo del mar y la franja de espuma que pone a la isla una orla viva, trémula. Sin miedo alguno, los pájaros continúan piando sobre las rocas, y desde una más alta percibo la isla entera, y me parece que el agua trata de estrechar su asedio con el sólo propósito de abrazarme también y darme la bienvenida como el bosque... ¡Benditos sean la vida, la tierra, el cielo y hasta mis enemigos! En todo cuanto hay de bueno en el paisaje y en el pensamiento, se diluye mi alma, impulsada por un optimismo infinito que la mejora; y si en este minuto de plenitud se llegase hasta mí el más enconado de mis adversarios, me arrodillaría sonriendo ante él y le anudaría los cordones de sus botas... De una de las embarcaciones de la flotilla del señor Mack se alza un canto de marinero, que entra también en mi alma por el oído, cual entra el sol alegre por los ojos. Voy hacia la playa, paso ante las cabañas de los pescadores, embarco otra vez, y al caer el crepúsculo estoy ya en mi albergue, compartiendo con *Esopo* la cena para volver en seguida al bosque, del que sale una brisa perfumada que me acaricia y

pone nuevas bendiciones en mis labios. "Bendito seas, céfiro viajero, por haber volado hasta mí, por haberte llevado los pensamientos oscuros, por haber acelerado la sangre de mis venas y el ritmo de mi corazón, que también parece decirte en su precipitado latir: «¡Gracias..., gracias!»"

Rendido de fatiga me tiendo sobre la hierba, y *Esopo* toma sitio a mi lado, el sueño cierra casi en seguida mis ojos, y sutiles imágenes, en concordancia con mis sensaciones, empiezan a pasar por la imaginación, que, acaso, debiera reposar también. Oigo campanas de argentino sonar, y al final de una perspectiva marina veo erguirse una montaña. De súbito me pongo a rezar dos oraciones: una por mi perro, la otra por mí; y heme aquí sin viaje alguno, en la falda del elevado monte, dispuesto a subirlo, cuando la puerta de mi cabaña se bate con estrépito y me despierta... El cielo de amortiguada púrpura, el sol medio apagado, la atmósfera nocturna, la línea lejana del horizonte, en la cual se aviva la luz, se me aparecen a manera de espectáculo insólito; y en la penumbra en donde reposo, rodeado de silencio, me vuelvo hacia *Esopo* para decirle: "No duermas intranquilo; mañana cesará la vagancia y volveremos a ser los cazadores de antes..." El sueño engañoso que me produjo la ilusión de ir a penetrar en el corazón de la montaña se ha disipado felizmente; pero no sé si estoy despierto del todo pues raras sensaciones me turban y renuevan; me siento aturdido, débil; dijérase que unos labios acaban de posarse tenuemente sobre los míos abro los ojos y miro en torno... ¡Nadie! Y sin saber por qué, pronunció el nombre de Iselina. Una ráfaga sutil riza la hierba con sedosos susurros. Percibo ruido: hojas que caen tal vez, pasos quizás... Algo como un roce vivo y sensual estremece la selva. ¿Será el respirar anheloso

de Iselina, que viene a pasearse bajo la fronda propicia a los cazadores vestidos de verde y calzados de botas altas, por quienes tuvo siempre predilección...? La deidad del bosque habitaba en un castillo distante media legua de mi cabaña hace sólo cuatro generaciones, y desde su ventana escuchaba el son de las trompas de caza en el intrincado bosque, lleno entonces de lobos y osos. Uno de aquellos cazadores contempló un día sus pupilas y otro escuchó su voz... Bastaba esto para que no la olvidaran nunca. Y una noche de insomnio otro cazador joven abrió con esfuerzo y sangre de sus manos una galería al través de los muros del castillo, para llegar a la alcoba de Iselina y ver sobre la castidad de las sábanas el cuerpo voluptuoso, ágil, elástico... Tendría apenas dieciséis años cuando llegó un comerciante escocés que tenía numerosa flota y un hijo muy bello, llamado Dundas. Iselina conoció al mancebo y sintió por primera vez el amor...

Me despierto de nuevo con sobresalto y siento la cabeza pesada; vuelvo a cerrar los ojos y en seguida los labios de Iselina pasan sobre los míos en caricia leve y penetrante... "Ah, eres tú, Iselina, deidad hechicera del bosque, tentadora de hombres, ¿eres tú quien besas mi boca? Acaso Diderico está, como aquella vez, triste, oculto tras un árbol". Mi cabeza se torna de momento en momento más pesada. Ya no son imágenes de ensueño las que circulan dentro de ella; ya es el sueño denso, profundo... Y una voz musical, cuya vibración entra en mis venas y en mis nervios, me habla suavemente... Es la voz de Iselina.

- "¡Duerme, duerme — me dice —, que quiero contarte mi primera noche de amor...! Me había olvidado de correr el cerrojo, porque a los dieciséis años y en primavera, cuando los árboles retoñan y todo ríe en el mundo, la

juventud no tiene tiempo de prevenir nada... Pues por aquella puerta entró Dundas como águila poderosa que va a hacer presa... Había llegado a la comarca hacía poco, y una mañana, antes de empezar la caza, le oí contar sus lejanos viajes. Tendría veinticinco años, y apenas sentí el contacto de su piel, lo amé. Su frente era vasta, y en ella dos manchas rojas, de un rojo febril, me inspiraron por primera vez en la vida el deseo de besar, no suavemente, sino con la boca entreabierta y entornados los ojos... Por la noche, después de la caza, salía a buscarlo al jardín, con un miedo angustioso de no hallarle, llamando en voz baja, para ver si me oía con el corazón... Y de pronto surgió tras de unos matorrales, y me dijo imperativamente: «¡Esta noche a la una!»; y volvió a desaparecer.

"Yo me quedé pensando: ¿Qué ha de pasar esta noche a la una? Acaso sea que partirá para uno de sus viajes... Pero si es así, ¿por qué ha venido a decírmelo de este modo? Y pensando en eso me olvidé de echar el cerrojo a la puerta... Al sonar la una entró y le pregunté ingenuamente:

"—¿No estaba corrido el cerrojo?

"—No, voy a correrlo ahora.

"Y quedé encerrada a solas con él. El ruido de sus botas me produjo espanto.

"—Ten cuidado, no vayas a despertar a la criada con el crujir de tus botas — le dije —. No, no te sientes así, que las sillas también crujen.

"—¿Puedo sentarme entonces junto a ti, en el sofá?

"Le respondí que sí, porque el sofá era el único mueble que no crujía; mas aunque le dejé mucho sitio se apretó contra mí, y entonces le besé los ojos. Mis labios debían estar fríos, porque me dijo:

"—Estás helada, dame tus manos... ¡Eres como una niña de nieve! Ven.

"Y me oprimió en sus brazos y cuando ya yo empezaba a confortarme cantó un gallo a lo lejos.

"—¿Oyes cantar el gallo? El día va a nacer.

"Yo murmuré desfallecida:

"—¿Estás seguro de que ha cantado?

"Las dos manchas rojas de su frente reaparecieron y quise levantarme, pero me lo impidió, y entonces mi boca, desoyendo a mi voluntad, posóse una y otra vez sobre ellas y mis ojos se cerraron cual si un peso infinito y delicioso juntase los párpados... Al despertar, ya entrado el día, no reconocí las paredes de mi alcoba, ni mis zapatos, ni mis ropas familiares... Algo nuevo cantaba, con murmurio de fuente, dentro de mí; y mientras me levantaba, no hacía más que interrogarme a mí misma: «¿Qué es esto que canta y que se exalta en todo mi ser...? ¿Qué hora será...? ¿Qué me ha pasado?» Mas a todas las interrogaciones sólo respondía un recuerdo fijo: que me había olvidado de echar el cerrojo a la puerta... La criada me reconvino al entrar:

"—No has regado tus flores, Iselina.

"¡Las había olvidado, como todo!

"Y, acentuando la reprobación, añadió:

"—Toda tu ropa está arrugada.

"Las ganas de reír no me dejaron responder; pero pensé: «¿Cómo he podido arrugarme la ropa?» Tal vez anoche...

"Y ella continuó inflexible, mientras un coche se detenía junto a la verja del jardín:

"—Tu gato maúlla de hambre; debías haberte ocupado de él.

"Mas, sin pensar en mis flores, en mis vestidos ni en mi gato, le dije:

"—¿Será el coche de Dundas? Ruégale que venga en seguida; es para...

"Y cuando se fue, me puse a preguntarme si al entrar Dundas volvería a acordarse de cerrar el pestillo... Llegó al fin y yo misma cerré la puerta como había él hecho la noche antes.

"—¡Iselina...! — exclamó en un beso largo, que tuvo mi nombre entre nuestras dos bocas vivo e incompleto durante un minuto; yo murmuré:

"—Conste que no te he mandado a buscar.

"—¡Ah! ¿No querías que viniera?

"Pero ya sus caricias me hacían languidecer, y la sinceridad me subió a los labios:

"—Sí, te mandé a buscar...! ¡Tenía ansias de verte...! ¡No te vayas!

"Extenuada de amor, cierro los ojos y voy a caer, pero él me sostiene y dice sonriendo:

"—Oye bien, me parece que un gallo canta.

"—No — grito —. ¿Cómo va a cantar un gallo a esta hora? Será alguna gallina inoportuna.

"Sonríe de nuevo y me besa en el cuello, en el pecho; y antes de verme del todo rendida, murmura:

"—Espera, voy a cerrar bien la puerta.

"—Ya está — susurro.

"E hicimos del día noche; y cuando llegó la verdadera noche, se fue dejando en mis venas un filtro delicioso y diabólico. Sola en mi alcoba, desnuda, me puse ante el espejo a mirar mi propia imagen con ojos encendidos de amor, y mientras más miraba aquel cuerpo que había sido yo, más se encendía el fuego y se intensificaba el veneno sensual en mis venas... ¡Ay, jamás me había inclinado sobre mí misma para besar mi propia boca con avidez, como si fuera una flor, como si fuera la boca embriagadora de Dundas...!

"Acabo de contarte mi primer amor; basta por hoy... Otro día te hablaré de Suen Herlufsen, que vivía en la isla próxima, todas las noches remaba largo rato para ir a entregármelo... Y te hablaré de Stamer, un sacerdote a quien amé también... Y de otros. ¡Mi corazón no sabe negarse!"

Rompiendo la superficie de mi sueño, el canto verdadero de un gallo me llegó desde Sirilund, y desperezándome suspiré:

—¿Has oído, Iselina? El gallo canta para nosotros.

Entonces me despierto del todo y veo a *Esopo* en pie... ¡*Esopo* y nadie más! Se ha ido — murmuro con doloroso acento —, y

vivamente excitado salgo para oír de nuevo el canto de los gallos de Sirilund. Al salir veo a Eva ante mi puerta; va hacia el bosque y lleva una cuerda para atar los haces. La luz se recrea en sus ojos y en su boca, en su pecho agitado por el anhelo, y la dora de cabeza a pies. Al verme inicia un ademán de disculpa:

—No vaya a creer que...

—¿Qué es lo que he de creer, Eva?

—Que pasé por aquí a propósito para verlo... Ha sido por casualidad.

Y se ruboriza deliciosamente.

XXV

Aunque repuesto, el pie continuaba haciéndome daño y tan pronto un malestar tenaz como punzadas dolorosas me desvelan durante las noches. Las variaciones atmosféricas influyen mucho en ese dolor, del que me consuela la certidumbre de que no cojearé lo más mínimo. Casi un mes ha pasado, y alguien viene a decirme que el señor Mack está de regreso. A los pocos días de su llegada da fe de vida, mandándome a recoger el bote que me había prestado; esto me causa serio perjuicio, pues estando en tiempo de veda no me cabe el recurso de cazar para alimentarme. Más de una vez me pregunto la causa de retirarme tan bruscamente un objeto con tanta insistencia ofrecido, y la primera vez que veo al doctor le digo en tono mitad de afirmación, mitad de pregunta:

— ¿No sabe usted que me han quitado el bote?

—Ha llegado un forastero que sale todos los días al mar en él; parece que se ocupa de no sé qué clase de sondajes.

El forastero era un finlandés conocido a bordo por el señor Mack. Le daban el título de barón y traía consigo una colección de conchas y pequeños moluscos. Su llegada constituyó durante muchos días la comidilla de Sirilund, tanto por las distinciones de que le hacían objeto, cuanto por ocupar en casa del señor Mack el salón y una de las alcobas mejores.

Una de las noches en que me escasearon los víveres se me ocurrió la idea de invitarme a casa de Eduarda, y al llegar vi que tenía puesto su traje nuevo; la falda estrecha hacía aparecer más alta. Me acogió cortés y fríamente:

—Perdóneme que no me levante — me dijo.

—Mi hija está malucha — añadió el señor Mack —. Un catarro debido a sus imprudencias... Sin duda viene usted a pedirme explicaciones sobre el asunto del bote, ¿no...? Me ha de dispensar y no tome a mal que le ofrezca otro que, aunque despintado y agrietado, puede servirle... Usted comprenderá que había de hacerle los honores al nuevo huésped: un sabio que se ocupa todo el día en investigaciones científicas. No se vaya sin conocerle... Mire su tarjeta con la corona de barón. Es un hombre adorable, y debo a la casualidad la dicha de tenerlo entre nosotros.

—Muy bien, muy bien — le dije mientras observaba que no se me invitaba, como otras veces, a cenar.

Por fortuna debía quedarme algo de pescado salado y no me moriría de hambre... Cuando

iba a despedirme entró un hombrecillo cincuentón, de cara alargada y pómulos salientes, con barba negra rala y grandes gafas, tras las cuales chispeaban dos ojuelos minúsculos: era el. Pronto vi que en los botones de los puños tenía, igual que en la tarjeta, la corona de cinco puntas. Me saludó encorvando aún más su cuerpo, de continuo arqueado y pude ver que en sus manos muy finas serpeaban las venas muy azules y brillaban las uñas metálicamente.

—Me alegro mucho de conocerle — me dijo —. ¿Desde cuándo está el señor teniente por aquí?

—Desde hace algunos meses, señor.

Era un hombre agradable en verdad. Para hacerlo lucir, el señor Mack se puso a hablar de oceanografía y el barón nos enumeró sus colecciones descubriéndonos la naturaleza del suelo marino que rodeaba las islas y el puerto; después entró en su habitación para volver al punto y mostrarnos algunas algas recogidas por él en el mar Blanco. Al hablar alzaba el índice con ademán magistral y rectificaba a menudo sobre la escurridiza nariz la posición de sus lentes. El señor Mack lo escuchaba con interés extraordinario, y yo mismo apenas noté que había transcurrido una hora oyéndole... En uno de los vanos de la charla aludió a mi herida, y como me dijese que tenía mucho placer en saber que estaba ya repuesto, no pude menos de preguntarle:

—¿Por quién ha sabido el señor barón mi pequeño accidente?

—Por la señorita Mack, si no me equivoco... ¿No fue usted quien me lo dijo, señorita?

Eduarda enrojeció, y yo, que me había sentido tan desventurado al venir so pretexto de mi escasez de víveres a verla, experimenté un renacimiento de esperanza... ¡Ah, no había estado del todo solo en el mundo durante aquellos días de sombrío dolor en que, con la herida abierta, apenas si creía tener sólo junto a mí la solicitud muda y anhelosa de *Esopo*! ¡Gracias, Eduarda, por haber pronunciado mi nombre siquiera una vez, aun cuando no pusieras en él la pasión que pongo yo al decir el tuyo, aun cuando fuera sólo para distraer el tedio de tu nuevo huésped...!

Me despedí, y ella permaneció sentada pretextando de nuevo, para no parecer grosera, su indisposición. En vano al estrechar su diestra quise percibir una presión, leve temblor en el contacto: fue indiferente, correcta, cruel. El señor Mack, embebido en la charla, no pudo ver la angustiada súplica de mis ojos. Por fortuna, estaba resuelto a no dejarme anonadar por la nobleza del barón hablándole a su vez de su abuelo "el Cónsul", pues le oí decir campanudamente:

—No sé si le he dicho ya que Carlos Juan en persona prendió este alfiler en el pecho de mi ilustre abuelo.

Nadie me acompañó hasta la puerta, y al salir eché una mirada furtiva a la sala y sorprendí a Eduarda entreabriendo con sus dos manitas ansiosas los visillos para mirar a la calle. ¡Sin duda quería verme partir! Hice como que no la había visto, aceleré el paso, y tuve la fuerza de voluntad precisa para no volver la cabeza hasta estar en el lindero del bosque. "Detente aquí — me dije entonces a mí mismo —. ¡Es preciso que esto acabe de una vez!"

La cólera me encendía la sangre. ¿Por qué había yo ido a Sirilund? ¿Bastaba la carita agraciada de una muchachuela cualquiera para hacerle perder a un hombre el respeto a sí mismo? Eduarda me había tomado por distracción, una semana apenas, para no hacer después el menor caso de mí. ¿Por qué no supe equiparar mi conducta a la suya? ¡Ah, no, no! Era necesario reaccionar... Llegué a la cabaña, calenté el pescado y me puse a comer; pero el pensamiento podía más que el apetito, y a pesar de la soledad las palabras me afluían a los labios.

—¡Ah, no, no! No voy por una insignificante chiquilla a consumirme de amor, a renunciar al reposo de las noches, a sufrir el vértigo fatigante de los sueños, a respirar esa atmósfera nauseabunda y pesada de los deseos que no se confiesan, mientras que allá arriba esplenden el cielo azul y el bosque entero parece llamarme con su voz poderosa y casta... ¡Ah, no, no...! ¡Arriba, *Esopo!* ¡Vámonos al bosque!

XXII

Me decidí a alquilar la lancha del herrero y durante ocho días me ocupé exclusivamente de la pesca. Eduarda y el barón se entrevistaban diariamente al volver éste de sus excursiones náuticas. Una noche los encontré cerca del molino, otra los vi pasar frente a mi cabaña; temeroso de que fuesen a visitarme cerré con sigilo, sorprendido de que el verlos juntos no me causase el menor desasosiego. Pocos días más tarde nos cruzamos frente a frente en un camino; no quise saludarles primero, y cuando el barón se descubrió a mi paso, me toqué con desganado además la visera de la gorra, y me alejé sin acelerar ni retardar el paso.

Al día siguiente sentí, como tantas otras veces, un desmayo, una desesperanza infinita, y el molino de la imaginación se puso de nuevo a dar vueltas. Todo, hasta la piedra puesta en el recodo del sendero que moría en mi cabaña, adquirió a mis ojos aspecto triste. El calor, las ráfagas caliginosas de aire, la lluvia de que estaban preñadas las nubes bajas y lentas, me mortificaban resucitando el dolor en mi pie recién curado. No obstante el anhelo de quietud, hube de aprovisionarme para poder resistir en los días duros ya cercanos... Dejé amarrado a *Esopo*, y me fui hasta el acantilado con mis enseres de pesca. Pocas veces había sentido tanta tristeza, tanta opresión.

—¿Cuándo llegará el vapor correo? — pregunté a un pescador.

—Dentro de tres semanas. ¿Espera a alguien?

—Alguien, no; algo... Mi uniforme.

Uno de los empleados del señor Mack pasa cerca y me levanto a saludarlo:

—¿Acabaron las partidas de *whist* en Sirilund?

—No, jugamos a menudo.

Permanecí un instante callado para disimular mi contrariedad, y añadí:

—En estos últimos tiempos no he podido ir.

Monté en mi bote y remé hasta encontrarme en el sitio en que acostumbraba a pescar. La atmósfera tornábase cada vez más densa. Pesqué mucho, y al regreso maté dos pajarracos. Al desembarcar encontré al

herrero cargado de herramientas, y movido por idea repentina, le propuse:

—¿Quiere que hagamos el camino juntos?

—No puede ser, porque el señor Mack me espera y tendré trabajo hasta medianoche.

—Entonces, otra vez será.

Lo saludé con un ademán, y cuando se perdió de vista me encaminé hacia su casa. La cara de Eva se iluminó al verme.

—¡Tenía tantos deseos de verte a solas! — le dije.

La sorpresa la hacía parecer casi estúpida, y yo estaba también emocionado. Cogiéndole una mano proseguí:

—No puedes figurarte lo que me gustas y la confianza que me inspira la bondad de tus ojos... Perdóname por haber pensado en otra... Hoy vengo sólo por ti, porque tu presencia serena mi alma. ¿No me oíste anoche llamarte?

—No — respondió atónita.

—Decía..., no sé...; pero a quien llamaba era a ti. Me desperté llamándote, y te aseguro que aunque la boca dijera otro nombre, era contigo con quien soñaba y con quien seguí soñando despierto. ¡No hablemos más de ella! ¡Me gustas tanto, Eva...! Ya quisiera Eduarda tener tu boca, tan roja y menuda, y esos piececitos tan pequeños... Míralos.

Levanté el borde de su falda, y una expresión de alegría inteligente, nueva para mí en ella, alumbró su semblante. Al pronto me pareció que iba a apartarse de mí; mas con

brusca decisión me dio un abrazo y me llevó a un banco, donde nos sentamos muy juntos y nos pusimos a hablar en voz baja y precipitada, adoptando cierta intimidad:

—Suponte — le dije — que Eduarda, a pesar de ser señorita, no sabe aún hablar bien y dice disparates como cualquier palurda torpe. ¿Te parece a ti guapa...? A mí, no... Además, su frente tiene algo de... Iba a decir de tenebroso; y por si eso fuera poco, no es muy cuidadosa de sí misma, y hasta lleva sucias las manos con frecuencia.

—Habíamos quedado en no hablar de ella.

—Es verdad, perdona.

Callé un instante, siguiendo el hilo de mi preocupación.

—¿Por qué se te nublan los ojos? — me preguntó Eva.

—No, no; me gusta ser justo... Su frente es realmente bonita, y sólo una vez, sin duda por descuido, la he visto con las manos sucias...

Y proseguí con irritado tono:

—No creas que mi pensamiento te abandona, Eva; pero escucha lo que no te he contado aún; la primera vez que Eduarda vio a *Esopo*, dijo: "Esopo, si no recuerdo mal fue un sabio frigio". ¿No te parece de una pedantería ridícula? Estoy seguro de que lo había leído aquel mismo día en el diccionario de su padre.

—Puede... ¿Y qué más?

—Dijo también que el maestro de Esopo fue Xantus. ¡Qué risa!

—¡Ah...!

—¿Qué sabiduría tan inoportuna!,
¿verdad...? ¿Por qué no te ríes como yo?

Por obedecerme se echó a reír sin dejar su
aire grave, y luego dijo:

—Sí, es muy gracioso; ahora que como no
comprendo bien...

Continué en silencio mi meditación, sin casi
reparar mí la risa se iba trocando en ansiedad
sobre su rostro, cada vez más próximo al mío.

—¿Prefieres que no digamos nada y que
estemos así muy juntos mirándonos? — me
dijo al cabo con los ojos llorosos, mientras su
manecita se hundía en mi cabellera con tal
dulzura que me libró de mis pensamientos y me
hizo abrazarla muy fuerte.

—¿Qué buena eres! Te juro que soy tuyo,
que te quiero cada día más y sólo a ti... Si te
atreves, te llevaré conmigo cuando me vaya...
¿Verdad que querrás?

Su respuesta es tan suave, le sale de tan
hondo, que apenas si distingo el "sí" de un
suspiro. Nuestro abrazo entonces se
impurifica, se transforma en violencia, en
deseo, y entonces se me entrega estremecida,
desmayada casi.

Un hora después le doy el beso de
despedida, y antes de abrir la puerta entra el
señor Mack, que sin poder retener un ¡ah! de
estupor clava sus ojos en la alcoba de donde
acabamos de salir.

—¿No esperaba usted encontrarme aquí,
verdad? — le digo a modo de saludo.

Eva permanece inmóvil, sonriéndome. De nuevo dueño de sí, el señor Mack me responde con frases lentas y calculadas:

—Se equivoca: he venido precisamente a buscarlo para recordarle que desde el 1º de abril al 15 de agosto está prohibido disparar armas de fuego en tres kilómetros a la redonda, y como hay testigos de que el otro día cazó usted cerca de la Isla...

—Dos pajarracos, sí — le dije para sincerarme.

—Sean lo que fueran, el caso es que faltó a la ley.

—Sin duda; pero le aseguro que inadvertidamente.

—Hay que calcular las consecuencias de lo que se hace.

—En mayo también estaba prohibida y disparé dos veces mi escopeta en el mismo bote en que estaba usted.

—Eso no tiene nada que ver — dice secamente.

—Pues en ese caso, por todos los diablos, déjeme en paz y cumpla su deber, si es que lo sabe.

—Lo sé, esté tranquilo.

Salí sin reparar en que Eva se había puesto su gorro blanco para seguirme y en que el intruso se encaminaba hacia su casa; y mientras andaba fui pensando en que el incidente permitíame a la par comprender la torpeza del padre de Eduarda y liquidar con una mísera multa nuestras cuentas... Gruesas gotas

comenzaron a caer; las urracas volaban a ras de tierra huyendo del viento... Cuando entré en mi cabaña me sentí alegre y libérté al intranquilo *Esopo*, que después de festejarme con varias cabriolas, salió y se puso, inesperadamente, a comer hierba.

XXIII

Desde mi asiento de roca, al abrigo de un saliente del acantilado contemplo el mar, fumando sin tregua. Cada vez que cargo la pipa, el tabaco se enrojece bajo las cenizas; de igual modo se encienden en mi mente, al menor recuerdo, las ideas... Cerca de mí algunas ramas dispersas dicen que allí hubo un nido tibio y lleno de susurro: parecido a estas ramas dispersas donde ya nada queda de dulce, está mi corazón.

Me acuerdo hasta de los menores detalles de ese día y del siguiente. ¡Ah, qué duros días de adversidad! Heme sentado en la montaña; el aire me trae los mugidos del mar, su aliento salobre, y propaga sus alaridos por las anfractuosidades del roquedo. Dijérase que bajo mar luchan innumerables colosos contorsionados sus miembros en un paroxismo que alza enormes espumas más bien, parece que diez mil demonios se divirtiesen arrancar del agua, con aletazos invisibles, un hervor constante. Entre los celajes, a lo lejos, la imaginación me finge un tritón que sacude sus barbas algosas para ver, aún más lejos, un velero desmantelado que se va hacia alta mar...

Me acuerdo hasta de los menores detalles de aquella soledad indómita, y cuando el viento arrecia me pego más y más a la montaña, con la grata certidumbre de que nadie podrá espíarme ni ver mis ojos, más húmedos de las ráfagas interiores que devastan mi alma, que del vendaval. Dos pájaros tienden su vuelo sobre

mí, y el estridor de sus gritos domina durante un instante el clamor del viento; al mismo tiempo una enorme piedra se desprende, rueda por la montaña y se sepulta entre las olas. Yo permanezco inmóvil, gozando una súbita paz que nace y crece en mí; en el seguro de mi abrigo, rodeado de tumulto, el bienestar se aquilata; y cuando la lluvia cae oblicua por el ábrego, me abotono la pelliza y doy gracias a Dios mientras el sueño va envolviéndome, dominándome...

Es ya mediodía cuando despierto y llueve aún; no obstante, me decido a embarcar, y al ir hacia el embarcadero tengo un encuentro imprevisto, desagradable casi. Eduarda surge ante mí empapada por el chaparrón, y me mira sonriente. La cólera me hace crispas los dedos sobre la escopeta y echar campo a traviesa, como si no la hubiera visto; pero su voz me detiene.

—Buenos días — dice en tono humilde.

Como no puedo dejar de contestarle, le respondo:

—Buenos días, señorita... Y eso que, como ve, se me ha estropeado al final.

Permanece un instante atónita ante mi burla; luego vuelve a insinuar otra sonrisa tímida y me pregunta:

—¿Viene del monte? Debe estar calado... ¿Quiere hacerme el favor de aceptar mi bufanda? De nada me sirve, se lo aseguro... Entre amigos nada tiene de particular.

Baja los ojos, tal vez porque la ira se anticipa en los míos a la palabra.

—¿Su bufanda? — le digo —. De ningún modo... Precisamente iba a ofrecerle yo mi pelliza, que casi me sobra... Como que se la daría a cualquiera; tómela sin reparo; ya le digo que a la última mujer del último pescador se la ofrecería de buena gana...

Su atención era tal, que con la boca abierta y los ojos fijos estaba casi fea. Como seguía con la bufanda en la mano casi extendida, me apresuré a quitarme la pelliza, y entonces salió de su ensimismamiento.

—¡Vuélvasela a poner, por Dios...! ¿Qué le he hecho para que me trate tan mal? Si no se la pone en seguida se va a calar hasta los huesos.

Mientras la obedecía lentamente, le pregunté con voz opaca:

—¿Adonde va usted?

—A ninguna parte... No me explico que con este tiempo se haya atrevido a quitarse el abrigo así.

—¿Que ha hecho usted hoy de su barón...? A la edad que tiene el señor conde no se atreverá a salir al mar.

—¡Glahn...! No me hable así; tengo que decirle una cosa.

—No deje de presentar al señor duque mis respetos.

Nuestras miradas se cruzan como dos armas y me siento dispuesto a interrumpirla otra vez si intenta hablarme; pero poco a poco sus ojos se apagan y sus facciones se contraen dolorosamente; entonces, casi a pesar mío, le digo:

—En serio, Eduarda: rechace usted los homenajes de ese príncipe; una mujer no se casa nunca con un título, sino con un hombre; y él está tan orgulloso de su corona, que tengo la certeza de que todos los días pregunta si se rebajará hasta casarse con usted... Le aseguro que no es el marido que le conviene.

—No hablemos de eso, Glahn... ¡Si supiera cuánto he pensado en usted! Sin embargo, usted habría sido capaz de quitarse la pelliza por cualquiera, mientras que yo salí con la bufanda sólo porque sabía que la lluvia lo habría sorprendido en el bosque...

Ya el recuerdo de sus veleidades me ha vuelto a agriar, y encogiéndome de hombros, la interrumpo:

—Déjeme proponerle el candidato verdaderamente único: el doctor. ¿Qué tiene que decir de un hombre como él, en plenitud de energía y de inteligencia? Se trata de un hombre superior, téngalo presente.

—Escúcheme siquiera un minuto.

—Mi fiel *Esopo* me está esperando en la cabaña — le digo. Y quitándome respetuosamente la gorra, le vuelvo a repetir la irónica salutación:

—Buenas tardes, linda señorita.

Al verme alejar, lanza un grito, y las palabras salen a borbotones de sus labios:

—No me martirices así... No te he encontrado por casualidad, sino que te he espiado durante días y días, con la esperanza de que te acercaras a mí otra vez... Ayer, sin ir más lejos, creí volverme loca: mi cabeza era un verdadero volcán del que tú eras todo, la lava y

la ceniza; y hoy estaba en la sala cuando entró ése y... Sin necesidad de mirarle supe quién era. "Ayer — me dijo — remé durante un cuarto de hora por lo menos". "¿Y no se fatigó?", le respondí. "Sí, mucho; tengo las manos llenas de ampollas", repuso tristemente. ¡Y yo pensé que aquellas ampollas eran la causa única de su tristeza! Poco después añadió: "Anoche oí bajo mi ventana un murmullo tierno de voces; sin duda, una de las criadas se entiende con un empleado." "Se van a casar pronto." "De todos modos, eran las dos de la noche y..." "Para los enamorados no hay noches..." Se colocó mejor los lentes y añadió: "Tiene usted razón; pero no le parece que a la hora de dormir todos los coloquios estorban?" No le quise responder, y lo menos pasamos diez minutos callados. "¿Me deja ponerla el chal? Hace frío", se atrevió al cabo a decirme... "No gracias." "Si me atreviera a coger una de sus manitas..." Mi pensamiento estaba tan lejos que ni respondí, y entonces él me tendió un estuche que contenía un alfiler con una corona de oro guarnecida con diez brillantes... Aquí está, Glahn, míralo... Ya sabrás por qué está magullado y torcido... Al dármele le dije: "¿Qué quiere que haga con este alfiler?" "Ponérselo." Se lo devolví, diciéndole lealmente: "No puedo aceptarlo: estoy comprometida." "¿Comprometida?" "Sí, con un cazador que en vez de joyas me ha regalado dos incomparables plumas verdes...; tome usted su alfiler," Se negó a cogerlo, y sólo entonces alcé los ojos para clavarlos furiosos en los suyos. "No volveré a cogerlo — aseguró —, puesto que lo compré para usted; haga de él lo que quiera." Me levanté, y poniéndolo en el suelo taconeé hasta torcerlo así... La cosa pasó esta mañana, y después de comer, salí y me lo encontré casi en la puerta. "¿Adonde va usted?", me preguntó. "A buscar a Glahn para pedirle que no me olvide..." Y desde poco

después te espero aquí... Desde detrás de un árbol te vi venir como a un dios por ese camino tan querido; todo lo tuyo, tu barba, tu estatura, tus ojos, me enloquece... Pero te impacientas y quieres marcharte... No piensas más que en eso... Te soy indiferente, y mientras te digo que te adoro, ¡ni siquiera me miras!

Apenas dejó de hablar volví a iniciar mi interrumpida marcha: los sufrimientos me habían endurecido el corazón tanto, que mirándola, le dije otra vez con mala sonrisa:

—Me parece haberle oído antes que tenía algo que decirme.

Esta ironía pudo ya más que su constancia, y cambiando de tono respondió:

—¿Decirle algo...? Ya se lo he dicho. Si no ha entendido tanto peor... ¡Ya no tengo nada..., nada..., nada que decirle!

Mientras su voz temblaba, no sé si de dolor o de cólera, yo permanecía tranquilo, sin sentir la menor emoción.

XXIV

Al día siguiente, muy temprano, oí sus pasos detenerse ante mi puerta en el momento en que iba a salir. Durante la noche había reflexionado y adoptado una determinación. ¡No, no volvería a ser juguete de aquella muchacha frívola e ineducada, vivo retoño de Iselina, sin el atractivo de la ingenuidad y el paganismo...! Mucho había durado la huella que en mi corazón dejara su nombre, ¡huella dolorosa que aún me hacía daño...! Bastaba, pues. La experiencia adquirida el día antes decíame que la ironía era la mejor arma para rechazarla, y mis burlas, bien templadas por la reflexión, estaban de nuevo dispuestas... Al

abrir la vi junto a la piedra del recodo final de la vereda; parecía excitadísima. Al verme hizo ademán de lanzarse hacia mí con los brazos abiertos; mas mi actitud la detuvo. La saludé inclinando la cabeza y me dispuse a seguir mi camino.

—¡Glahn— me dijo entonces, maltratándose las manos desesperadamente —, hoy si que tengo una cosa que decirle; una nada más!

Dejé de andar y me volví hacia ella, en espera.

—Sé que la otra noche lo vieron en casa del herrero cuando Eva estaba sola.

No pude retener un gesto de sorpresa y dije:

—¿Quién?

—Le aseguro que no me dedico a espiarle; mi padre me lo contó al verme entrar mojada y adolorida, después de preguntarme enfadado por qué había insultado al barón... "Yo no le he insultado: sólo le dije la verdad". Y entonces me preguntó: "¿De dónde vienes?" "De ver al teniente Glahn, no lo niego."

Sobreponiéndome al dolor que ya renacía en mi, a pesar de mis propósitos de ironía, le dije:

—Fui a pagarle la visita... Como ha venido varias veces a verme...

—¿Aquí? ¿A su cabaña?

—Sí, y hemos hablado como buenos amigos.

—¿De modo que Eva ha estado aquí?

Siguió un momento de anheloso silencio, en el cual me propuse no dejarme enternecer, y proseguí:

—Y ya que es tan amable de interesarse por mis asuntos, me permitirá que yo me mezcle en los suyos, por pura caridad, claro: ayer abogué por la candidatura del doctor, ¿se acuerda? Supongo que se habrá decidido... Le repito Eduarda que el príncipe no le conviene.

Dos relámpagos simultáneos y hostiles brillaron en sus ojos, y la cólera precipitó en su boca frases silbantes, insinceras, a la vez amargas y pueriles.

—Sepa de una vez que no puede ni compararse con el barón... Al menos él es un verdadero señor, incapaz de romper los vasos ni de pagar su rabia en el zapato de una pobre chica... Ayer mismo aguantó su pena con dignidad, y no se puso en ridículo como usted... ¡Sí, sí! ¡Sepa que me avergüenzo de haber sido siquiera su amiga, y que me es usted insoportable!

A pesar mío, sus flechas dieron en el blanco, porque bajé la cabeza y respondí:

—Tiene razón: soy torpe en sociedad y necesito de la indulgencia... Sólo en el bosque, donde mi falta de cortesanía no molesta a nadie, vivo bien; en cuanto abandono esta querida soledad, necesito vigilarme yo mismo y hasta tener quien me vigile.

—Sus inconveniencias son tantas, que es imposible no cansarse de sufrirlas y de prevenirlas.

La frase fue tan cruel que titubeé ante su empuje, sin embargo, faltaba aún el ariete final.

—Puesto que necesita que lo vigilen, encargue de ello a Eva... ¡Qué lástima que esté casada!

—¿Casada Eva?

—Sí, casada, claro.

—¿Con quién?

—Con el herrero; no se haga de nuevas.

—Le juro que creía que era su hija.

—Pues es su mujer... Puede enterarse.

—Mi sorpresa fue tan grande que murmuré como un ritornelo:

—Eva es casada..., casada...

—Ha escogido usted muy bien, muy bien — añadió.

—La indignación comenzaba a barrer en mí todo, y dije para terminar:

—En fin, hablemos de lo importante: cátese usted con el doctor; el príncipe no es más que un viejo idiota.

—La ira me llevó a exagerar absurdamente sus defectos, y aseguré que tenía sesenta años, que era calvo, casi ciego y de una vanidad necia, pues llevaba hasta en los botones de la camisa la corona nobiliaria. Se trataba de un ser grotesco, sin personalidad...

—Euarda cortó mi diatriba:

—¡Es mucho más que tú, salvaje, y te aseguro que me casaré con él y lo querré con toda mi alma, y pensaré en él día y noche desde hoy...! Puedes traer a tu Eva cuando quieras; ya

no me importa... Acuérdate de lo que te he dicho: lo amo a él tanto como te detesto, y te juro que mi mayor deseo es perderte de vista.

Echó a andar a pasos precipitados, y al volver el camino se volvió, horriblemente pálida, y me gritó:

—¡No quisiera volver a verte nunca..., nunca!

XXV

Las hojas amarilleaban y en los sembrados invernizos surgían ya las primeras flores. Al concluir la prohibición de caza me lancé al bosque, en cuyo silencio resonaron mis tiros, que yo habría querido que el viento llevase hasta Sirilund. El primer día sólo maté varios pájaros y algunas liebres; otro, tuve la suerte de matar un águila. El cielo, muy alto, cobijaba la serenidad fundida del mar y del bosque; las noches eran frescas, los días límpidos; dijérase que el mundo preparábase en recogimiento casi penitencial para ir del verano al invierno por el paso melancólico del otoño.

Un día que tropecé con el doctor le dije:

—No he vuelto a tener noticias sobre la multa que por infracción de veda me puso el señor Mack.

—Eduarda se opuso a que se tramitara.

—Pues no se lo agradezco... Dígaselo.

Los últimos días estivales daban al bosque un encanto adolorido. Los senderos eran cintas grises en la inmensa masa amarilla: cada día encendíanse nuevas estrellas y la luna era sólo una sombra dorada envuelta en velos de plata... La primera vez que vi a Eva le dije:

—Dios te tiene que perdonar, Eva... Me han dicho que eres casada.

—¿No lo sabías?

—No, no.

Estrechó mis manos en silencio y bajo los ojos avergonzada.

—Tu marido ha de perdonarte por haber faltado a su fe... ¿Qué haremos ahora?

—Lo que tú quieras... Puesto que no te vas aún, seamos felices mientras estés aquí.

—No puede ser.

—¡Siquiera unos días!

—No nunca más; vete, Eva... ¡Vete!

Pasaron dos días y dos noches desde este encuentro al tercero la vi cargada con un fardo tan grande casi la ocultaba. ¡Cuántos leños ha cargado durante el verano ese pobre cuerpo delicioso! Me acerqué a ella enternecido y susurré:

—Deja los haces en tierra y ven a mi lado; quiero ver si tus ojos siguen siendo tan azules como antes...

Pero sus ojos estaban rojos, rojos de haber llorado esas lágrimas que por salir del alma dejan en la cara como una huella de fealdad.

—Sonríeme, Eva... Vuelve a ser la de antes; sólo con verte he quebrantado mi promesa... Mira, no quiero resistirte... Soy tuyo, tuyo, ¡tuyo!

Ha caído la noche y vamos juntos por el sendero; ella canta, y su voz es un grito

jubiloso en el bosque. A su lado, mi sangre hierve.

—¡Qué bien cantas esta noche, Eva!

—Porque estoy contenta.

Como es más pequeña que yo, tiene que empinarse para abrazarme bien.

—Te estropeas las manos de tanto trabajar
— le digo.

—No importa.

En su cara resplandece la alegría.

—¿Has hablado con el señor Mack?

—Sólo una vez.

—¿Y qué te dijo...? ¿Que le dijiste tú?

—Siempre fue duro con nosotros, pero ahora más. Mi marido trabaja hasta medianoche y yo no descanso. Me ha ordenado que trabaje lo mismo que los hombres; ya ves.

—¿Y por qué hace eso?

Eva baja los ojos al oír mi pregunta y susurra:

—Porque te quiero.

—¿Y cómo lo sabe?

—Se lo he dicho.

Callamos un instante y añado:

—¡Haga Dios que se dulcifique!

—¡Oh, no te preocupes...! No me importa!

Y su voz vibra en el silencio de la selva como el canto de un pájaro feliz.

Cada día las hojas amarillean más; el otoño avanza, las estrellas aumentan en el firmamento, donde la luna parece ahora una sombra de plata envuelta en gasas de oro. No hace frío aún, pero un silencio fresco fluido desciende con las noches. En el bosque todo adquiere carácter de vida, casi de pensamiento; dijérase que cada árbol tiene su preocupación propia; los últimos frutos maduros caen de las ramas... Y así llegamos a la fecha del 23 de agosto, a las tres noches terribles de prueba.

XXVI

Primera noche de prueba... El sol se pone a las nueve, y una oscuridad mate, en la que apenas brillan algunos luceros, envuelve todo. Hasta las once no asoma la luna; entonces tomo mi escopeta y me interno en el bosque seguido de *Esopo*. Aunque no hiela, el frío me obliga a encender una hoguera, cuyas llamas brillan alegres. Estoy contento, como si por primera vez me encontrara en comunión con la grandeza del bosque; mis pulmones se ensanchan, mis pensamientos se engrandecen y una exaltación maravillosa crea en mí el deseo de brindar con todos los seres vivos por la augusta soledad de la noche, por las tinieblas propias a que el murmullo soberano de Dios pase sobre los árboles, por la inefable y sencilla armonía del silencio, por el prodigio insospechado de hermosura de la hoja verde, jugosa de vida, y de la amarilla, muerta ya, que cruje en el sendero... Quisiera brindar por cuanto es signo de existencia en esta quietud estelar; por el perro que olfatea el rastro, por el insecto que zumba, por el gato montés elásticamente recogido en espera de que se

pose el pajarillo; por esas lágrimas del mundo llamadas estrellas y luna; por la paz que después del tráfago del día envuelve al universo.

El anhelo es tan vivo que las palabras han completado la intención, y heme aquí en la actitud báquica de alzar la copa... Pero en medio de la Naturaleza el hombre no siente el ridículo, y cuando miro a todas partes y me hallo solo, el ansia de brindar, en lugar de avergonzarme, me gana otra vez y se torna en pagana oración: "¡Gracias desde el fondo de mi ser —rezo— por las calladas noches, por las montañas violáceas en crepúsculo, por el ruido del mar que repercute en mi cual si fuera yo roca viva; gracias por esta vida que no merecí, por el aliento que dilata mi pecho y por la gracia suprema de vivir esta noche, en que la presencia de Dios se siente en el aliento de la tierra y en el susurro de los árboles, y en el silencio de los animales, y en la atmósfera, y en el rutilar remoto de los astros... Gracias por dejarme percibir que la mano divina ha tejido con amor igual la vasta maravilla del mundo y el prodigio humilde de mi existencia... Gratitud infinita crezca en mí por ver en el espejo de mis ojos el cabecear del bosque, la tela de araña, la rosa, la espina y el cielo; por escuchar la barca que entra en el puerto con acompasado remar, por ver la aurora boreal que ilumina el cielo hacia el Norte... Gracias, Señor, por haberme dado esta alma inmortal donde se representa el mundo creado por Ti y Tú mismo en tu infinita grandeza; gracias, en fin, por ser yo el que estoy sentado aquí, gozando el silencio sugeridor de este espectáculo nocturno, cuya belleza incomparable pone casi lágrimas en los ojos y risa en los labios!"

Turbando la quietud, una pina seca cae a tierra. La luna viaja ya de prisa hacia lo alto del cielo y su luz proyecta los torcidos ramajes. La hoguera empieza a extinguirse, y cuando se apaga, muy tarde ya, emprendo el regreso.

Segunda noche de vela: igual silencio, igual dulzura igual esfuerzo confidencial en las cosas que los hombres torpes llaman muertas. Maquinalmente me dirijo hacia un árbol, y adosado a él, con las manos enlazadas tras la nuca, me pongo a mirar la hoguera mientras viaja la imaginación. La llama es tan intensa que me hiere la vista; pero el viaje fantástico es tan grato que tardo mucho en advertir el malestar. Poco a poco, las piernas se me entumecen y he de mentarme; sólo entonces me pregunto por qué he mirado tanto tiempo la luz que me mortificaba... ¡Ay! Es la historia de siempre. *Esopo* se inquieta por notar antes que yo ruido de pasos. Eva llega.

—Estoy pensativo y triste esta noche —le digo a guisa de saludo.

Y como veo que no quiere responderme, tal vez por piedad añado:

—Sólo quiero tres cosas, Eva: un antiguo sueño de amor, a ti y a esta tierra preciosa en que estamos.

—¿Y a cuál prefieres de las tres?

—El sueño de amor.

Esopo se da cuenta de que la cabeza de Eva ha caído pesadamente sobre el pecho y la mira, mientras yo prosigo:

—Hoy me crucé con una muchacha que iba del brazo de su amante; al verme pasar le habló al oído y luego se echaron los dos a reír.

—¿De quién se reían?

—¡Quién sabe...! De mí probablemente.
¿Por qué me lo preguntas?

—¿Y tú la conoces?

—Sí: de verla, de decirle adiós.

—¿Y ella...?

—No sé... ¿Por qué preguntas tantas cosas?
De ningún modo he de decirte su nombre.

Hallamos un momento, tras el cual me
obstino en voz baja:

—¿Y por qué rió así? ¿No le basta con ser
coqueta? W le he hecho yo para que se burle?

—Hizo mal, muy mal.

—Tal vez no; no la censure, que acaso
tenga razón para reírse... Y basta ya... Te
digo que ni una palabra. ¿Me oyes?

Mi tono es acre, y ella, asustada, nada dice.
El silencio es tan angustioso que comprendo al
punto mi injusticia, y le cojo las manos y me
arrodillo y le digo con voz húmeda de
emoción:

—Anda, vete, Eva. Te aseguro que a nadie
quiero como a ti. ¿Cómo iba a quererte menos
que a un sueño...? Te lo dije por oírte... De
veras... Anda, vuélvete a casa y mañana
hablaremos. No olvides que soy tuyo, sólo
tuyo... Anda... Hasta mañana... Buenas
noches.

Y ella, sumisa, se va muy despacio, sin
atreverse siquiera a volver la cabeza.

Tercera noche de tormento: noche caliginosa en que el efluvio de la tierra satura todo de pereza malsana. ¡Ah, si siquiera hiciese el frío de ayer! No obstante, enciendo un haz de ramas. Cuando Eva aparece y se sienta junto a mí, le digo:

—Te aseguro que puede gozarse en que lo tiranicen a uno y lo pisoteen y lo desprecien injustamente... La naturaleza humana tiene más de un refinamiento incomprensible... Te pueden arrastrar no importa por dónde y tú responder, si alguien te pregunta apiadado: "No es nada; es que me arrastran nada más"; y si alguien pretende salvarte, serías capaz de rechazar su auxilio y de contestar, si te preguntara cómo podía sufrirse tal trato: "Se sufre muy bien...", y hasta se adora la mano que martiriza... Eva ¿sabes tú lo que es esperar?

—Claro que sí.

—Pues es algo extraordinario. Una mañana, por ejemplo, la pasas entera paseando por un camino en el que esperas encontrar a una persona querida, que no llega por la simple razón de tener cualquier ocupación más interesante para ella en otra parte... Ya ves qué cosa tan sencilla. Conocí a un viejo lapón, ciego desde hacía cincuenta años, que a los setenta imaginábase poder ver un poquito mejor cada día. Los progresos resultaban lentos, lentísimos; pero de no interrumpirse —decía él—, "dentro de seis o siete años podré entrever el sol". Sus cabellos eran negros como los de un joven, y en cambio, sus ojos eran blancos; fumábamos muchas veces juntos, y me decía que de niño había visto perfectamente... Era fuerte, tenaz en la esperanza. Cuando me iba me acompañaba algún trecho, y deteniéndose de vez en cuando, me decía: "Allí está el Sur; allá el Norte;

seguirás esa dirección unos trescientos pasos y luego torcerás a la derecha, ¿no es así?" "Así es", decíale yo, y él sonreía entonces satisfecho, asegurándome que la prueba de que veía mejor era que cincuenta años antes no me habría podido indicar la dirección tan exactamente. Luego casi a cuatro patas, se metía en su cabañuela y, sentado junto al fuego, dedicábase a acariciar el anhelo de recobrar la vista... Ya ves... La esperanza es cosa curiosa, Eva. Mira si es curiosa, que yo espero olvidar a la persona que no quiso pasar por el camino en donde yo estuve toda la mañana esperándola.

—Hablas de un modo raro hoy.

—Porque es mi tercera noche de prueba; mas te aseguro que mañana volveré a ser el de antes... Vete, déjame acabar solo la velada, y ya verás mañana cómo reiré y te llenaré de caricias... Sólo faltan algunas horas para que sea otro hombre... Vete... Hasta mañana, Eva.

—Hasta mañana.

Ya solo, me tiendo junto a la hoguera y me pongo mirar fijamente las llamas amarillas y azules; cae una piña seca, crujen las ramas, bandadas de hojas revolotean en la noche profunda, y mis ojos se cierran poco a poco... Al cabo de una hora de nerviosidad cede, cual si mis sentidos hubiesen logrado adquirir el ritmo del inmenso silencio. La luna parece en el a cielo una concha marina que sugiere imágenes de amor, y me hace enrojecer, hablarle en voz baja, y arquear los brazos en el deseo de una caricia imposible. El viento se alza de súbito y una fuerza desconocida agita todo. ¿Qué ocurre? Miro en torno y nada extraño veo; mas la brisa me trae la llamada de una voz que hace inclinar mi alma, temblar

todos mis nervios y jadear mi pecho cual si sintiera otro pecho invisible anhelar sobre él... Las lágrimas cuajan entre mis párpados... Siento la presencia de Dios, siento su mirada severa... Es sólo un minuto; las ráfagas cesan y me parece ver a un fantasma hundirse en el laberinto del bosque... Durante un segundo lucho contra la hiperestesia de mis sentidos, y agotado por las emociones, entro al fin en el reposo total... Cuando despierto, la noche toca ya a su fin.

Han sido tres noches pasadas en el límite de la fiebre, con la impresión tremenda de que una enfermedad grave estaba a punto de apoderarse de mi cuerpo para maltratarlo y destruirlo quizá; durante ellas las ideas y las cosas ofreciéronseme con una vibración extraña, como al través de un prisma hecho de alucinación y calentura; han sido tres noches de tristeza infinita, horrorosa. ¡Pero ya pasaron!

XXVII

Ya está aquí el otoño; el verano ha huido con igual precipitación que llegó; apenas fue un relámpago feliz del que, en estos días fríos, sólo queda el tibio recuerdo. A veces sube del mar la niebla y envuelve todo en penumbras fantásticas; pero pesco, cazo y canto en mis largos paseos por el bosque, sin cuidarme del tiempo. Voy a consignar lo que casualmente me ocurrió en una de mis incursiones.

Sin saber cómo, me encontré frente a la casa del doctor y vi a muchos jóvenes de ambos sexos, casi todos los que fueron a merendar a las Islas, reunidos. Bailaban, y se detuvieron al pararse ante la puerta un coche, del que descendió Eduarda. Yo estaba ya cerca, y ella, al verme, no pudo contener un gesto. Quise esquivarlos con un adiós cortés, pero el doctor no me lo consintió, y hube de aproximarme.

Ya junto a ella, parecióme turbada, pesarosa quizá de su conducta pues no me sostuvo el mirar ni un momento, y aun cuando poco a poco recobró su serenidad y se atrevió a preguntarme algunas nimiedades, persistió su intensa palidez. La neblina envolvía su carita en un velo frío.

—Vengo —dijo dirigiéndose a todos— de la iglesia, en donde esperaba encontrarles; así que me agradecerán los cuatro o cinco kilómetros de camino y la invitación que para mañana, con motivo de la próxima marcha del barón, vengo a hacerles... Se bailará y lo pasaremos muy bien; no falten.

Todos se inclinaron en signo de aceptación y gratitud, y entonces, dirigiéndose a mí, añadió:

—Espero de su amabilidad que no deje de venir... No vaya a última hora a mandarnos una esquelita de pretexto.

Se fue en seguida, y colmado por tanta amabilidad, me aislé en el baile para saborear mi dicha, y me despedí poco después. ¡Cuánta bondad, cuánta inesperada bondad! ¿Cómo podría correspondería? El frío entumecía mis manos y una sensación deliciosa de inexistencia me impedía cerrar los puños. Llegué tarde a mi cabaña porque di un rodeo para ir a preguntar al muelle si el vapor llegaría al día siguiente antes de la noche... Por desgracia, hasta la próxima semana no estaría allí; así que cuando me encontré en mi albergue me puse a sacar del cofre el traje mejor y a limpiarlo y zurcirlo con ganas hondas y pueriles de llorar... Al terminar la obra me acosté; mas una idea importuna le cerró el paso al sueño: "Ha sido una estratagema — me dije—; de no haber estado allí, no habría sido invitado... Y, sin embargo, no se puede negar

que me instó y hasta mostró miedo de recibir a última hora una excusa."

Pasé mal la noche, y muy de mañana salí para el bosque, transido, malhumorado, febril... ¡Ah! ¿De modo que se preparaba una gran recepción en Sirilund en honor del barón? Pues lo que yo debía hacer era no ir ni disculparme... Estaba decidido... ¡No faltaba más!

La neblina extendióse densa y una humedad glacial me impregnó la ropa y entorpeció mis movimientos; no llovía, mas sentía la cara mojada y yerta de frío. De tarde en tarde alguna ráfaga hacía circular sobre el paisaje jirones dormidos de bruma. El día pasó y sobrevino el crepúsculo, verdadero heraldo de una noche sin luz y sin estrellas. Como no tenía prisa, erré tranquilamente, y hasta me aventuré en dirección desconocida con el deseo de perderme en una de las partes inexploradas del bosque. Cuando ya me pareció muy tarde dejé la escopeta contra un árbol y requerí la brújula para orientarme, calculando que debía ser cerca de las nueve y que sería preciso largo rato para llegar a mi cabaña.

La casualidad me reservaba una sorpresa: a la media hora de andar oí música, y poco después vi que estaba en pleno Sirilund, junto a la casa de Eduarda. ¿Por qué me había llevado la brújula hacia el único sitio de que quería huir? Cuando iba a alejarme, la voz del doctor me detuvo, otros vinieron, y en medio de amical tumulto hube de entrar.

Tal vez el cañón de la escopeta desviase la aguja imantada... No sé qué pensar... Habrá que tirar esta brújula, que ya me ha engañado dos veces.

Desde que llegué hasta que partí tuve la convicción íntima de que había hecho mal en acceder a la llamada del doctor. Mi llegada apenas si distrajo a la mayoría de su diversión, y Eduarda misma sólo me saludó al paso, sin darle importancia a que hubiese deferido a su ruego; mas a pesar de esto, permanecí en vez de partir inmediatamente, y me esforcé en aturdirme a fuerza de bebida. El señor Mack, vestido de frac, parecía más esbelto y amable que nunca, multiplicándose para halagar a todos, bailando, riendo, mezclándose en los juveniles retozos, y, sin embargo, una vez que lo vi de frente, a plena luz, comprendí que tras el chispear de sus ojuelos había pensamientos ocultos.

El baile ocupaba cinco habitaciones, sin contar la sala, y la música se oía en todas partes. Los criados no cesaban de cambiar los vasos, de trasegar vino, de pasar con cafeteras de cobre, con cigarrillos, con pipas, con dulces y frutas y la abundancia parecía crecer con la profusión de luces. Eva iba y venía también, ayudando a mantener el orden del servicio.

Todo el mundo dedicaba sus mejores cumplidos al barón, pero éste, con aire quizá más reservado que discreto, procuraba ser uno de tantos. El frac, muy ceñido, realzaba su obesidad naciente, y sus ojos buscaban de continuo a Eduarda, por lo que no tardé en sentir hacia él una aversión que poco a poco transformóse en inquina. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, yo ya apartaba con gestos de desdén, acentuando con respuestas secas las pocas veces que me dirigió la palabra.

Recuerdo un incidente significativo: estaba contando yo a una rubita no sé qué historia, tonta en sí, pero que debió hacerle gracia por los detalles y el tono alegre que me dictaba el

alcohol cuando vi a Eduarda no sólo mirarme con inesperada simpatía, sino rogar a mi interlocutora que le repitiese mi gracioso relato. Aquella mirada me causó tanto bien en la soledad hostil en que hasta entonces me había sentido, que bastó para cambiar por completo mi disposición de ánimo: me alegré en seguida, no con la alegría del vino, sino con la de la esperanza, y salí de mi rincón para sumarme a los grupos y hablar y reír con todos. He de decir que ni un momento creí apartarme de las más estrictas reglas de urbanidad.

Me encontraba en un rellano de la escalera para pasar a la otra ala de habitaciones cuando Eva, llevando una bandeja, salió, y acercándose a mí me estrechó la mano y se alejó rápida, sonriéndose. Nada nos dijimos y yo entré en la sala de baile, pero en seguida note que Eduarda me miraba hostilmente desde el corredor y mi sangre se enfrió cuando la oí decir en voz alta:

—¿Han visto ustedes qué cosa más chusca? El teniente Glahn aprovecha la sombra de la escalera para hacerles el amor a las criadas.

Como algunos la oyeron, y como su cara estaba pálida, a pesar del tono frívolo y casi cómico que dio a su reproche, murmuré:

—Ha sido una casualidad... Yo estaba en el rellano cuando Eva cruzó y...

Transcurrió una hora. Lejos de mí no sé quién derramó vino sobre el traje de una de las damas, y en enseguida oí a Eduarda:

—No hay que decir que habrá sido una torpeza de Glahn.

Y ya he dicho que no podía ser yo: así que comprendí la maldad, y a riesgo de estorbar a

las parejas, me adosé a una de las puertas del salón y me puse a beber hurañamente sin hablar con nadie, sin mirar a nadie... El barón continuaba siendo el protagonista de la fiesta, y los halagos femeninos iban hacia él en suave oleaje. Le oí significar su pena por que sus colecciones estuviesen ya empaquetadas y enumerar, aún otra vez, las célebres algas del mar Blanco y las piedras y pedazos de cuarzo hallados junto a los islotes cercanos al puerto. Las coronas del barón que brillaban en su camisa atraían más miradas que los más lindos ojos; hasta el mismo doctor quedaba eclipsado, y su juramento favorito, "¡Muerte y condenación!", no producía ningún efecto.

Sin embargo, cada vez que Eduarda hablaba ponía severo semblante y hasta la corrigió algunas veces:

—Si alguna vez logro franquear el valle Aquerón... —dijo ella.

Y el doctor preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted franquear?

—El valle Aquerón. ¿No se llama así?

—Yo sólo he oído hablar de un río Aquerón... Pero, en fin, puede que también haya un valle y hasta que usted lo llegue a vadear...

Otra vez, no recuerdo con qué motivo, pretendió ella tener una vista muy aguda y se atribuyó ojos de esfinge.

—¿De esfinge o de lince? —preguntó él.

—Sí, de lince; eso es —repuso turbada.

Y él cerró el incidente de este modo implacable:

—Debe dar gracias a que yo haya venido hoy para traducir sus intenciones: lo que usted pretendía tener son ojos de Argos, confiéselo.

El barón dirigió al doctor, que la sostuvo con aplomo, una mirada de reproche y estupor al través de los lentes. ¡Bah, al doctor le importaba aquella mirada tan poco como me habría importado a mí...! Continuaba el baile y, aburrido por mi aislamiento, conseguí sentarme junto a la institutriz de las hijas del pastor, y la conversación nos llevó por inesperados vericuetos a hablar de la guerra de Crimea y de la protección dada por Napoleón III a los turcos... De pronto Eduarda se interpuso entre nosotros, y me dijo:

—Vengo, señor teniente, a pedirle perdón por haberlo pillado pelando la pava en la escalera y a prometerle que no me volverá a ocurrir.

Reía igual que antes, mas evitaba mirarme cara a cara. La cólera estuvo a punto de vencerme, y balbucí:

—Señorita, ruego a usted que...

Ante mi tono seco su fisonomía se ensombreció, y su voz vibró también cargada de amenazas. Pensando en los buenos resultados de la táctica del doctor, logré sonreír y me encogí de hombros; ella dijo sin disimular la cólera:

—¿Por qué no va usted a la cocina? Su verdadero lugar es aquél.

—Con mucho gusto, si está Eva... ¿No teme usted que si la oyen se interpreten sus palabras de manera poco favorable?

—No... Es decir... Claro que pudieran pensar... ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Nada, nada... En medio de todo es natural que el vino y el baile turben la cabeza de una muchachuela como usted... Estoy seguro de que al indicarme que mi lugar es la cocina no se propuso ser insolente... Vaya, vaya a bailar.

Se alejó unos pasos; pero me di cuenta de que el encuentro no terminaba aún y que sólo quería reponerse del golpe recibido... Cuando la vi volver, casi adiviné sus palabras antes de oírlas:

—Al indicarle que su verdadero puesto estaba en la cocina, le dije simplemente la verdad. Lo que usted se merece.

—¡Eduarda! — terció asustada la institutriz.

Yo me limité a volverme de espaldas y a continuar mis comentarios sobre la situación de Crimea; la niebla excitante del alcohol se había desvanecido y, a pesar de eso, parecíame que el piso temblaba; poco a poco perdí la afectada serenidad, y con decisión repentina me levanté para marcharme. El doctor me cortó el paso.

—Lo felicito —me dijo —: acabo de oír un caluroso elogio de usted.

—¿Mío? ¿Y quién tiene ese buen humor?

—Eduarda... Hablaba con sinceridad indudable, y por si fuera poco, desde aquel rincón que usted no podía ver, lo ha estado

acariciando con los ojos de un modo que casi no necesitaba decir nada más.

—Muy bien —dije riendo.

Pero la marejada de ideas contradictorias impedíame ya detenerme. Necesitaba vengarme con cualquier exabrupto. Rabioso, loco, me acerqué al barón y fingiendo inclinarme para hablarle al oído, le escupí.

No dijo nada; pero me miró con asombro, y poco después llamó a Eduarda para contarle sin duda mi ofensa. Ella me miró también, mas su mirar fue menos de estupor que de contrariedad; sin duda acudieron a su memoria todas mis torpezas y brusquedades — el vaso roto, el zapato tirado al agua...—. Entonces tuve vergüenza de mí mismo, y considerándome hombre perdido, sin despedirme de nadie, como quien huye, salí. Sólo al hallarme en el bosque pude respirar libremente.

XXIX

La partida del barón es inminente, y como a nadie alegra más que a mí, he decidido el día que se vaya subir al acantilado ante el cual pasa el buque y dispensar salvas en su honor; es más, voy a cavar un barreno en la roca y a llenarlo de pólvora para que, al cruzar frente a mí, un bloque enorme se desprenda y vaya a caer en el agua, cual si hasta la Naturaleza se conmoviera por verlo partir. Ya sé cuál es el lugar mejor: el monte lleno de grietas que se yergue verticalmente sobre la playa en donde se calafatean las barcas. A petición mía el herrero empieza a hacer los útiles necesarios para la obra.

La pobre Eva no cesa de trabajar; trabaja más que un hombre: tan pronto lleva uno de los

caballos del señor Mack de la casa al molino como hace de caballo ella misma, cargada de grano y harina. Muchas veces me la encuentro en el camino y quedo atónito ante la frescura frutal de su cara. ¡Cuánto amor hay en la ingenuidad de su sonrisa...! El día será para el trabajo del señor Mack; pero las noches son para mí y para ella... Noches de pasión y de susurros.

—No pareces tener ni la menor sombra de preocupación, Eva adorada —le digo.

—No digas que me adoras... ¿Qué soy yo sino una pobre mujer sin cultura, que lo único que sabe y sabrá siempre es serte fiel? Aun cuando me amenazaran con matarme lo sería; ya ves, el señor Mack es cada día más duro con nosotros, y nada me importa... Cuando me ve se pone furioso, y el otro día llegó hasta zarandearme de un brazo, lívido de rabia... Sin embargo, no te lo quiero negar, tengo una pena...

—¿Una pena tú?

—Sí, el señor Mack te amenaza... Anoche me dijo: ¿De modo que es el teniente quien te ha sorbido el seso?" "Sí, es mío y soy suya", le respondí. "Pues ya verás qué pronto le hago dejar el campo..." Y esto me dio miedo.

—No te importe lo que ese viejo diga... Son tonterías, Eva... Tonterías nada más... Ea, déjame ver si tus piecitos siguen tan lindos; déjame ver ahora tu cara..., tu boca... Así... Cierra los ojos.

Y cae en mis brazos con los ojos cerrados, estremecida, feliz.

XXX

Heme aquí en lo alto de la montaña ahondando el barreno que he de llenar de pólvora. La atmósfera otoñal es de cristalina transparencia y los golpes del pico se dilatan en ella a intervalos regulares. *Esopo* no aparta de mí sus ojos interrogadores, sin explicarse por qué el orgullo hincha de tiempo en tiempo mi pecho. ¿Cómo va a discernir él mi alegría de sentirme solo, preparando en secreto una gran obra?

Los pájaros migratorios se han ido: "¡Buen viaje y pronta vuelta!" Sólo algún gorrión travieso y la sedentaria garza merodean aún entre los nidales colgados en las piedras y ocultos entre los arbustos. Las cosas han cambiado de aspecto y algún fruto tardío pone su mancha de sangre sobre la nota gris de la piedra; más lejos, una campanilla azul y una flor silvestre se balancean en una obstinación primaveral; y un martín-pescador vuela lentamente, con el cuello tendido...

Al caer la noche oculto mis herramientas y, sentado en una piedra, descanso. Todo duerme en derredor; la luna asciende despaciosa y proyecta las gigantescas sombras de las montañas, que parecen ir a echarse con mal propósito sobre el llano. Cuando llega al cenit dijérase el astro una isla de fuego o un inmenso disco de cobre. Estoy contemplándolo con esa renovadora sorpresa que permiten siempre los espectáculos de Dios, cuando *Esopo* comienza a dar muestras de inquietud.

—¿Qué te pasa, *Esopo*? ¿Acaso te sientes como tu amo, cansado de sufrir, y deseas ahogar la pena en el olvido...? Yo sólo anhelo una cosa: paz; no quiero turbar a nadie ni que me turben. Eva, tú la conoces bien, me pregunta: "¿Piensas de vez en cuando en mí?" "Pienso siempre", le respondo. "¿Y eso te

hace feliz?" "Mucho, sí." "Pues te han salido algunas canas." "Es verdad." "Debe ser algún pensamiento que no te deja." "Puede ser." Y ella entonces concluye: "Ya yes que no piensas únicamente en mí..." *Esopo*, mi fiel, mi inseparable *Esopo*, échate y no estés intranquilo... Hablemos, si quieres, de otra cosa.

Mas el animal salta, se excita, y una ansiedad terrible lo impele a tirarme de la ropa y a ladrar. Me decido al fin a seguirlo, pero no lo bastante de prisa para su anhelo, pues siempre delante, se vuelve, aúlla más y echa a correr...

Un resplandor súbito se alza hasta el cielo de detrás de los árboles, y cuando llego al camino veo una enorme hoguera y me detengo inmovilizado mi estupor: lo que arde así, consumiéndose irreparablemente, es mi cabaña.

XXXI

Inmediatamente comprendí que la mano del señor Mack había prendido el incendio. Mis pieles, mis alas de pájaro, mi águila disecada, mis muebles y efectos, todo fue consumido... ¿Qué hacer? Decidido a no solicitar hospitalidad en Sirilund, dormí dos noches al raso y alquilé por último a un pescador una cabaña, dedicándome largo rato a tapar las grietas con arbustos. Un haz de ramas me servía de yacija.

Euarda, informada de mi desgracia, me mandó a ofrecer en nombre de su padre, habitación. ¡Ella generosa y bondadosa...! No caí en la red y ni siquiera le envié respuesta, sacando de este tardío desdén una fuente de orgullosa alegría. Pocos días después la encontré del brazo del barón, y al ver que

proseguí indiferente mi camino, se detuvo para decirme:

—¿De modo que no quiere ser nuestro huésped señor teniente?

—Ya estoy instalado en mi nueva vivienda.

—No lo hubiera pasado tan mal.

El barón se había apartado algunos pasos, y el tono conmovido de las últimas palabras de Eduarda removió la ternura en mi pecho. En voz más baja me preguntó:

—¿Es que se ha propuesto no verme nunca más?

—De ningún modo. Precisamente pensaba ir a darle las gracias por su oferta de hospitalidad, doblemente agradecible, ya que al incendio no fue ajena la mala voluntad que su padre me tiene. Y una vez cumplido el deber de hacerle presente mi gratitud, me despido... Muy buenas tardes, señorita.

Con un gesto sincero y rabioso de otras veces, insistió:

—Pero ¿por qué no quiere volverme a ver?

El barón la llamó desde lejos, y yo, sin apartarme de la actitud fríamente correcta, concluí:

—Su caballero la llama... A sus pies.

Me alejé camino del acantilado. "Desde hoy —me prometí— nada podrá separarme de esta frialdad de que no debí salir nunca..." En uno de los senderos encontré a Eva.

—Ya ves —le dije— que el señor Mack no logrará echarme como aseguró: me quemó mi cabaña y ya tengo otra... ¿Dónde vas?

Llevaba un cubo de brea y un pincel para calafatear el nuevo bote del señor Mack, construido precisamente en la playa situada bajo el roquedo en donde yo preparaba la mina explosiva. El señor Mack no la dejaba un instante de tregua, y para apartarla de mí, enviábala a trabajar a aquella playa distante.

¡Así es siempre la tiranía, que junta lo que pretende separar!

Enternecido por su resignación, la atraje y la acaricié conmovido:

—¡Pobre queridísima Eva, te tratan como a una esclava y ni protestas ni se te ocurre siquiera quejarte...! Sonríes, y el torrente de vida que se escapa de sonrisa anega toda pena y toda impresión de servidumbre. Anda, ve a trabajar, que yo también voy. Al llegar junto a la mina vi con sorpresa que alguien estado allí, reconocí las huellas de los zapatos señor Mack. ¿Qué iba a buscar por aquellos sitios,..? Fui tan cándido que no tuve la menor sospecha... Me encogí de hombros y comencé a cavar, sin presentir que con cada golpe de pico contribuía; una desgracia inmensa.

XXXII

El vapor llegó al fin, y en él mi uniforme. Ese mismo buque debía llevarse por la noche al barón con sus famosas colecciones de caracolillos y de algas; mientras esperaba carga tan preciosa, sus escotillas se abrían para recibir los barriles de arenques y de aceite de hígado de bacalao.

Dispuesto a realizar mi propósito, cargué con todo cuidado la escopeta, escalé la montaña y preparé el barreno. Al terminar no pude contener una sonrisa satisfacción; sólo me faltaba aguardar el momento oportuno.

Cuando el jadear del buque llegó hasta mí declinaba ya el día, y al oír el silbato que anunciaba el desamarre, mi corazón latió cual si aquel barco fuese un ser vivo que acudiese a una cita largo tiempo esperada. Aún tardaría en pasar algunos minutos, y como la luna no alumbraba aún, mis miradas dardearon las tinieblas para ver el instante en que el vaporcito dejaba el puerto. Cuando lo distinguí encendí la mecha y me alejé a la carrera. Un instante pasó, y a la luz de una llama inmensa y cárdena vi una roca enorme rodar hacia el abismo; casi en seguida oí una detonación formidable, que las montañas repitieron y agrandaron durante largo rato. Al extinguirse, ya el buque estaba frente a mí y disparé con corto intervalo los dos cañones de la escopeta. Las detonaciones fueron repetidas de pico en pico, cual si también las montañas formaran coro para despedir al noble coleccionista. Al cabo el aire dejó de vibrar, murieron los ecos y el vapor se perdió en la noche.

Recogí mis herramientas y emprendí el descenso con las piernas entumecidas, siguiendo la huella humeante que dejase la enorme roca arrancada por la explosión; detrás de mí marchaba *Esopo*, sacudiendo de cuando en cuando la cabeza: el olor de la pólvora lo hacía estornudar.

Al llegar a la playa me aguardaba un espectáculo horrendo: junto a la barca, rota por el choque de la enorme piedra desprendida, yacía Eva casi inconocible, con el cuerpo despedazado. La muerte debió ser instantánea.

XXXIII

¿Qué puedo escribir ya? Durante muchos días no volví a disparar un tiro, y refugiado en mi nueva cabaña no pensaba siquiera en que los víveres se habían concluido y en que sería preciso salir en busca de alimentos. Los restos de Eva fueron llevados a la iglesia en una embarcación pintada de blanco; yo no quise seguirlos, pero dando un gran rodeo por tierra me fui al cementerio para esperarla allí y ver cómo acostaban su pobre cuerpecito, tan bueno y tan dulce, Por última vez.

«Eva está muerta, muerta para siempre — dice dentro de mí una voz... — ¿Te acuerdas de su carita virginal de aquel gorrito que afinaba su óvalo y le daba aire de novicia" Sí, me acuerdo y no la podré nunca. Discreta, tímida, silenciosamente venía dejaba su fardo y se me acercaba sonriendo. ¡Ah, qué torrente intenso de vida desbordábase entonces de su manera de sonreír...! Estáte quieto, *Esopo*, no cortes el hilo de mi imaginación... Precisamente ahora que viene al recuerdo una leyenda relativa a Iselina, cuando Stamer, el seducido clérigo, vivía en estos contornos.

"Una muchacha estaba prisionera en un castillo a cuyo dueño amaba. ¿Por qué...? Pregúntaselo al viento y a las estrellas y al Dios señor de la vida, pues sólo ellos conocen misterios tan hondos... El señor había sido su amigo y su amante, pero un día conoció a otra mujer, y sus sentimientos se desviaron de la muchacha igual que un río cambia de curso.

"La había amado con amor juvenil, la había llamado muchas veces "su ángel tutelar, su paloma tierna", la había abrazado muchas noches con ese abrazo apasionado y casi exasperado con que el amor pretende asirse eternamente a lo fugitivo; le había dicho:

"Dame tu corazón", y ella se lo había dado como quien no da nada... Cada vez que él le preguntaba: "¿Te puedo pedir una cosa?", ella respondía que sí, feliz por tener aún algo que dar; y él aceptaba todo, sin pararse siquiera a agradecer un momento.

"Con la otra, en cambio, era un esclavo, un loco, un mendigo. ¿Por qué...? Pregúntaselo al polvo del camino, a las hojas que caen, a la divinidad misteriosa que rige el mundo; sólo ellos conocen misterios tan hondos... La otra no le daba nada, nada, ¡nada!, y por negarlo todo, él le decía gracias con palabras del corazón. En lugar de darle le exigía: "Dame tu reposo, tu inteligencia, dame tu dignidad", y él se la daba, sintiendo que no se le ocurriera decirle: "Dame tu vida toda, dame la salvación de tu alma después» Por eso la pobre muchachita enamorada y desdeñada fue encerrada en la torre.

"—¿En qué piensas, joven prisionera, que sonríes así?

"—Pienso en aquellos días de hace ya diez años cuando lo conocí, lo amé y fue bueno conmigo.

"—¿Aún te acuerdas de él?

"—Sí, todos los días, todas las horas... ¡Siempre!

"Y pasó más tiempo y le volvieron a preguntar:

"—¿En qué piensas, prisionera, que sonríes aún?

"—Estoy bordando su nombre en este lienzo.

"—¿El nombre del que te encerró en esa torre donde tu juventud se consume?

"—Sí, el del hombre que conocí y me amó hace veinte años.

"—¿Aún te acuerdas de él?

"—Su recuerdo no empalidece ni siquiera en sueños.

"Y pasaron más años, más años...

"—¿Qué haces, prisionera, de las canas color ceniza?

"—La vejez se me acerca y no veo ya bastante para bordar; pero araño con mis manos la pared, y cuando tenga bastante yeso haré un vaso para regalárselo.

"—¿Regalárselo a quién?

"—A mi amor... Al que me encerró aquí.

"—¿Y sonríes al pensar en tu encierro?

"—Sonrío porque pienso que dirá al recibirlo: "He aquí un vaso hecho por mi amante de hace treinta años... No me ha olvidado aún".

"Y pasó más tiempo, más tiempo...

"—Prisionera encorvada, tus manos nada pueden ya hacer, y sonríes aún.

"—La vejez ha venido: soy ciega y torpe, mas el recuerdo no envejece.

"—¿Y piensas en el que te encerró hace cuarenta?

"—En él, siempre en él... Nos conocimos cuando éramos jóvenes, y con sólo unos días de amor cuarenta años se llenaron de recuerdos.

"—Pero ¿no sabes que ha muerto ya?

"¡Ah, pobre vieja enamorada; tus labios se mustian; tu voz, que iba a responder, se extingue; tus ojuelos se vidrian, una palidez lívida te cubre y caes inerte para siempre!"

Esta es la maravillosa leyenda de la mujer encerrada en la torre. ¡Óyela, *Esopo*, que acaso la entiendas...! ¡Eva, pobre cuerpo dorado, déjame que eche sobre tu tumba el primer puñado de tierra, y que cuando todos se vayan venga furtivo a besar tu fosa...! Cada vez que te recuerdo, un rayo de sol atraviesa mi mente, y me siento colmado de bendiciones con sólo pensar en tu sonrisa... Tú dabas todo sin esfuerzo, pues la vida desbordaba en ti y estabas embriagada de luz, de caricias, de amor... Y, sin embargo, otra que me niega hasta el favor de su mirada me posee por completo, ¡por completo...! ¿Por qué...? ¡Pregúntaselo a los doce meses del año, a los navíos! que cruzan el mar y al Dios insondable que gobierna los corazones.

XXXIV

Viéndome tan abatido, alguien me dijo:

—¿Ya no caza usted...? *Esopo* corretea por el bosque levantando liebres inútilmente.

—Mátelas por mí — le contesto.

A los pocos días vino a verme el señor Mack; traía grandes ojeras, y en vano me esforcé en descifrar el secreto de sus ojos febriles. ¿Aquella facultad de leer en las almas se había nublado...? Me habló de la

catástrofe, atribuyéndola a un accidente funesto y casual en el cual ni él ni yo teníamos la menor culpa.

—Si alguien se propuso separarme de ella lo ha conseguido; que Dios lo maldiga.

Lanzó sobre mí una mirada oblicua y se puso a hablar atropelladamente del lujo del entierro, en el que no había omitido ningún gasto. No pude menos de admirar su ductilidad acomodaticia.

—¿Me permitirá —le dije— que le pague al menos la barca?

—¡Por Dios, mi querido teniente! ¿Cómo ha podido suponer...?

Y al decírmelo sus ojos se cargaron de odio... Durante tres semanas no vi a Eduarda; es decir, sí: la vi de paso en la tienda. Estaba en la sección de ropas escogiendo unas telas, y la saludé con un "buenos días" seco; volvió la cabeza y no me respondió. Sin saber por qué decidí no comprar en su presencia el pan que iba a buscar, y pedí en su lugar pólvora y plomo; mientras me servían la examiné de reojo: su traje gris, gastado ya en los ojales, me pareció más corto. ¡Cuánto había crecido en pocos meses! Su pecho exiguo se alzaba y deprimía bruscamente, y bajo su frente, sin duda pensativa, las cejas trazaban dos arcos enigmáticos... Sí, todos sus movimientos revelaban cierta madurez; miré sus manos, y sus dedos afilados y pálidos me produjeron casi la sensación física de estremecimiento... Continuaba escogiendo telas sin preocuparse de mí, y sentí deseos de que *Esopo* fuese cerca de ella, para tener pretexto de llamarlo y anudar la conversación.

—Aquí tiene usted la pólvora y las balas —
dijo el muchacho que me servía.

Pagué, tomé los dos paquetes y, saludando,
salí. Ella alzó los ojos, pero no contestó a mi
adiós.

—¡Bah, todo va bien! —me dije a mí
mismo—. Sin duda el barón se llevó con sus
colecciones la palabra matrimonio... Es cosa
hecha.

Y me alejé sin comprar el pan,
volviéndome, a trueque de quebrantar mi
propósito, para convencer de que sus ojos
odiados y queridos, estaban fijos en la tela, sin
interesarse por el que acababa de salir.

XXXVI

La primera nevada cayó, y aun cuando tenía
la chimenea siempre encendida, empecé a
sufrir de frío. La leña ardía mal; además, las
grietas dejaban penetrar el cierzo, a pesar de
todas mis reparaciones. Acababa el otoño y
los días eran más cortos cada vez; el sol derritió
las primeras nieves y limpió los campos; pero
por las noches el frío era tan vivo que el agua se
congelaba y morían las plantas y los insectos.

También los hombres envolvíanse en un
silencio misterioso; hasta los más torpes
parecían meditar, y todos los ojos dijéranse
esforzados en ver la llegada invierno. Ya no
partían alegres gritos de los secadores, el
puerto dormía soñando con la estival
animación y el paisaje preparábase a esa larga
noche boreal, en que el sol dormita escondido
en los mares.

El ruido de los remos de una barca, aislada
en la d, resonaba como algo insólito. Era una
muchacha la remera.

—¿Adonde has ido, muchacha? —A ninguna parte.

—¿Cómo que a ninguna parte? No me tomes por importuno; recuerdo que nos conocemos: este verano estuvimos juntos una vez.

Atraca cerca de donde estoy y amarra el bote; en concluyo de explicarle:

—Te encontré guardando un rebaño y haciendo labor... Y aquella misma noche nos vimos, ¿no te acuerdas?

La sangre sube a sus mejillas y ríe torpemente turbada.

—¿Ves cómo no te has olvidado? —le digo—. Ven a mi cabaña y charlaremos. No creas que he olvidado tu nombre... Te llamas Enriqueta.

Pero ella sigue su camino sin responder. El fresco del otoño, el frío del invierno, han entumecido sus sentidos, que dormirán castamente hasta la primavera... No, no vendrá ni ella ni ninguna mientras las plantas estén sin flor y el cielo sin esplendor... Es tiempo de reposar, de recordar... El sol se ha hundido ya en las olas y tardará en volver a alzarse.

XXXVI

Me puse el uniforme por primera vez y me dirigí a Sirilund. Mi corazón latía agitado, y en el camino rememoré cuantos acontecimientos se habían sucedido desde el día en que Eduarda me abrazó y besó ante todo el mundo... Durante largos meses me mortificó cruel y me hizo encanecer... La culpa era mía por haber renunciado a la

voluntad, dejándome extraviar por mi falsa estrella... Al acercarme, pensaba: "¡Cuánto se divertiría si cayese a sus pies y le revelara mi secreto...! Sin duda al verme llegar me ofrecerá una silla, pedirá vino para obsequiarme, y antes de chocar su vaso contra el mío me dirá: "Quiero darle las gracias, señor teniente, por las horas inolvidables y felices que hemos pasado juntos", y al ver renacer la esperanza en mí, fingirá beber y dejará sobre la mesa el vaso intacto, no para hacerme creer que ha bebido, sino esforzándose en mostrarme el injusto desaire... Ese es su carácter y nada puede intentarse contra él... Ea, menos mal que la última partida del doloroso juego ha empezado ya."

Antes de entrar continúo el curso de mis reflexiones: "Mi uniforme la impresionará; las charreteras y los galones son nuevos, los botones brillan, el sable tintinearé sobre el piso..." Y una risa nerviosa me sacude: "¡Bah, quién sabe aún si la última hora será la de mi triunfo...! Y alzo la cabeza en vanidoso ademán "No, nada de bajezas... Guardemos el sentido de la dignidad, y pase lo que pase sepamos mostrar indiferencia sin intentar nada concreto; eso es... Perdone usted, señorita insoportable, que me y sin solicitar su no siempre bien lavada mano."

El señor Mack me sale al encuentro en el zaguán, pálido y con los ojos más hundidos que nunca.

—¿De veras se va usted? —me dice—. Verdad es que en estos últimos tiempos, después del incendio de su cabaña, no estaba nada bien instalado.

Y sonrío de tal modo, con tan perfecta naturalidad, que me parece tener ante mí al

mejor actor o al hombre más inocente del mundo.

—Entre usted, señor teniente —añade, antes de alejarse con la cabeza baja, rumiando sus ideas—. Eduarda está en la sala. Yo tendré el gusto de despedirle el muelle.

Eduarda alza la cara de un libro, y no puede evitar un gesto de sorpresa al verme de uniforme. El rubor y su boca entreabierta me dan un anticipo de victoria.

—Vengo a despedirme —murmuro.

Se levanta de un salto, cual si mis palabras la hiriesen.

—¿De modo que se va usted... Ahora?

—Cuando venga el vapor —le digo.

Y torpemente, contra todos mis propósitos, cojo sus y susurro, mirándola al fondo de los ojos:

—¡Ah, Eduarda, Eduarda!

Como por encanto tórnase fría, hermética, y el instinto de hombre me advierte que todo en ella se apresta a resistirme. Ante su figura rígida me curvo en la actitud odiosa de un mendigo, suelto sus manos, y sólo tengo aliento para repetir muchas veces: "¡Eduarda Eduarda!", hasta que con tono altanero de impaciencia me interrumpe:

—Y bien, ¿qué quiere usted? ¿Acaso tiene algo que decirme?

No puedo contestar, y añade:

—¿De modo que se va? Buen viaje... Sabe Dios a quién tendremos en su lugar el año próximo.

—A cualquiera... Sin duda reconstruirán la cabaña.

Sigue un silencio en el que muestra gana de reanudar la lectura; para indicarme el fin de la entrevista, dice:

—Siento que mi padre no esté aquí; ya me encargaré de despedirle.

Como no puedo responder me acerco, y tocándole la mano, suspiro más que pronuncio:

—Adiós, Eduarda.

—Adiós.

Al abrir la puerta para salir advierto que ya ha reanudado su lectura. ¡Ah, mi adiós no le ha producido la menor impresión...! Permanezco quieto un instante y toso después; ella alza la vista y pregunta:

—Pero ¿no se había usted marchado? Me pareció oírle salir.

Su sorpresa es demasiado viva para ser real; sin duda la exagera, y sabía bien al preguntármelo que en lugar de irme me había quedado allí estúpidamente, mirándola, mirándola...

—Voy a irme ahora —explico.

Entonces, acercándose a mí me pide:

—Quisiera guardar un recuerdo suyo... Pero tal vez sea demasiado... ¿Quiere dejarme a *Esopo*?

Sin titubear respondo que sí.

—Gracias... ¿Me lo traerá mañana?

Salgo, y con infinita ansiedad vuelvo la vista para si miran unos ojos tras la ventana como otra vez... no mira nadie. ¡Esto se acabó! La última noche pasada en la cabaña fue de insomnio; las horas sonaron entre mis meditaciones sin unir las y muy de mañana preparé el desayuno. El día anunciábase húmedo y gélido... Las meditaciones seguían aún: "¿Por qué me ha pedido que le lleva el perro? ¿Quería hablarme otra vez?" ¡No, no; no tengo nada que oírle...! Además, ¿cómo tratará a *Esopo*...? *Esopo*, mi pobre y fiel *Esopo*, no quiero darte, porque te haría sufrir... Para vengarse de mí te martirizaría... Tal vez te acariciaría muchas veces, para martirizarte mejor te maltrataría sin motivo cuando menos lo merecieras... ¡No, no, yo no pagar así tu amistad pura! ¡Ven, *Esopo*, ven...!

Y cuando el perro pone sobre mí sus patas y tiende la cabeza, anhelante hasta juntarla con la mía, cojo la escopeta, y sin condolerme al ver que él se excita pensando sin duda que se trata de una de nuestras partidas de caza, le coloco el cañón en la nuca y oprimo el gatillo.

Poco después un mandadero lleva a Eduarda el pobre cadáver en mi nombre.

XXXVII

El vapor debía partir casi de noche; pero como todo mi equipaje estaba ya a bordo, me fui hacia el muelle a media tarde. El señor Mack acudió a despedirme, prometiéndome entre dos apretones de mano una travesía magnífica y asegurando envidiarme el placer de viajar así. Poco después llegaron el doctor y Eduarda; al verla, mis piernas flaquearon y

tuve necesidad de toda mi energía para no delatar la impresión.

—Hemos querido despedirlo con todos los honores — aseguró el doctor.

—Gracias.

Eduarda, mirándome fijamente, dijo:

—Sólo he venido a darle las gracias por el perro.

Tenía los labios pálidos y se los mordía con frecuencia. El doctor, haciendo bocina de las manos para ser oído desde el buque, que estaba fondeado muy cerca gritó a un marinero:

—¿Cuándo leván anclas?

—Dentro de media hora.

Yo permanecí silencioso, comprobando que la excitación no dejaba a Eduarda estarse quieta. Y quizás por sentirse observada, propuso, dirigiéndose al doctor:

—¿Quiere que nos volvamos? Ya dije lo que tenía que decir.

—Ya "he dicho", es mucho más correcto, señorita.

Ríe humillada de la enmienda del doctor, y pregunta :

—¿Acaso no viene a ser lo mismo?

—No —decide él con tono inapelable.

Yo contemplo al mísero hombrecillo, viejo y cojo, y casi envidio su frío aire resuelto. Al menos él sabe seguir su camino; se ha trazado una norma de conducta y la seguirá

obstinadamente hasta el fin. Si pierde la partida nadie lo notará, porque su voluntad sabe enfrenar los nervios e inmovilizar los músculos que se contraen con la decepción y el dolor.

Como el crepúsculo avanza, me vuelvo hacia ellos con la mano tendida:

—Adiós y gracias por todo..., por todo.

Eduarda me mira en silencio y después vuelve la cabeza para fijar la vista en el buque. Bajo al bote, que desatraca en seguida, y cuando subo a bordo del buque me asomo a la cubierta y la veo aún en el muelle y oigo el estentóreo adiós con que el doctor me despide. Al verme aparecer, Eduarda echa andar a pasos rápidos, seguida trabajosamente por su caballero, y se pierde tras de las casas. Es la última visión que he tenido de ella.

XXXVIII

Todo lo anterior ha sido escrito por matar el tiempo, para procurarme el goce de evocar aquel verano, cuyas rápidas horas huyeron sin dejarme apenas tiempo de saborearlas... Ahora todo es distinto, y los días me parecen interminables.

No es que deje de pasar buenos ratos, no; pero el caso es que el tiempo dura más. He pedido mi licencia absoluta, soy libre del todo, he corrido mucho mundo y correré aún, y sin embargo... De tiempo en tiempo guiño un ojo y me pongo a mirar la luna y las estrellas, diferentes ahora, sin que tampoco sepa por qué, a otra luna y a otras estrellas vivas en mi memoria, y se me antoja que se ríen no sé si de alegría o de burla al verme mirarlas... ¡Bah, no es de burla! el mundo me sonrío. A menudo descorcho una botella para invitar a

otros compañeros divertidos, y pasamos bien, muy bien. En cuanto a Eduarda, jamás pienso en ella. ¿Cómo no olvidarla en tanto tiempo? Además, no cabe duda que tengo mucho amor propio...

Si alguien me pregunta si sufro alguna pena, respondo con un "no" tan áspero que no me vuelve a interrogar..., *Cora*, mi nueva perra, me contempla cual también quisiera interpelarme. El tic tac del reloj sobre la chimenea, y por la ventana me llega; ruido confuso de la ciudad... Alguien llama: es el que me trae un sobre lacrado... Ya sé de dónde viene; lo sabía antes de verle llegar... ¡A menos que todo esto no sean alucinaciones de una noche de insomnio!

El sobre no contiene carta alguna; sólo me trae unas plumas de pájaros del Norte... Y un terror súbito transforma en corrientes heladas mis venas, y me digo: "¿Para qué quiero yo estas plumas verdes? ¿Por qué siento este frío...? Entra demasiado aire por las ventanas..." Y cierro; pero los pensamientos continúan. Me parece recordar un incidente fútil de mi estadía en aquella cabaña del extremo Norte que un día se convirtió en hoguera. El tiempo no ha amortiguado el brillo de estas plumas... ¡Qué gusto me da verlas otra vez! Y de pronto surge ante mí una cara y oigo una voz que me dice: "Señor teniente, aquí tiene usted sus plumas... No las quiero."

—*Cora*, estáte tranquila... ¡Si te mueves te pego un tiro!

—¡Ah, hace un calor intolerable! ¿A quién se le ocurre tener cerradas las ventanas...? Que las abran, que abran también la puerta... Entrad, amigos, vamos a beber, y que venga también un recadero a llevar una carta que he

de escribir... Pero no, no; sólo amigos y vino..., mucho vino... ¡Mientras más mejor...!

Y el día se acaba sin que me abandone la sensación terrible de que el tiempo apenas transcurre.

Ya está terminado este relato, escrito sólo por distraerme. No tengo ya ninguna preocupación; sólo siento deseos de irme muy lejos, no importa dónde, a África, a la India, a cualquier lugar en que haya muy poca gente y muchos árboles... Quiero consagrarme al bosque y a la soledad.

LA MUERTE DE GLAHN

(páginas fechadas en 1861)

I

La familia Glahn puede continuar publicando el cargante anuncio de que se desea saber el paradero del teniente Tomás Glahn; por muchos periódicos en que inserte no ha de aparecer, pues sé que está muerto y bien muerto! ¡Si lo sabré yo!

Después de todo no me sorprende que sus parientes sigan con tanto ahínco las investigaciones, pues Glahn era hombre poco vulgar y generalmente estimado. Lo digo así para ser justo, aun cuando su memoria me inspire antipatía y baste su recuerdo para envenenarme el alma. Sin duda era hermoso, pujante de juventud y dotado de seducciones nada comunes; confieso además que mucha gente, y aun yo mismo, se dejaba subyugar por su mirada, parecida a la de las fieras. Cierta dama definió el magnético poder de ojos diciendo que cuando la miraba, se sentía desfallecer y se turbaba, como si en vez de mirarla la tocara.

Después de realzar sus cualidades no voy a callar sus defectos: a menudo decía tonterías de esas que agradan a las mujeres, cuyo charloteo vano imitaba y aplaudía para cautivarlas. Recuerdo que un día, hablando de un individuo obeso, aseguró que parecía llevar los pantalones llenos de manteca, y como si fuera una observación ingeniosísima, estuvo riéndose largo rato. En otra ocasión me dio también nueva prueba de su mediocridad. Vivíamos entonces en la misma casa; la patrona entró a preguntarme qué quería desayunar, y le respondí: "Una rebanada de huevo con pan." Tomás Glahn se puso a reír de una manera

idiota, repitiendo innumerables veces el inocente lapsus, hasta que me incomodé, y entonces, sorprendido se calló.

Podría contar rasgos análogos para ponerlo en ridículo; pero ya surgirán en el curso de esta narración; lo que desde luego prometo es no callarlos, pues tratándose de un enemigo no hay razón para ser generoso. Si he de ser del todo justo, debo anotar que jamás decía palabras imbéciles en su sano juicio. En las dos ocasiones referidas, sin duda no estaba en él; pero ¿acaso no basta para despreciar a un hombre decir que acostumbra a emborracharse?

Cuando lo conocí — otoño de 1859 — tendría treinta y dos años, mi misma edad. Se dejaba la barba y usaba camisas abiertas para dejar al descubierto el pecho y el cuello, sin disputa admirables. Más tarde, al enemistarnos, comprendí que mi cuello no era menos juvenil y viril, sin que por ello tuviese la manía de exhibirlo. Lo conocí a bordo de un vaporcito fluvial; los dos íbamos de caza, y al llegar al término del ferrocarril decidimos, para internarnos, alquilar a medias un carrito tirado por bueyes.

A propósito omito el lugar adonde nos dirigimos; no quiero dar la menor pista; lo que sí aseguro es que la familia Glahn pierde tiempo y dinero en publicar anuncios, porque el teniente murió en ese lugar, del cual por nada del mundo diré el nombre.

Antes de conocerlo ya había oído hablar de él. No sé quién me contó su aventura amorosa con una muchacha noruega, a la cual comprometió de modo indigno, obligándola a romper las relaciones. Glahn juró vengarse, la muchacha no hizo caso alguno, y fue entonces cuando se hizo merecedor por su escandalosa vida de la más triste reputación. Se dedicó a

beber, pidió licencia y se entregó a una existencia disoluta... ¡Extraña manera de vengarse de un fracaso matrimonial...!

Según otra versión, no fue que comprometiera a la muchacha, sino que la familia de ésta lo rechazó, y ella misma dio poco después palabra de matrimonio a un conde sueco. La primera versión me parece más creíble, tal vez por ser enemigo de Glahn y suponerlo capaz de toda villanía. Sea como fuere él no aludió jamás a aquellas relaciones, ni tampoco yo traté nunca de sonsacarle. ¿Qué me importaba a mí?

No recuerdo que en el vaporcito ni en el tren hablásemos más que del poblado adonde nos dirigíamos. Glahn sacó de un bolsillo un mapa y haciéndome inclinar sobre él, me dijo:

—Iremos por aquí hasta encontrar el pueblo, en cual me aseguran existe una parodia de hotel, donde quizá tengamos la suerte de alojarnos. La dueña es mestiza inglesa. También habita en el caserío un indígena que tiene muchas mujeres, algunas de las Jes no cuentan más de diez años.

Yo ignoraba tanto la existencia del jefe indígena y sus mujeres como la del hotel, así que nada dije; Glahn me miró, sonriendo satisfecho. Confieso que sonrisa tenía atractivo singular... Pero a pesar su belleza no era lo que se dice un verdadero macho: las variaciones atmosféricas lo ponían nervioso, y se quejaba de no sé qué dolor en el pie izquierdo, donde, según él, tenía una antigua herida de bala. ¡Sabe Dios si sería verdad...!

II

Una semana más tarde estábamos hospedados en la casucha pomposamente

calificada de hotel, bajo los cuidados tutelares de la mestiza. ¡Vaya un hotel! Las paredes de tierra y madera, a medias devoradas por las hormigas blancas, no tenían otra garantía de solidez que la escasa altura del edificio; yo me alojé en el piso bajo junto a la sala, en un cuartucho alumbrado sólo por una ventana de cristales siempre polvorientos, mientras Glahn eligió una alcoba en el piso alto, a pesar de lo cual era más sombría y menos habitable. El sol calcinaba la paja del techo y el calor era en ella sofocante día y noche. Claro que de esto no tenía yo culpa alguna, pues al llegar le dije:

—Sólo hay dos habitaciones, elija usted.

Examinó ambas y eligió la de arriba, quizá por creerla mejor. ¿Voy a ser tan tonto de suponer que tuviese la galantería de cederme la más confortable? ¡Bah...! Puesto que él la eligió...

Mientras duró la canícula fue preciso suspender todo intento de caza y permanecer en el albergue. Por las noches, dos mosquiteros nos protegían contra los insectos; pero Glahn debió dejar abierta su ventana alguna noche y entraron varios murciélagos, que en su vuelo ciego le hicieron el suyo trizas... Durante el día permanecíamos tendidos sobre esteras, junto a la pared opuesta al sol, sin otra ocupación que fumar y observar a los indígenas, cuya piel bronceada, labios gruesos y oscuros ojos, los hacía parecer iguales. Todos llevaban pendientes de oro e iban casi desnudos, cubiertos apenas con un cinturón muy ancho de tela o de hojas, al cual añadían los mujeres un faldellín corto; los niños, enteramente desnudos, paseaban sin cesar sus vientres abultados y grasientos.

—Las mujeres son demasiado fofas —dijo Glahn.

La observación no tenía nada de notable; ya había pensado yo lo mismo. Además todas las mujeres no eran tan feas, a pesar de la gordura; precisamente había yo descubierto una mestiza de larga cabellera y dientes muy blancos, no sólo pasadera, sino bonita, la más bonita del lugar. La encontré una tarde acostada junto a un sembrado y, tras grandes esfuerzos, entablé una larga conversación, tras la cual fue conmigo dadivosa de todos sus bienes. Nos separamos al romper el día y en vez de dirigirse directamente a su cabaña fingió venir del poblado cercano. Por su parte, Glahn había pasado la noche con dos muchachuelas, no yores de once años, a las cuales debió decir mil tonteríaas dictadas por la cerveza de arroz. Era su manera de divertirse.

Pocos días después salimos de caza. Dejamos detrás las plantaciones de té, los arrozales, algunos campos casi yermos y entramos en el bosque, poblado de inmensos árboles extraños: bambúes, manglares, tamarindos, gomíferos y sabe Dios cuántas especies más desconocidas para nosotros; un riachuelo exiguo, cuyo caudal sólo debía crecer en época de lluvias, nos acompañó largo rato; matamos algunas palomas torcaces, y por la tarde vimos a lo lejos dos panteras. Glahn era un tirador excelente, no fallaba un tiro; pero justo es decir que su escopeta era mejor que la mía, y yo, que también tiro bien, no me alababa de ello mientras él solía decir: "Voy a darle a aquel pájaro la cola y a aquel otro en el pico." Verdad es que su anuncio siempre se realizaba, pero de todos modos... Cuando vimos las panteras quiso tirarles en seguida; yo le disuadí, haciéndole ver que sólo teníamos dos cartuchos y que la noche estaba muy próxima; tal vez hice mal, pues le di ocasión para que pudiera presumir de atreverse a cazar panteras con escopeta de perdigones.

—Me pesa no haberles tirado —dijo—. Es usted demasiado prudente... ¿Acaso tiene empeño en vivir?

—Menos mal que reconoce que soy el más sensato repuse.

—Sí, sí. No vayamos a incomodarnos por tan poco.

El que no quería incomodarse era él; a mí me hubiese sido igual, ya que su ligereza y sus aires de seductor me lo hacían antipático por momentos. Poca noches después, me paseaba muy contento con Maggie, la mestiza, y lo vimos sentado ante el hotel. Nos saludó sonriendo, y Maggie, que no lo había visto hasta entonces, mostró curiosidad por saber quién era. La impresión que su barba antipática y su gesto pedante debió producirle, fue tal, que olvidó acompañarme hasta casa como de costumbre, y se fue apresuradamente a la choza.

Cuando hablé a Glahn del incidente, no le dio importancia... Claro, ¡qué había de darle! Yo, en cambio, le di su verdadero valor: aquella sonrisa dulzona de saludo no se dirigía a mí, sino a Maggie.

—¿Qué es lo que masca sin cesar? —me preguntó con afectada indiferencia.

—No lo sé... Después de todo, los dientes son suyos.

No me daba ninguna noticia al decirme que Maggie tenía la fea costumbre de estar siempre mascando algo, pero no debía ser nada sucio, cuando sus dientes conservaban esplendoroso brillo. La costumbre estaba tan arraigada en ella, que se metía en la boca toda clase de objetos: pedazos de papel, plumas de pájaro,

hasta monedas; y no era cosa de repudiar por eso a la chica más bonita de los contornos. Lo que pasaba es que Glahn me tenía envidia; ni más ni menos.

Al día siguiente me reconcilié con ella, y por la noche, cuando salimos, tuvimos la suerte de no encontrarnos con el fatuo.

III

Durante una semana fuimos de caza diariamente, y cobramos innumerables piezas. Una mañana, casi al entrar en el bosque, Glahn me cogió por un brazo y me murmuró imperativamente: "¡Quieto!", y echándose la escopeta a la cara, tiró sobre un leopardo. Yo habría podido tirar igualmente que él, así que al verle tomarme la delantera para acaparar el honor de la hazaña, no dejé de pensar: "Ya tenemos fanfarronada para rato." Cuando nos aproximamos vimos que el leopardo yacía muerto con una herida enorme en el lomo.

Como no me gusta que nadie me zarandee ni me tome por bobo, le dije:

—Conste que yo hubiera hecho lo mismo.

Me miró con aire estúpido y proseguí:

—¿Es que no lo cree usted?

En vez de responderme, cometió la tontería de vol a disparar sobre el animal muerto; mas esta vez bala pasó la cabeza de parte a parte. No disimulé estupor, y entonces descubrió su vanidad.

—Comprenderá usted que un tiro en el lomo no satisface mi reputación de tirador.

Su necio amor propio sentíase mortificado por un isparo tan poco certero. ¡Qué puerilidad...! En fin, uno es como es. No sería yo quien descubriera la inocente treta... Al regresar, muchos indígenas acudieron a ver el leopardo, y Glahn se limitó a decir que lo habíamos matado por la mañana. Maggie se acercó también y preguntó:

—Pero ¿quién lo mató?

—Ya ves que tiene dos heridas — dijo él —. Lo matamos antes de mediodía.

Y por si esto fuera poco, añadió mostrando la herida del cuerpo:

—Mi bala le entró por aquí.

Pretendía sin duda ablandarme atribuyéndome el honor de la herida en la cabeza; la argucia casi iguala la estupidez... Como me solicitaba desmentir ante tanta gente, nada dije. Glahn, para celebrar el suceso convidó a los indígenas a cerveza y aprovechó la ocasión para emborracharse.

Maggie murmuraba a cada rato: "Lo han matado los dos"; pero no dejaba de mirar a Glahn, con tal insistencia que la llamé aparte y le dije:

—¿Por qué le miras de ese modo? ¿No estoy yo aquí?

—Sí, sí... No te enfades... Esta noche te vendré a buscar.

Al día siguiente Glahn recibió una carta enviada desde la estación fluvial por un propio. El sobre estaba escrito por mano de mujer, y para llegar hasta nosotros, había hecho un recorrido de más de 80 millas, sólo en el

continente. Al punto tuve la sospecha de que pudiera ser de la célebre noble noruega con quien estuvo en relaciones; Glahn la leyó, rió de una manera fría y nerviosa y dio una espléndida propina al mensajero; mas en seguida tornóse meditativo y sombrío, y por la noche se embriagó en compañía de un viejo enano del lugar y de su hijo. La borrachera le dio cariñosa, y me abrazó muchas veces, obstinándose en invitarme.

—¡Qué amable está la noche! — le dije.

Soltó una carcajada y exclamó:

—¿No es extraño que nos encontremos ahora los dos en la India? Propongo un brindis por todos los imperios, por todos los países del mundo, por todas las mujeres bonitas, ya estén cerca o lejos, ya sean solteras o casadas... ¡Ah, ah...! ¿Sabe usted de algo más raro que un hombre a quien una mujer casada pida promesa de matrimonio...?

—Las condesas tienen a veces raros caprichos — dije irónicamente.

La saeta debió dar en el blanco, porque se ensombreció y su boca se contrajo en un rictus. Después arrugó el ceño y se puso a guiñar los ojos, inquieto acaso de haber sido demasiado locuaz, como si de su mezquino secreto dependiera la paz del mundo. Estábamos en esto cuando una turba llegó gritando: "¡Los tigres, los tigres!" Un tigre acababa de arrebatarse a un muchacho y estaba con él en un sembrado cercano del otro lado del río... Glahn, excitado por la bebida, tomó el fusil, y en una carrera, sin cuidarse siquiera de coger el sombrero, salió en la dirección indicada por los muchachos... Puesto que era tan valiente, ¿por qué no cogió como el otro día la escopeta? Debía atravesar el río para llegar antes, cosa no

exenta de peligro, aunque, en verdad, el agua no era mucha, y poco después oí dos detonaciones y otra luego... "¡Tres tiros para un solo animal!", me dije. Con dos balas habría bastado para un león, cuanto más para un tigre... Además, la heroicidad era inútil, porque el chico estaba muerto y casi devorado antes de que Glahn interviniese. Estoy seguro de que sin la cerveza no habría intentado el estéril salvamento.

Pasó la noche de jolgorio con una viuda y sus dos hijas en una cabaña cercana a la nuestra... ¡Dios sabe cuánto tendrían que aguantarle aquellas tres pobres mujeres...! No debe ser nada agradable hablar de amor con un tonel.

Durante dos días la embriaguez fue su compañera; siempre tenía con quién beber; mas debo decir que yo no acepté ni una sola de sus invitaciones. Estaba tan borracho que no sabía ya lo que decía, y al rehusar sus convites por vez última me insultó:

—Está usted envidioso de mí.

—¡Envidioso de usted? ¿Qué cualidades supone tener para inspirar celos?

—No, no; dispéñeme. No he querido decir celoso... Hace un momento acabo de saludar a Maggie... Claro que no tiene motivos para estar celoso; iba mascando y mascando como siempre.

Me mordí los labios para no responderle, y salí.

Habíamos reanudado la caza, y un día Glahn quien remordía sin duda el no haber procedido bien conmigo, me dijo inesperadamente:

—Estoy cansado de todo, ¡de todo...! Querría que una de las balas de su carabina me confundiera con un tigre y me despedazara el corazón.

—¿De modo que deseaba una de mis balas...? Sus impertinencias no eran para tanto... ¿Acaso la carta de la célebre condesa tuviese la culpa de todo. Sin embargo, para tenerle a raya en lo sucesivo, le respondí :

—Cada uno acaba según anda; téngalo en cuenta.

A partir de entonces tornóse más sombrío, más ensimismado; no bebía ya, apenas hablaba, y enflaquecía a ojos vistas... Un día, poco después, me llamaron la atención dos voces charloteando y riendo bajo mi ventana. Me asomé y vi a Glahn, con su cara más satisfecha y presuntuosa que nunca, hablando con Maggie, a quien, sin duda, trataba de seducir. De seguro había estado espionando su llegada para abordarla, y sin el menor reparo, debajo de mi misma ventana, coqueteaba con ella como si tal cosa. Un escalofrío de ira me sacudió y cargué la carabina... Por fortuna la reflexión sobrevino y desmonté de nuevo el percutor, que ya estaba en alto. No obstante, salí, y cogiendo del brazo a Maggie me la llevé sin decir nada. Glahn se encogió de hombros y entró sin volver siquiera la cabeza. Cuando estuvimos solos increpé a Maggie:

—¿Por qué le has vuelto a hablar?

Su silencio agravaba mi cólera: casi no podía respirar; nunca como entonces me había parecido tan atractiva; no la habría cambiado

en aquel momento por la mujer más linda del mundo; y no sólo olvidaba su color, sino que olvidaba hasta mi dignidad...

—Respóndeme, ¿por qué has vuelto a hablarle?

—Porque me gusta más.

—¿Más que yo?

—Sí.

¡Ah, de modo que le gustaba más! Sin embargo, ni podía comparárseme; y además yo había sido bueno ella: le había dado dinero y regalos, mientras que no sabiendo cómo castigarla repuse:

—Pues no hace más que burlarse de ti... Dice que siempre estás mascando, y que eso es una costumbre fea.

Al pronto no comprendió, y hube de explicárselo varias veces. Cuando se dio cuenta la vi palidecer, emocionarse, y proseguí:

—Escucha, Maggie, ¿quieres ser siempre mía? Cuando me vaya te llevaré conmigo, y si quieres nos casaremos... Viviremos en mi tierra, felices... ¿Quieres?

También esto pareció conmoverla, pues salió de su melancolía y estuvo animada durante todo el paseo; Sólo una vez volvió a nombrar a Glahn:

—¿Y vendrá también con nosotros? —dijo.

—No, de ningún modo... ¿Te contraría?

—Puesto que tú no quieres... Por mí no me importa.

Estas palabras me tranquilizaron; como otras veces Maggie me acompañó hasta casa, y cuando se fue subí escalera y llamé en la puerta de Glahn, que me respondió desde dentro:

—¿Qué hay?

—Soy yo... Haríamos bien en no cazar mañana

—¿Por qué?

—Porque no respondo de que una de mis balas a metérsela en el pecho.

No respondió nada y volví a bajar. Después de esta advertencia no se atrevería sin duda a salir de caza al otro día... Pero si era tan inteligente, ¿por qué fue a galantear a Maggie debajo de mi misma ventana...? ¿Por qué no acababa de irse, ya que la famosa carta de la condesa lo llamaba...? Sin duda una enorme batalla se libraba en su cerebro, pues a veces apretaba los dientes y murmuraba: "¡Nunca, nunca!..." ¡Prefiero la condenación...! ¡Nunca!"

A la mañana siguiente, a pesar de mi clara amenaza, entró a despertarme:

—¡Arriba, camarada, hace un tiempo magnífico para cazar...! ¡Ah, y conste que lo que me dijo anoche es de lo más estúpido que he oído!

No serían más de las cuatro, y viendo que desdeñaba mi advertencia, me levanté y, delante de él cargué cuidadosamente el fusil. En seguida vi que hacía un tiempo horrible y comprendí que sus palabras anteriores habían sido una nueva burla, un nuevo insulto. No obstante, nada dije y salí con él.

Durante todo el día erramos por el bosque sin hablarnos, fallando todos los tiros quizá porque íbamos pensando en otra cosa. A eso de mediodía Glahn se obstinó en ir siempre delante de mí, sin duda por bravuconería, para indicarme que me daba facilidades para cumplir mi amenaza; a pesar de ello nada hice, y toleré la nueva ofensa; de modo que cuando regresamos, ya de noche, me dijo: "Sin duda comprenderá que tengo razón y dejará ya en paz a Maggie." Nos acostamos temprano y al separarnos le oí murmurar:

—¡Ha sido el día más largo de mi vida!

Después de esto siguió de humor sombrío, sin duda a causa de la carta, y muchas veces, por las noches, hablaba solo, repitiendo a modo de desesperado estribillo: "No puedo resistir más... ¡No puedo, no puedo!" Su ensimismamiento era tal que hasta dejaba de responder a nuestra amable hostelera. ¡Cuántas cosas debía la conciencia de reprocharle! ¿Por qué no se iba? Acaso el demonio del orgullo le impidiera presentarse ante la que ya una vez viose obligada a romper con él.

Todas las noches seguía viendo yo a Maggie, a quien Glahn no había vuelto a dirigir la palabra. Desde hacía poco la mestiza no mascaba ya nada, y esto aumentaba sus encantos. Un día, después de mil rodeos, preguntó por Glahn: "¿Estaba enfermo? ¿Se iba por fin?" Yo le respondí en tono brusco:

—Si no se ha ido sin despedirse o se ha muerto de asco, debe estar acostado en su habitación... Por mí ya puede hacer lo que le venga en gana.

Al acercarnos al hotel lo vimos tendido en pleno campo sobre su estera, con las manos

cruzadas tras de nuca y los ojos perdidos en el azul. Maggie corrió junto a él y le dijo:

—Mira, ya no masco nada: ni plumas, ni pedazos de papel, ni monedas... ¡Nada..., nada!

Glahn apenas le hizo caso y permaneció inmóvil. A viva fuerza la aparté de allí, y cuando estuvimos lejos échele en cara el haber faltado a su promesa de no volverle a hablar; pero me aseguró que lo había hecho para darle una lección.

—¿Entonces fue por él por quien te corregiste de tu fea costumbre?

No respondió, e inquieto por su silencio insistí:

—¿No me oyes...? ¿Ha sido por él?

—No, no; por ti sólo.

No tuve más remedio que creerla. Al fin y al cabo, ¿qué motivos tenía para preocuparse de Glahn? Me prometió venir a buscarme por la noche y cumplió su palabra.

V

Vino a las diez en punto; desde mi alcoba oí su voz, y al través de la ventanuca la vi hablando con un chiquillo al que llevaba de la mano... ¿Por qué no entraba enseguida como otras veces? Una sospecha me penetró: aquel chiquillo y aquel tono descompasado de hablar podía ser una señal convenida; y el mal pensamiento tomó cuerpo al verla mirar insistentemente al piso alto. Acaso Glahn acabara de hacerle alguna señal... Lo que a todas luces me pareció evidente es que para

hablar con un chiquillo no era preciso mirar hacia arriba.

En el mismo instante en que me disponía a ir a buscarla la vi soltar al chico y entrar; ¡menos mal que concluía por donde debió haber empezado! Esta vez no sería tan débil: la reprimenda iba a ser dura. Ha entrado, sí; la oigo en el corredor, la siento detenerse ante mi puerta...; pero, de pronto, sigue, sube las escaleras de prisa, y antes de que pueda moverme entra en la alcoba de Glahn. ¿He soñado...? No, no se trata de una alucinación; abro de par en par la puerta y no hay nadie, nadie... Vuelvo a encerrarme y cargo mi fusil; poco más o menos, a medianoche subo muy despacio y me pongo a escuchar. No me equivoqué: Maggie prodiga a Glahn los tesoros de su amor, realzados sin duda por el largo deseo... Bajo otra vez y vuelvo a subir una hora más tarde: ya no se oye nada; se habrán dormido... Será preciso esperar a que despierten. Mi reloj marca las tres, las cuatro..., las cinco. Un susurro leve me anuncia el despertar, y vuelvo a subir, estúpidamente obstinado en comprobar mi desventura... "Ya se habrán despertado — me digo —; está bien... Está bien."

Los primeros trajines de la patrona me obligan a dejar el observatorio y a encerrarme de nuevo. Y al pasar por el pasillo me viene este pensamiento pueril y triste: "Anoche, a las diez, la oí pasar rozando esta puerta y subir para darse a ese maldito hombre."

Cuando sale el sol, mi cama está aún sin deshacer, y llevo largo rato sentado junto a la ventana con el fusil entre las piernas. Mi corazón no late: tiembla, casi, gime... Media hora más tarde oigo a Maggie bajar y la veo salir. Su faldellín de algodón está arrugadísimo y lleva sobre los hombros un chal

que Glahn ha debido prestarle. Anda despacio, según su costumbre, y tarda un buen rato en desaparecer entre las próximas chozas, sin volver una vez siquiera la cabeza para mirar la ventana desde donde mi vista la sigue ansiosamente.

Glahn baja poco después con el fusil en bandolera, dispuesto a salir de caza. Trae semblante sombrío y no me saluda, pero observo que se ha vestido con esmero, "con la coquetería de un novio", me digo... Lo sigo, y marchamos largo tiempo mudos; las perdices que matamos son destrozadas por el empeño de servirnos del fusil. A mediodía las asamos bajo un árbol y comemos en silencio; al reanudar la marcha, Glahn, que se ha apartado un poco, me grita:

—¿Está seguro de que cargó otra vez? Podemos tener algún mal encuentro.

—Va bien cargado, descuide — le respondo.

Vuelve a alejarse y desaparece en una quiebra, dejándome a solas con mis ideas: "¡Ah! ¡Con qué alegría voy a matarlo como a un perro...!" Pero no en seguida..., aún tenemos tiempo por delante... Sin duda, él adivina mis propósitos; lo dice claro su pregunta de hace un instante... Hasta en el último día de su vida no ha podido resistir a la necesidad de brillar, de parecer valiente y de presentarse bien vestido y con camisa nueva... El mismo orgullo de su fisonomía tiene algo de vanidad intolerable.

Seguimos andando, y a eso de la una se volvió hacia mí, muy pálido, y me dijo en tono perentorio:

—No puedo más; vea si lleva bien cargado el fusil.

—Ocúpese sólo del suyo — le contesté.

No me pasaba inadvertida la causa de tanta inquietud, y mientras se alejaba con la cabeza baja, intimidado sin duda por mi tono, tiré sobre un pichón para demostrarle la excelencia de mis balas. Mientras cargaba de nuevo, se puso a observar desde detrás de un árbol y entonó una canción nupcial... ¡Bah! Aquel inoportuno canto, como su traje, era un medio más de seducir... Al terminar proseguimos el camino, él siempre delante, casi junto al cañón de mi fusil, pareciendo decirse a cada paso: "Va a disparar de un momento a otro..." Pero como pasaba el tiempo y no ocurría nada, se volvió de nuevo a decirme:

—Hoy no mataremos más; ya lo verá usted.

Sonreía, y hasta entonces tenía su sonrisa un extraño atractivo; porque dijérase que lloraba en el fondo de su alma y que, a pesar de la fuerza desplegada para sonreír, los labios le temblaban un poco ante la solemnidad decisiva de aquella hora.

Como soy un verdadero hombre, sus fanfarronerías no me importaban nada. Poco a poco empezó a impacientarse y a palidecer más, a dar vueltas en derredor mío... Al fin, serían las cinco, oí una detonación súbita y sentí una bala pasarme cerca de la oreja izquierda. Alcé los ojos y le vi frente a mí, a pocos pasos, con la carabina humeante aún... "¡Ah! ¿De modo que me quería matar?" Para castigarlo mejor, le dije:

—Le ha fallado el tiro... Desde hace algún tiempo no apunta bien.

No era verdad; tiraba como de costumbre; lo que quería era exasperarme. La prueba es que en vez de responderme me gritó:

—¡Vengúese usted, por los clavos de Cristo!

—No me gusta vengarme antes de tiempo.

Apreté los dientes y lo miré cara a cara, esforzándome en reprimir la ira. Entonces se encogió de hombros y me dijo, lo mismo que si me escupiera:

—¡Cobarde...! ¡Cobarde...!

¡Ah! Por qué pronunció la palabra injuriosa que ningún hombre puede aguantar? Me eché el fusil a la cara, apunté bien y oprimí el gatillo...

Cada cual acaba según anda.

La familia Glahn puede terminar cuando quiera sus vanas pesquisas Me carga leer día tras día en los periódicos el estúpido anuncio que promete una recompensa a quien averigüe el paradero de un individuo que no existe ya... Los accidentes de caza ocurren en la India con gran frecuencia... La justicia escribió su nombre en un librote con esta mención sencillísima: "Muerto por accidente"; ni más ni menos.

FIN